

LA NACIÓN

REVISTA SEMANAL

BUENOS AIRES 1º DE JUNIO DE 1930

NÚMERO 48

AÑO 1



Gaspar Montes Yturrioz

Por Gaspar Montes Yturrioz

ESPECIAL PARA LA NACIÓN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

MUCHACHA VASCA

www.ahira.com.ar

No queda ni una!..."

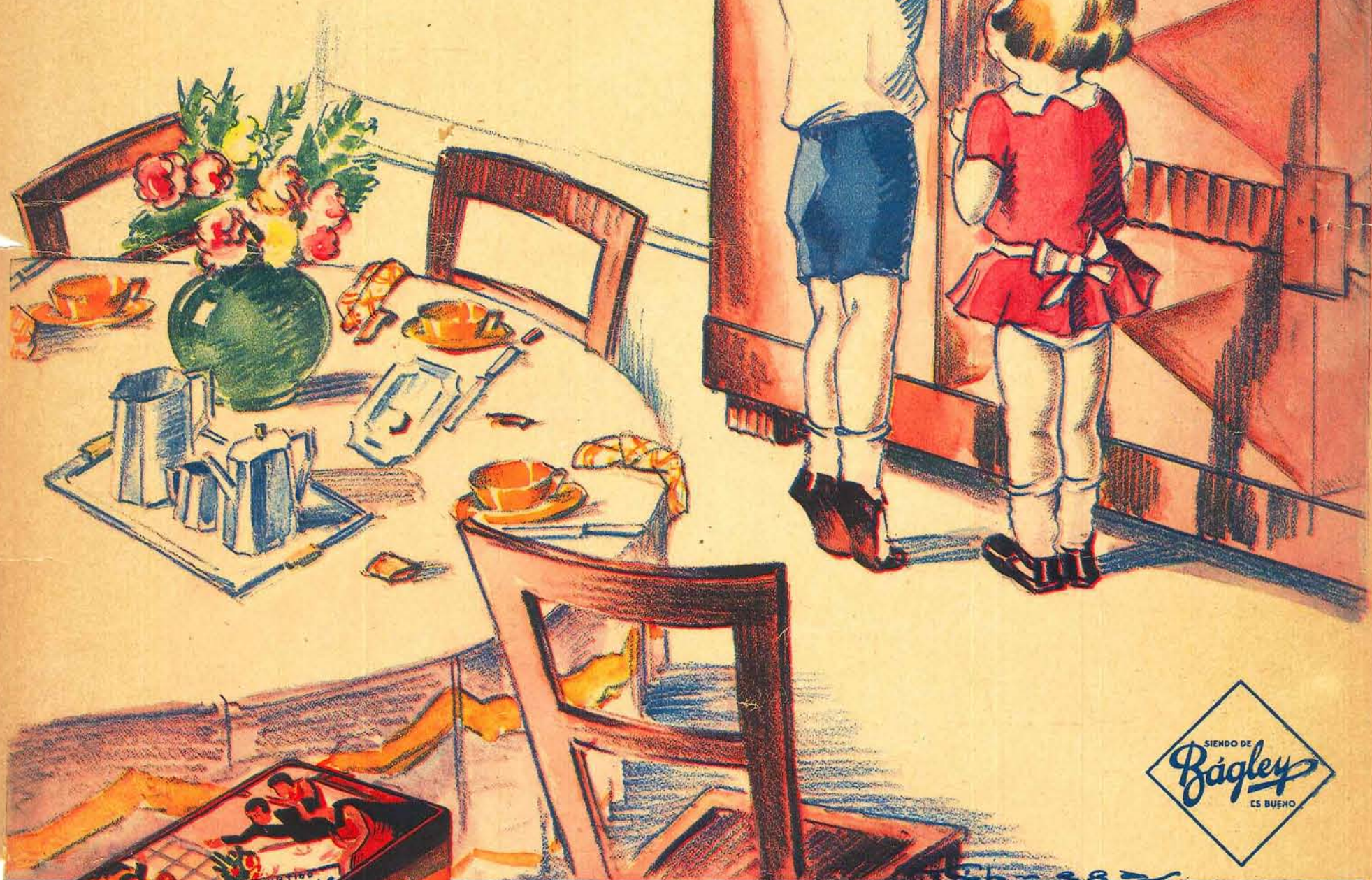
MAMÁ había tenido visitas para la hora del té, y los chicos creyeron que sobrarían algunas galletitas. Pero, desgraciadamente para ellos, las galletitas eran las deliciosas "Visitas", y tratándose de "Visitas" nunca sobran.

El Surtido "Visitas" es una selección de las más seductoras galletitas que se conocen. Usted va de delicia en delicia. Come una y cree que es la mejor hasta que prueba otra. En el Surtido "Visitas" hay para todos los gustos, porque esta "mina de oro" incluye veintiocho variedades.

Galletitas con crema; con coco; semidulces; cubiertas con chocolate o dulce; gustos de frutas; en fin, las más costosas. Dan una nota de distinción a la mesa y satisfacen los gustos más exigentes.

En todos los almacenes de la República.

Surtido "Visitas" de Bágley.



GALLETITAS VISITAS

SIENDO DE *Bágley* ES BUENO



N suma, un tiempo ideal. Aunque lo hubiesen hecho de encargo no habrían podido tener un día tan perfecto para su "garden-party". Nada de viento, atmósfera suave, el cielo sin nubes.

No había acabado todavía el almuerzo cuando llegaron los obreros para levantar la tienda de campaña.

—¿Dónde quieres que se ponga la carpa, mamá?

—Hijita, es inútil que me lo preguntes. He resuelto este año dejarlo todo a vuestro cuidado, niños. Olvidad que soy vuestra madre. Tratadme como a un huésped de honor.

Pero a Meg le resultaba imposible ir a vigilar los obreros. Se había lavado los cabellos antes de almorzar, poniéndose a beber su café tocada con un turbante verde y mostrando un rizo húmedo y obscuro sobre cada mejilla. José, la caprichosa, llevaba como siempre una pequeña falda de seda y kimono.

—Tú, Laura, tú, que eres artista, debes ir a vigilarlos.

Laura echó a correr, llevando todavía su tarta en la mano.

Formando un grupo, afuera, estaban cuatro hombres en mangas de camisa. Iban cargados con estacas cubiertas por rodillos de tela y con abultados sacos de herramientas echados en bandolera sobre la espalda. Parecían imponentes.

Laura hubiese querido ahora no tener la tarta en la mano, pero ignoraba dónde dejarla y no había medio de arrojarla. Se puso encarnada y, al aproximarse a ellos, se esforzó por adoptar un aire severo y hasta un poco miope.

—Buenos días — dijo, imitando la voz de su madre.

Pero ese tono le pareció tan extraordinariamente afectado que se avergonzó en el acto y balbuceó como una niña:

—¡Ah... bueno!... ¿Vienen ustedes para el toldo, no?

—Así es, señorita — dijo el mayor de los obreros, un muchacho desmadrado y con la piel cubierta de lunares. Dejó a un lado su saco de herramientas, se despojó de su sombrero de paja y sonrió desde su altura.

—Eso es.

Su sonrisa era tan fácil, tan amistosa, que Laura recobró su aplomo.

—Bueno, ¿qué dicen ustedes de esa pradera? ¿Serviría?...

Y Laura indicó la hierba sembrada de lirios, señalando con la mano que le dejaba libre la tarta. Giraron sobre sus talones y miraron en aquella dirección. Un individuo, pequeño y rechoncho, avanzó su labio inferior y el otro muchachote frunció las cejas.

—No me convence del todo — dijo —. Ahí no se ve bastante. Una cosa como esa carpa — y volvió hacia Laura — con aire familiar —; es preciso ponerla en algún sitio donde salte a la vista, si usted comprende lo que yo quiero decir.

La educación que había recibido Laura le hizo preguntarse si un obrero tenía derecho a hablar así. Pero veía claramente lo que el hombre pretendía decir.

—¿Un trozo para el tennis? — sugirió —. Pero la orquesta va a instalarse en un rincón.

—¡Caramba! ¿Es que van ustedes a tener orquesta? — dijo otro de los obreros.

Ofrecía un aspecto huraño mientras que sus ojos oscuros examinaban el terreno del tennis. ¿En qué pensaba? — Sí, pero de unos cuantos músicos solamente — respondió Laura con dulzura.

Tal vez si la orquesta era pequeña, el hombre se enfadaría menos. Pero el muchachote interrumpió:

—Mire usted, señorita, ese es el sitio que conviene. Al lado de los árboles. Por allá abajo quedaría estupenda.

Al lado de los "karakas". Entonces se taparían esos árboles, y resultaban tan lindos, con sus grandes hojas resplandecientes y con sus manojos de frutos amarillos. ¿Es que habían de quedar ocultos por una carpa?

—Sí, era necesario. Ya los obreros se habían echado las piquetas al hom-

bro y se dirigían hacia el lugar en cuestión. Sólo quedaba allí el muchachote. Se encorvó hacia el suelo, tocó un tallo de alhucema, llevóse el pulgar y el índice a la nariz y aspiró el perfume. Al ver ese ademán, Laura olvidó los hermosos árboles y se asombró de que el obrero gustase cosas tales como el perfume de la alhucema. ¿A cuántos hombres, entre los que ella conocía, se les habría ocurrido aspirar esa flor? "¡Oh! — pensó —, es extraordinario lo finos que son los obreros".

¿Por qué no podría tenerlos por amigos, en vez de las gentes estúpidas que bailaban con ella y que venían a comer el domingo por la noche? Se entendería mucho

mejor con hombres como aquéllos. Todo era consecuencia de esas absurdas distinciones establecidas entre las clases sociales — pensó Laura, mientras que el muchachote dibujaba algo sobre el reverso de un sobre: el croquis de un cortinaje que haría falta levantar o bien dejar caer. Bueno, por su parte, ella no compartía ese criterio. No, de ningún modo... Ahora resonaba la percusión rítmica de los martillos de madera. Alguien silbaba y otro gritó: "¿Cómo va eso, viejo?" "¡Viejo! Qué amistoso resultaba eso, qué... Sólo para probar hasta qué punto era dichosa, sólo para mostrar al muchachote cuán cómoda se sentía y cómo despreciaba las ineptas costumbres sociales. Laura dio un mordisco a su tarta, examinando con los ojos bien abiertos el pequeño croquis. Se sentía en un todo semejante a una obrera.

—¡Laura, Laura!... ¿Dónde estás, Laura? Te llaman por teléfono — gritó una voz desde la casa.

—Ya voy...

Voló sobre la hierba, a lo largo del cantero, hasta la altura de la escalinata, a través de la galería, y entró bajo el pórtico. Su padre y su hermano Laurie estaban en el vestíbulo, cepillando sus sombreros y dispuestos a marcharse a la oficina.

—Dime, Laura — exclamó Laurie, muy de prisa — ¿podrías encargarte de dar un vistazo a mi "jaquette" antes del mediodía? Mira a ver si necesita que le pasen una plancha.

—Estáte tranquilo — replicó.

De repente no pudo contenerse. Corrió hacia Laurie y lo estrujó vivamente entre sus brazos.

—¡Ah! Adoro las fiestas; ¿y tú? — dijo, palpitante.

—¡Naturalmente! — respondió Laurie con su cálida voz juvenil estrechando también cariñosamente a su hermana, mientras que la empujaba suavemente.

—Ve al teléfono, queridita.

En el teléfono:

—Sí, sí... ¿Ketty?... Buenos días, querida. ¿Puede usted venir al "lunch"?

...Pero naturalmente, querida. Ni que hablar; encantada. Es sólo una reunión sin ceremonia...

Unos sandwiches y los menengues rotos y las sobras que queden. Sí, es cierto... una mañana ideal.

¿Su vestido blanco?

En su lugar, yo me lo pondría sin vacilar. Un momento... no corte. Me llama mamá.

—Laura se volvió.

—¿Qué dices, mamá? No te oigo.

La voz de la señora Sheridan descendió rápida y lejana desde lo alto de la escalera.

—Dile que se ponga el sombrero delicioso que llevaba el domingo último...

—Mamá dice que se ponga usted el sombrero lindísimo que llevaba el otro domingo. Bueno. A la una. Hasta luego.

Laura colgó el receptor, alzó los brazos sobre su cabeza, respiró profundamente, los dejó caer. "¡Uf!" — suspiró; y en seguida irguióse. Quedó inmóvil, escuchando. Se hubiera creído que todas las puertas de la casa estaban abiertas. La casa entera parecía animada de pasos suaves y rápidos, de fluir cantarino de voces.

Vibró el timbre de la puerta y se escuchó en la escalera el burdo frufrú de la falda de percal de Sadie. Una voz de hombre murmuraba; Sadie respondió con desgano:

—No sé nada, la verdad... Espere usted, preguntaré a la señora Sheridan.

—¿Qué es eso, Sadie?

Laura había vuelto al vestíbulo.

—El florista, señorita.

Era él, sin duda. Allí, ante la puerta, se veía una larga bandeja poco honda, colmada de tuestos de lirios rosas. Ninguna otra clase de flores. Nada más que lirios... lirios "cannas", de una clase especial, grandes flores rosas, exuberantes, radiantes, vivas casi hasta dar miedo, al extremo de llamativos tallos carmesíes.

—¡Eh, Sadie!... — dijo Laura — y la exclamación pareció un tenue lament.

Se encorvó, como queriendo calentarse en aquel relumbrar de lirios; los

sentía en sus dedos, sobre sus labios, invadiendo su pecho.

—Se han equivocado — dijo débilmente —. Nunca se han pedido tantos. Sadie, vaya a buscar a mamá.

Pero en este instante apareció la señora Sheridan.

—Está muy bien — dijo calmadamente —. Sí, los he pedido yo. ¿No es cierto que son maravillosos?

Oprimió el brazo de Laura.

—Pasaba ayer ante la tienda y los vi en el escaparate. Y, de repente, me dije: "Por una vez en la vida tendré tantos como quiera de esos lirios "canna".

La "garden-party" me servirá de excelente pretexto".

—Ahora, Laura — agregó su madre vivamente — ven conmigo al "fumeur". He apuntado esos nombres no sé dónde, en el respaldo de un sobre, y es preciso que tú me los vuelvas a copiar.

Encontraron al fin el sobre, detrás del reloj del comedor, aunque la señora Sheridan no pudiera explicarse cómo había ido a parar allí.

—Niñas, alguna de vosotras ha debido sacármelo de mi cartera. Tengo el recuerdo claro de que... ¿Has escrito "queso a la crema y cuajada con limón"?

—Sí.

—Huevos duros y... La señora de Sheridan mantiene el sobre lejos de sus ojos.

—Parece "souris". Pero no es posible que sea "souris", ¿verdad?

—"Olive", mamaita — dijo Laura, mirando sobre sus hombros.

—Sí, es "olive", naturalmente. ¡Qué mezcla horrible! "Huevos duros y olivas".

Al cabo, terminaron los renglones con los nombres de los sandwiches y Laura llevó la lista a la cocina. Encontró allí a José queriendo calmar a la cocinera que distaba de tener un aspecto terrible.

—¡Nunca he visto sandwiches tan deliciosos — prorrumpió José con voz extasiada. ¿Cuántas clases ha dicho usted que había? ¿Quince?

—Quince, señorita.

—Bueno, pues le felicito. La cocinera barrió las migas con un largo cuchillo para sandwiches y sonrió, satisfecha.

—Está ahí el hombre de la casa Godber — anunció Sadie, saliendo de la cocina.

Le había visto pasar ante la ventana.

Eso quería decir que habían llegado las hojaldres de crema. La pastelería Godber era muy renombrada por sus hojaldres de crema. A nadie se le hubiera ocurrido hacerlos en casa.

—Tráigalos aquí y póngalos sobre la mesa, hijita, ordenó la cocinera.

Sadie los trajo y volvió a la puerta.

—¿No es cierto que esto le recuerda a uno todas las fiestas pasadas? — dijo Laura.

—Creo que sí — respondió José — cuyo espíritu práctico no gustaba de documentaciones retrospectivas—. Tienen aspecto de ser livianos, verdaderas plumas, debo confesarlo.

—Pueden ustedes tomar uno — dijo la cocinera con su voz tranquila —. Su mamá no sabrá nada.

—¡Oh, imposible! Figúrense ustedes; pasteles de hojaldre tan en seguida después del almuerzo...; asusta pensar siquiera en ello. Sin embargo, dos minutos más tarde José y Laura se lamían los dedos con ese aspecto de concentración interior que solamente es capaz de dar la crema Chantilly.

—Vamos al jardín, pasando por detrás — sugirió Laura —. Quiero ver cómo andan los obreros con la carpa. ¿Son tan amables!

Pero la puerta de servicio hallábase obstruida por la presencia de la cocinera, Sadie, el muchacho de la casa Godber y Hans.

Algo había sucedido.

—¡Clac, clac! — modulaba la cocinera, como si fuera una gallina excitada. Sadie tenía una mano apoyada en la mejilla como si le doliesen las muelas. Hans concentraba su expresión en un esfuerzo por comprender. Únicamente el mozo de la casa Godber pare-

—

—

—

—

—

—

—

LA GARDEN-PARTY

Por

KATHERINE MANSFIELD

ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO



cía gozar de la situación: le pertenecía el cómodo papel de narrador.

—¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido?
—Ha ocurrido un accidente espantoso — dijo la cocinera —. Han muerto un hombre.

—¿Un hombre muerto? ¿Dónde?
¿Cómo? ¿Cuándo?

Pero el chico de la casa Godber no iba a dejarse arrebatar su historia así como así, en sus propias narices.

—¿Conoce usted esas casitas que están ahí abajo, señorita?

—¿Que si las conocía? Naturalmente que sí.

—Pues bueno, allí vivía un hombre llamado Scott, un cartero. Su caballo se espantó esta mañana ante un tractor automóvil, en la esquina de la calle Hawke y el hombre fué despedido del carro y cayó sobre la nuca. Muerto en el acto.

—¿Muerto!...
Laura miraba fijamente al chico de la casa Godber.

—Estaba muerto cuando le levantaron — dijo éste, como paladeando la frase —. Cuando yo vine aquí llevaban el cadáver a su casa.

Y dirigiéndose a la cocinera.

—Deja mujer y cinco chicos.

—¿José! ¿Ven aquí!

Laura agarró por la manga a su hermana y arrastrándola consigo atravesó la cocina hasta el otro lado de la puerta revestida en sarga verde.

Allí se detuvo y se apoyó en el dintel.

—Escucha, José — dijo horrorizada —. ¿Cómo haremos para suspenderlo todo?

—¿Suspenderlo todo? — gritó José, estupefacto —. ¿Qué quieres decir con eso?

—Impedir la "garden-party", es claro.

¿Por qué José simulaba no comprender? Pero José seguía más estupefacto que antes.

—¿Impedir la "garden-party"? Mi querida Laura: no seas tan absurda...

No podemos hacer eso; no hay ni que pensarlo. Nadie espera eso de nosotros. No seas tan extravagante.

—Pero no es posible que nosotros demos una "garden-party" cuando un hombre acaba de morir a nuestra puerta. Piensa un poco en el efecto que haría sobre esa pobre mujer el ruido de la orquesta.

—¿Oh, Laura!...

José comenzaba a sentirse seriamente molesto.

—Si quisieras impedir que una orquesta toque cada vez que le sucede un accidente a alguien, la vida se te haría bien difícil. Yo siento esa catástrofe tanto como tú; siento tanta simpatía...

Sus ojos cobraron expresión de dureza. Miró a su hermana con el aire que tomaba cuando eran pequeñas y ambas se peleaban.

—Con tu sentimentalismo no harás que resucite un obrero borracho — dijo dulcemente.

—¿Borracho? ¿Quién ha dicho que estuviese borracho?

Laura se volvió furiosa hacia José. Y dijo lo que era acostumbrado entre ellas, en casos así:

—Me voy ahora mismo a contárselo a mamá.

—Vete, querida — murmuró José.

—Mamá, ¿puedo entrar en tu habitación?

Laura hizo girar la empuñadura de vidrio de la puerta.

—Naturalmente, hijita. ¿Qué pasa?

¿Por qué te has puesto tan agitada?

Y la señora Sheridan apartó de su peinador. Se probaba un sombrero nuevo.

—Mamá, acaba de morir un hombre... — comenzó Laura.

—No será en el jardín, al menos — interrumpió su madre.

—No, no.

—¿Qué miedo me has dado?

La señora Sheridan dejó escapar un suspiro de alivio, y se quitó el gran sombrero depositándolo sobre sus rodillas.

—Pero escucha, mamá — aclaró Laura.

Sin aliento, ahogándose casi, refirió la terrible historia.

—Tenemos que suspender la fiesta, naturalmente, ¿no es cierto? — dijo Laura —. Con la orquesta y con todos los invitados que llegarán, se nos oiría; son casi vecinos nuestros.

Con gran asombro de Laura, su madre hizo exactamente lo mismo que José. Fué más dura de aceptar su actitud porque la madre parecía divertirse y rehusaba a tomar en serio a Laura.

—Pero, hija mía, ten sentido común.

Sólo por casualidad nos hemos enterado de lo que pasa. Si alguien hubiese

muerto ahí en forma... natural — y no comprendo cómo pueden estar vivos en esos pequeños agujeros sin aire — no renunciaríamos a dar nuestra fiesta, ¿verdad?

Laura se vió obligada a responder que sí, pero tenía conciencia de que su asentimiento era injusto. Se sentó en el sofá de su madre y arrugó con las manos el volante de un almohadón.

—Mamá, ¿pero no es eso muy cruel, muy indiferente de nuestra parte? —

—¿Hija mía!

La señora Sheridan se levantó y se acercó a ella con el sombrero en las manos. Antes de que Laura pudiese detenerla, ya se lo había puesto.

—Laura, te regalo este sombrero. Está hecho como para ti. A mí me queda demasiado joven. Nunca te has parecido tanto a un retrato preciso. Mirate y te convencerás.

Tendió a Laura un espejo de mano.

—¿Pero mamá!... — volvió a comenzar Laura.

No pudo mirarse en el espejo; volvió la cabeza.

Entonces la señora Sheridan perdió la paciencia, como había hecho José.

—Estás poniéndote muy ridícula, Laura — dijo friamente —. Gentes como esas no esperan ningún sacrificio nuestro. Y es una falta el echar a perder la diversión de todo el mundo, como tú haces ahora.

A la una y media de la tarde había terminado el "lunch". A las dos y media todos se encontraban prestos. Habían llegado los músicos uniformados con fracs verdes. Se ubicaron en un rincón del tennis.

—Querida — susurró Kitty Mailand — parecen ranas. Debierais haberlos instalado alrededor del pequeño lago, poniendo al director en medio, sobre una hoja.

Llegó Laurie y, al entrar a vestirse, interpelló alegremente a las jovencitas. Viéndole, Laura se acordó del accidente. Quiso hablarle. Si Laurie era de la opinión de los demás, podía tener la seguridad de que todo estaba bien. Le siguió por el vestíbulo.

—Laurie.

—¿Hola!

Estaba ya a mitad de la escalera, pero, al volverse y ver a Laura, infló los carrillos y enarcó las cejas para contemplarla.

—¿Palabra, Laura!... Estás verdaderamente magnífica. ¡Tienes un sombrero espléndido!...

Laura susurró débilmente: "Tú crees", sonrió a Laurie y... no le dijo nada.

Pronto comenzó a afluir la oleada de invitados. La orquesta empezó a tocar. Los sirvientes contratados para la fiesta corrían de la casa a la carpa. En cualquier sitio donde se fijara la vista

había parejas que paseaban, se inclinaban hacia las flores, cambiaban saludos, recorrían la alfombra de hierba. Parecían pájaros resplandecientes que se hubiesen posado en este jardín de los Sheridan, sólo durante aquella tarde, yendo de viaje...

—¿para dónde?

—Ah, qué felicidad hallarse entre gentes que se sienten dichosas de estrechar manos, saludarse besándose, sonreír!...

—Querida Laura: ¡qué bonita estás!...

—¿Qué sombrero tan encantador, pequeña!...

—Laura, tienes un aire completamente español! ¡Nunca te he visto tan hermosa!

Y Laura, resplandeciente, respondía con dulzura:

—¿Han tomado ustedes te? ¿No quieren helados? Les aseguro que los helados con frutas son riquísimos.

Corría hacia su padre y le suplía:

—Papa! ¿no podemos dar de beber algo a los músicos?

Y la tarde perfecta se deslizó lentamente, se apagó lentamente, lentamente cerró sus pétalos.

—No hemos visto nunca una "garden-party" tan deliciosa. Todo ha resultado muy bien. Un éxito; realmente un éxito...

Laura ayudaba a su madre a recibir los parabienes de despedida. Quedaron en pie, una al lado de otra, bajo la galería, hasta que todo hubo acabado.

—Terminó, terminó del todo, gracias al cielo! — dijo la señora Sheridan —. Vete a buscar a los demás, Laura. Vamos a tomar café. Estoy agotada. Sí, todo ha resultado perfecto. ¡Pero estas recepciones, estas recepciones!... ¿Por qué insistís tanto, hijos, en dar fiestas?

Se sentaron reunidos bajo la tienda desierta.

—Un sandwich, padrecito. Fui yo quien copió este cartel tan mono.

—Gracias.

El señor Sheridan dió un mordisco y desapareció el sandwich. Tomó otro.

—Creo que ninguno de vosotros habréis oído hablar de un espantoso accidente ocurrido esta mañana — dijo.

—Sí, querido, lo hemos sabido — respondió la señora Sheridan alzando una mano —. Ha estado a punto de echar a perder nuestra fiesta. Laura se empeñaba absolutamente en que la aplazásemos.

—¿Oh, mamá!...

Laura no tenía gana alguna de que se le gastaran bromas sobre ese asunto.

—No deja de ser un triste sucedido — afirmó el señor Sheridan —. Ese individuo estaba casado, aunque a su modo. Habitaba por ahí abajo, en esa callejuela, y quedan desamparados su mujer y media docena de chiquilines, según parece.

Se produjo un breve silencio penoso. La señora Sheridan removía nerviosamente su taza. En verdad, ¡qué falta de tacto revelaba papá!...

De pronto, levantó los ojos. Allí, encima de la mesa, quedaban todos aquellos sandwiches, aquellos pasteles, aquellos hojaldres de crema que estaban intactos y que iban a estropearse. Tuvo una de sus brillantes inspiraciones.

—Ya está!... — dijo —. Vamos a llenar una cesta. Enviaremos a esa pobre mujer unas cuantas cosas de estas. Siempre serán un festín para los niños. ¿No pensáis lo mismo? La mujer recibirá numerosas visitas de vecinos y todo lo demás. Esto les llegará a punto. ¡Laura!

Comenzaba a caer el crepúsculo cuando Laura cerró la verja del jardín. Pasaba corriendo un perro enorme parecido a una sombra. La carretera brillaba, blanca, y, allá abajo, en la hondonada, las casuchas estaban sumidas en una obscuridad profunda. ¡Qué tranquilo parecía todo después de este día! Y he aquí que ella bajaba por la colina yendo a una casa donde yacía un hombre muerto. No acertaba a penetrar la realidad de aquel hecho. ¿Por qué no podía? Se detuvo un minuto. Y le pareció que todavía repercutían en ella, sin saber cómo, los besos, las voces, el tintineo de las cucharillas, las risas, el olor de la hierba pisoteada... No quedaba lugar para otra cosa. ¡Qué extraño era ello! Levantó los ojos al cielo pálido y el solo pensamiento que se le ocurrió fué éste: "Sí, había sido una fiesta muy brillante"...

Ahora estaba ya al otro lado de la carretera. La callejuela se abría, crasa y sombría. Pasaban apresuradamente mujeres envueltas en chales y tocadas con gorras de obreros. Los hombres se asomaban a las ventanas y los niños jugaban ante las puertas. Surgía de las mezquinas casuchas un zumbido apagado. Algunas filtraban una luz vacilante y una sombra pasaba, como un cangrejo, pegada a una ventana. Laura bajó la cabeza y apresuró el paso.

Se sentía horriblemente molesta. Echando sobre sus hombros el chal de terciopelo, dijo a una mujer que se encontraba allí:

—¿Vive aquí la señora Scott?

Y la mujer respondió con una sonrisa singular:

—Sí, señorita.

¡Oh, sentirse lejos de todo aquello! Llegó a decir: "Ayúdame, Dios mío!", mientras subía a la estrecha acera y llamaba a la puerta. ¡Estar lejos de esos ojos que la espían, o si no hallarse cubierta con cualquier cosa, aun con el chal de una de aquellas mujeres. "No haré — decidí — más que dejar el cesto y marcharme. No esperaré siquiera que lo hayan vaciado".

Entonces se abrió la puerta. En la penumbra apareció una mujer menuda y vestida de negro.

Laura dijo:

—¿Es usted la señora Scott?

Pero, mientras ella se horrorizaba, la mujer respondió:

—Entre usted, señorita, si hace el favor.

Y se encontró encerrada en el corredor.

—No — dijo Laura — no quiero entrar —. Quisiera dejar solamente este cesto. Mamá me ha enviado...

Hundida en el corredor obscuro y triste, la mujer no pareció haber oído:

—Por aquí, señorita, tenga la bondad — dijo con voz untuosa. Laura la siguió.

Se encontró en una cocina pequeña y miserable iluminada por una lámpara humeante. Había allí una mujer sentada ante el fuego.

—¿Emmy! — dijo la mujercilla que había introducido a Laura —. ¡Emmy! es una señorita.

Se volvió hacia la visitante y dijo con acento significativo:

—Yo soy su hermana, señorita. Le excusará usted, a ella, ¿verdad?

—¿Por Dios, naturalmente! — dijo Laura —. No la moleste, se lo ruego, se lo ruego. Quería solamente dejar...

Pero, en aquel momento, la mujer sentada cerca de la lumbre volvió la cabeza. Su rostro abotargado, enrojecido, de ojos y labios hinchados, tenía un aspecto terrible. Parecía no comprender por qué estaba allí Laura.

¿Qué significaba eso? ¿Por qué se encontraba aquella extraña en su cocina, con un cesto en la mano? ¿Por qué? Y su pobre rostro se contrajo de nuevo.

—Está bien, señorita. Usted le excusará seguramente...

Su rostro, también hinchado, inició una sonrisa untuosa.

Laura quería salir únicamente, marcharse. Encontrarse de nuevo en el corredor. Se abrió una puerta. Y entró sin saberlo, directamente, en la habitación donde estaba tendido el muerto.

—Le gustaría a usted verlo un poco, ¿no es verdad? — dijo la hermana de Emmy; y empujando a Laura avanzó hacia la cama —. No tenga usted miedo, niña.

Entonces su voz tomó un acento mezcla de dulzura y de astucia y, con ademán suave, levantó la colcha.

—Está hermoso como una estampa. No se le nota nada. Acérquese usted un poco...

Laura se aproximó.

Un hombre joven reposaba allí, dormido del todo..., durmiendo tan absolutamente que estaba lejos, muy lejos de ellas. ¡Tan lejano, tan apacible! Soñaba. ¿No lo despertéis!... Su cabeza se hundía en la almohada, sus ojos cerrados permanecían ciegos bajo sus pupilas plegadas. Se abandonaba a su sueño. ¿Qué le importaba a él las fiestas, las cestas de sandwiches, los vestidos de encajes? Estaba muy lejos de todas esas cosas. Estaba maravilloso, estaba hermoso. Mientras ellos reían y la orquesta tocaba, este ser milagroso había llegado a la mezquina callejuela. "Feliz... feliz... Todo está bien" — decía el rostro dormido. "Esto es lo que debía ser. Estoy satisfecho".

Pero, sin embargo, no podía uno dejar de llorar y Laura no se resolvió a abandonar la habitación sin decirle a él, algo. Estalló en un sollozo infantil.

—¿Perdón por mi sombrero!... — murmuró.

Y esta vez no esperó a la hermana de Emmy. Ella sola encontró el camino para ganar la puerta, descendió a la calle y pasar en la sombra ante todas aquellas gentes. En el rincón de la callejuela encontró a Laurie, quien, saliendo de la obscuridad, se acercó a ella.

—¿Eres tú, Laura?

—Sí.

—Mamá comenzaba a sentirse inquieta. ¿Se arregló todo bien?

—Sí, muy bien. ¡Ay, Laurie!...

Le tomó del brazo y se estrechó contra él.

—¿Pero es que estás llorando? — preguntó el hermano.

Laura negó con la cabeza. Lloraba. Laurie le pasó el brazo en torno a la cintura y dijo, con su voz cálida y llena de cariño:

—No llores, ea... ¿Es que "eso" era tan espantoso?

—No — sollozó Laura —. Era maravilloso, sencillamente. Pero, Laurie...

Se detuvo y miró a su hermano:

—¿No es cierto que la vida? — balbuceó — ¿No es cierto que la vida?...

Pero no pudo explicar lo que era la vida. No importa. El lo comprendió perfectamente y dijo:

—Sí, eso es..., querida.





L bloque romántico me levanta una cólera sorda, por tanto mal como hizo a nuestra pobre América en literatura como en política; pero vuelvo de mi cólera, y qué manera de regresar...; vuelvo del brazo con tres de ellos: mi Vigny, mi Lamartine, mi Michelet.

Michelet ha estado más cerca de nosotros que los demás románticos, por estas cosas: por su democracia generosa e ingenua, que es la misma de los mejores americanos; por su atención tierna hacia la naturaleza, que entendemos bien nosotros, gente de geografía más que de historia; por su vigor un poco plebeyo: ¿no somos plebeyos al fin de cuentas todos los pueblos nuevos?

Me quiero acordar de él ahora, un poco por acordarme de mis veintidós años, un poco pensando en que algunos "veintidós años" que yo quiero bien, dan ahora la zancada desdeñosa sobre su Michelet y yo les deseo a éstos que Michelet cumpla con ellos el bien que cumplió conmigo y que suele cumplir todavía cuando lo releo: un bien de fuerza, un bien de gozo, un bien de frescura, todo una misma cosa: un bien de salud.

INFANCIA

En París nos nació, se nos crió y nos vivió, exceptuando sus clásicas vacaciones en montaña y playa. Una biografía imaginaria de Show pondría a criarse al Michelet compadre de héroes e hijo de Virgilio a medias en una Bretaña heroica y en una Provenza soleada, y de ningún modo en la terrible ciudad que funde ahora a los aprendices de héroes en lagrimitas de estearina.

"Yo he crecido como una hierba sin sol entre dos adoquines de las calles de París", decía Michelet, y por venir de un hombre que se merecía la dicha sin precio de la infancia en el campo, la metáfora duele al que la lee y ha debido dolerle a él mismo al escribirla. El campo era su lote de este mundo, como el de todo pagano en grande (son los paganos chiquitos los que aman París) y por algo su vocación se le enderezó entera delante de los ojos en unas vacaciones de las Ardenas. Vivían sus tíos en Rouen, "un lugar que habla", y la tía Alexis le contaba la "Genoveva de Brabante" con el "Tigre de las Ardenas", conocidos nuestros. El día del fuetazo eléctrico de la vocación, él había pasado en los bosques de pinos, sintiendo a la ninfa como se la siente, cuchicheándonos a la espalda, y viendo los elfos como se les ve, sobre unas hierbas movidas sin viento... Como todos los sanos y los naturales, Michelet nos viene del folklore; por lo tanto, trae destino de espontaneidad feliz; aprenderá mucho después de la tía Alexis; se casará con la erudición; pero siempre habrá, en su mejor escritura alguna inocencia folklórica: escritor que no mama esta leche se queda con algo de homínulo.

Familia pobre en la línea de la pobreza artesana de Peguy; hijo de impresor modesto, lo que es mucho mejor que hijo de tipógrafo asalariado. El taller en la casa o la casa en el taller: al lado del cuarto de dormir, las viejas prensas que sonaban en su oreja como una operación subterránea de titán; en la mesa de sus cuadernos escolares, las pruebas oliendo al fuerte olor grato de la tinta. Anuncios, boletines comerciales, folletos y no donosuras tipográficas es lo que se imprime; pero hasta en estos desvanes el oficio de imprimir tiene su nobleza: un poquito de magia en la simple multiplicación del original; sugestión de disciplina en masas de textos y en márgenes cabales, y la bonita limpieza de la artesanía entera. El niño creció formando parte de un oficio como la bisagra de la puerta: en plena algarada revolucionaria, salía a distribuir clandestinamente la obra, porque a Napoleón se le había ocurrido cerrar imprentas a destajo...

La naturaleza leal de Michelet conservó el cariño de los oficios lo mismo que se conserva tal o cual facción paterna, y algo más que eso: una norma, un fuerte dejo, de artesanía más que de profesión, seguirá él en su trabajo histórico. Lo vemos sentado entre los "funcionarios de la historia", entre los manejadores burgueses del documento, con un aire, una actitud y unas jornadas de artesano, casi en blusa...

Michelet ha contado su pobreza, sin amargura, porque ella le pareció buena, y sin rubor alguno, poniendo lo mismo que Peguy cierta complacencia en de-

clarar la casta aunque no se la pregunten, creyendo en la realidad de la casta (1) como un paralelo geográfico. La necedad democrática que cree la casta cosa fácil de borrar, no se le ocurrió a semejante observador.

Los tiempos corrían bastante revueltos y el régimen tenía tanta seguridad de la semana como la madre Michelet de la sopa del día siguiente; había mudanzas de domicilio tan cómicas que el pobrecito Michelet nació en una capilla ocupada por la revolución y donde el padre jacobino instaló sus "cajas", dejando la cuna entre un tablero de letras de molde y un órgano. La madre se querellaba contra el marido "alegre y descuidado", con esa furia detestable y legítima de las patronas del puchero a quienes no se da el diario. El niño, que oía el pleito cotidiano, se quedaba siempre con el padre, precisamente por el humor solar con que tapaba el denuesto de la cónyuge con una bufonada. "Hijo de la gracia", lo llamó él en su Diario, y lo era sobre todo como contador precioso de los sucesos que le había tocado ver... Un hogar de todas partes, el de Michelet; pero especialmente hogar francés, donde el céntimo toma contorno y el franco alcanza personalidad.

Con todo, los padres comenzaron a darse cuenta de su niño y a pensar en educarlo por encima de su condición, a pesar de los tiempos turbios. Ocausa de ellos mismos. Los Napoleones andaban en el aire y cualquier mujer francesa miraba a su niño como una levadura capaz de llegar a las Tullerías.

El niño de diez años, comilón de coles y de patatas desahbridas en una mesa rofiosa, se quedaba las horas y las horas delante de su Plutarco, sentado en el centro de la asamblea magnífica, con los ojos fosforescentes de estos niños maravillosos que los maestros tontos llaman "alelados". Al lado del Plutarco, una ingenua "Historia de las reinas de Francia", que era libro de la madre, una Biblia fortificadora, una Eneida que anticipaba a Homero, una Imitación, buen freno para lectura tan excitante. Pero sobre todos los volúmenes, el Plutarco, que se lleva con toda su fuerza el alma del muchacho.

¿Quién conoce, para que me lo apunte, un destino, un menester, más sobrenatural — siendo tan humano — que el de Plutarco? El se ha ejercido y se ha cumplido ayer con Michelet como con Mistral, con Bolívar como con Vasconcelos. En cualquier pocilga, taller u oficina vulgar, allí está el Plutarco en edición de cuatro reales o en edición burguesa, dando a un muchacho la enjundia de unicornio de Alejandro o la de toro de Antonio. Plutarco tiene — y retiene — una como superpaternidad de todas las generaciones, en las que crea sin descanso los glóbulos rojos del espíritu, reemplazando al mozo su maestro zurdo o flojo que no le da nada. A la hora dulzona del "balcón", es él quien saca a los jóvenes del mucílago de la sensiblería, soplando en la oreja el pregón civil. Esta herramienta de hacer hombres, que no se mella; esta fascinación que no se acaba; esta fascinación, tan sobria y tan fuerte, de la eficacia de los hombres, parece que, de puro mágica, no tuviera

se nombre y se llama, con nombre de libro, las "Vidas" de Plutarco.

JUVENTUD

Los padres de Michelet vacían su cajón para enviar a su muchacho al Liceo, al excelente Liceo francés de todos los tiempos, el de las humanidades cumplidas, el que enseña mejor la disciplina y que es exigente de esfuerzo.

Fué un liceano magnífico Michelet y saltó año por año sobre todos sus compañeros en las pruebas de griego y de latín. De su Liceo conservará para la vida el hábito de las traducciones

latinas; las hizo por utilizar a su Tácito y por regustar a su Virgilio en la juventud; las siguió haciendo en la madurez, por la pura dicha que le daban. Una de las pruebas valederas de que los clásicos no amojaman sino al que lleva el material para amojamarse, es esta del largo comercio con ellos, del lozanísimo, del vivo, del sanguíneo Michelet.

Michelet es un joven un poco austero, menos jovial de lo que se volverá en su juventud... de los cincuenta años. Su madre se le muere; la imprenta ha venido a menos y el viudo la vende y se busca cerca de un médico amigo un pintoresco empleo de mayordomo de mesa, o cosa así, en un sanatorio.

En torno de esta pobre mesa de pensionistas, Michelet conoce a aquella Paulina Rousseau que será su primera esposa. Es una joven endeblucha y desgraciada, hija de una baronesa perdidura, hecha lo menos posible para encender una pasión y para nutrir, una mujercita que pertenece a la vasta familia de los buenos insipidos, cuyo bien puede mullir un poco, pero que sabrá del hombre con quien vive no más que la vendedora de periódicos; de esas esposas que se parecen tanto al ama de llaves que no entiende para qué un hombre las lleva al Registro Civil y no las deja sencillamente en ama de llaves.

Michelet entra con Paulina en una de las llamadas uniones libres, que después hace legal por piedad más que por amor. Pagó su noble yerro: él vivirá una larga juventud sin amor, y se le quedará sin empleo el corazonazo que es el suyo, casi hasta la vejez. El secreto de la producción enorme de Michelet según algunos sería éste: su primera vida no tiene otra desembocadura que su trabajo; él adora, él goza, come, bebe y sueña libro, y nos contará en su "Diario" que sus pasiones de los treinta años "han sido solamente las intelectuales"; bien para la historia, mal para su dicha.

El doctorado en letras lo llevó al colegio de Santa Bárbara, de donde pasó cinco años más tarde a la Escuela Normal. La entrada de Michelet en la enseñanza es más suceso que la del mejor normalista de Francia. El es, no sólo un maestro indirecto en cuanto a historiador; él es un maestro vertical y completo en "El Pueblo" y en los libros de la naturaleza. Alguna vez hablaba yo con algunas maestras sobre el buen contar y el buen describir en la escuela, y el fascinar y el conmover con ellos. Una me preguntó: "¿Como quién? ¿Como quién?" Busqué, busqué hasta dar con la cifra exacta: "Como Michelet: contar el héroe como Michelet contó el 'Hércules'; presentar el animalito como Michelet lo presentó;

describir la montaña como lo hizo Michelet". El no se lo aprendió en ninguna Normal; es probable que si se lo enseñan lo echan a perder como lo han hecho con tantos las normales; para narrar él no necesitó sino cuidarse el "cuarto" folklórico que todos llevamos; y para describir, tener sentidos pacientes, limpios y ardientes.

Escribe para sus alumnos un buen compendio de historia moderna, su primer escrito largo, y se lo alaban los colegas como cosa maestra en el género; el texto, limpio de intención política todavía, crea su reputación pedagógica y lo lleva derecho a un cargo de preceptor en las Tullerías, para enseñar a la Duquesa de Parma. La tentación del destino de Bossuet y de Fénélon, muy fuerte, pudo atraparlo; pero el hombre Michelet no podía dar con la pasta letrado-cortesana de los dos obispos.

Los dineros que dan las pedagogías le sirven para hacer su primer viaje al extranjero; él se embarca para Italia en vacaciones. Desde ahora él pedirá a la geografía su palabra honrada antes de entrar en la historia y se encenderá con el paisaje, tomándolo por musa para que le vivifique los personajes, por lo cual su historia mixta de terrón y de criatura, con alusión al relieve, con fondo botánico y con aureola atmosférica, parecerá siempre más cierta que la historia compuesta como un tenia seca, de anales y anales cronológicos anudados de los otros que le han precedido en el género.

Cuando se lee la admirable "Historia Romana", con su fuerte descripción inicial, cuesta creer que eso salió de un viaje de seis semanas, durante los cuales el pobrecito Michelet rodó de diligencia en diligencia, de la Liguria hasta Nápoles, sin otra pausa grande que la de Roma. El alabaré más tarde en los libros de la naturaleza el ojo del pájaro y el del insecto; él se conmovió con los sentidos de los animales tan superiores a veces a los nuestros, porque suele alabarse lo que se tiene: sus propios sentidos pasman lo mismo que aquéllos: él ve rápido y bien; él huele como el ciervo; él toca como con la carne viva y cuanto palpa le parece carne viva.

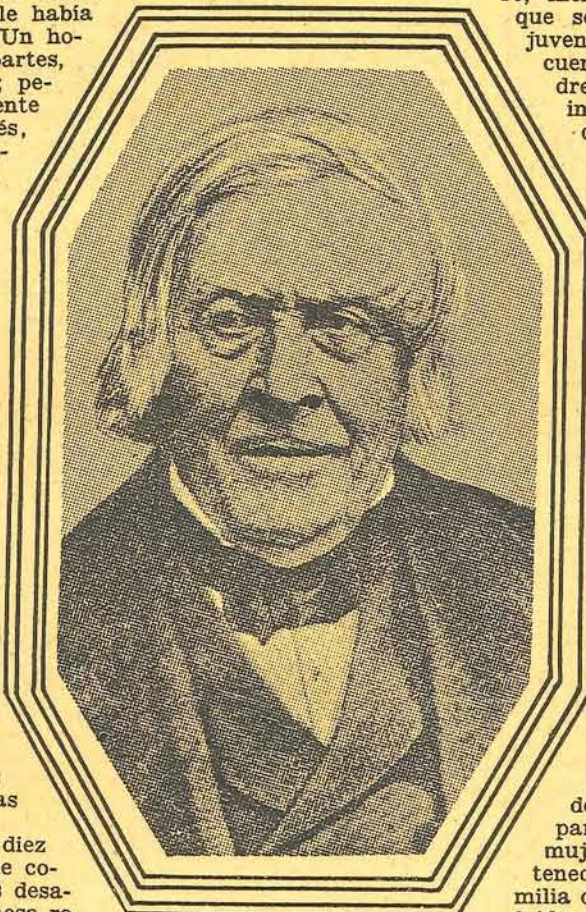
Su método histórico y especialmente su sentido de los acontecimientos, el credo de Michelet historiador, asoman netos en esta "Historia Romana". Plutarquiano y todo, él va a desmoronarles media falda a los héroes, para hacer suber el llano; él va a volver la hazaña una especie de púrpura en la que corre la sangre de la colectividad, y que se hace visible en un individuo, ya sea por la maña de éste que se viste con ella para lucirla o por yerro de los historiadores que no han sabido juzgar y adjudicar. Los fundadores, los guerreros y los magistrados romanos, según Michelet, son únicamente las astas del toro latino, llenas de sol; el cuerpo de la fundación, de la doctrina del derecho y de toda aquella grandeza, lo pone el pueblo.

Generosa hasta no decir más la teoría y falsa como mucho pensamiento generoso. Los semidioses y los titanes pasaron; los héroes van pasando, empujados por la democracia a quienes estorba, y la "frase colectiva", privada de sustantivo y verbo, se afloja y se muere. En la primera parte de la gran guerra se da gusto a Michelet borronando los núcleos de la dirección, y el conjunto es de una gelatina fea como la baba del mar; los ojos del pueblo buscan donde pararse hasta que los núcleos se hacen visibles en Clemenceau o en Foch, y las caras se alegran de recuperar "tierra sólida".

Grandes sucesos sacuden el suelo de París, el de la misma casa de Michelet, y él apenas atiende a ellos, por más que sea un funcionario de las mismas Tullerías; sus patrones borbónicos salen echados y Luis Felipe entra en París.

Michelet vive ciego de trabajo, deslumbrado de materia histórica inmensa, embriagado de su labor como vivirá cincuenta años. No es el hijo de Adán para quien la labor se llama fatiga si no en la mañana en la tarde; también en esto parece que sea un pagano: el trabajo para él es una lonja solar de este mundo, lo que remueve la sangre, lo que mete las facultades en un bonito haz, lo que abriga los ojos "y hasta embellece". (El trabajo feliz que es el suyo en su mesa de escribir, mucho más que la pedagogía obligada de Santa Bárbara y de la Normal, no los otros). De cinco a nueve de la mañana, cuatro primeras horas;

(Continúa en la pág. 37)



MICHELET

LA NOBLEZA DEL PELIGRO



N todas las especies de vertebrados terrestres, el sexo masculino es de índole belicosa. Hay, además, especies agresoras, o sea de permanente belicidad, entre ellas. Indistintamente herbívoros o carnívoros, esta condición resulta ajena, pues, al régimen alimenticio; pero en las últimas es más general. El instinto belicoso parece asociado más bien al de reproducción; y sabido es que después de las guerras, aumentan los nacimientos de varones.

Desde su más tierna edad, y cualquiera que sea su sexo, los niños luchan por interés, empleando al efecto uñas y dientes. Los más débiles tratan, asimismo, de compensar su inferioridad, mediante el uso de objetos ofensivos. Esto es anterior y posterior a toda enseñanza moral y religiosa. En el proceso de dignificación de los instintos que, moralmente hablando, constituye la civilización, el hombre ha exaltado la belicidad en gloria. Esta es el premio social del peligro, que corrido con dignidad, domina el miedo a la muerte. La manifestación vital que es el valor, adquiere así un carácter triunfal superior al éxito muchas veces malogrado, a semejanza de la reproducción cuando se transforma en amor: la muerte del héroe es gloriosa y el Perfecto Amor es la superación de la sensualidad. El raciocinio postula a su vez la supresión de aquellas necesidades instintivas, formulando los conceptos místicos del perdón y la castidad, que alcanzan a veces realización individual, pero que no tienen aplicación colectiva. Y no la tienen, porque en esta forma general resultarían contrasentidos. Cualquier pueblo que dejara de reproducirse o de vengar sus agravios, se extinguiría. Por esto son distintas la moral de la nación y la del individuo.

La ideología pacifista que persigue la abolición de la guerra, incurre en uno de esos contrasentidos. Los estados místicos son personales. Pueden formar individuos santos, pero no pueblos santos. Ni siquiera es propio decir "moral de la nación". La nación no tiene moral, porque no es una entidad consciente, sino una realidad biológica. Su noción del bien se confunde con la de su éxito vital. Patrióticamente hablando, es bueno todo aquello que conviene a la nación; y se vuelve justo cuando ella logra imponerlo. El derecho es la sanción de la victoria.

Por esto no se desarmen las naciones, ni es posible que lo hagan aplicándose la moral de los individuos. No hay cómo someter las naciones a la justicia, porque cada nación tiene su justicia, siendo sus armas los instrumentos de aplicación de esa justicia. "La" justicia como "la" verdad, como "la" libertad, o sea únicas y absolutas, no existen. Son meras abstracciones que ni siquiera pueden llegar a la definición. Sus conceptos, que, según nadie lo ignora, cambian con el tiempo, satisfacen al individuo, porque éste es pasajero como ellos mismos. La realidad de la nación coincide con la del ins-

tinto bélico; o mejor dicho, lo satisface por medio de la victoria. Recuérdese, además, que no hay vida sin riesgo y que la patria es un ser viviente.

Ahora bien, el peligro, que es la posibilidad permanente de caer o morir, mantiene despierta la energía que a ello se opone, mientras no sobrevienen el abandono o la derrota: estado de tensión vital que exaltando todas las fuerzas del triunfo, ennoblece por lo tanto la existencia. En esto consiste a su vez la dignidad del patriotismo.

Dicho estado de tensión vital se alcanza tanto mejor, cuanto mayor armonía reina en el concierto de todas las actividades que constituyen la vida nacional. Tómase, con ello, indispensable la disciplina, en cuya virtud cada ciudadano debe hacer del mejor modo posible lo que le corresponde, sea ello lo que fuere, acatando y realizando la jerarquía, sin la cual no hay existencia posible, con la buena voluntad que es el patriotismo en acción permanente. La disciplina y la buena voluntad resultan, pues, los fundamentos morales de la nación. Por esto, las sectas ecuménicas que profesan la ideología de la humanidad sin patria, atentan principalmente contra aquellas virtudes.

En toda nación donde no existe aristocracia legalmente reconocida, fórmanla de suyo los individuos capaces de alcanzar la gloria por su nativa calidad o por su espíritu de sacrificio, considerándola el bien supremo de la existencia. Estos son los artistas, los sabios, los estadistas y los militares, o sea los llamados a dirigir cualquier sociedad próspera y segura. La aristocracia es tan indispensable a la existencia nacional, que cuando no existe, reemplázala sin excepción la teocracia, la plutocracia o la dictadura plebeya, para engendrarla sin excepción al cabo de un tiempo. Y esto, porque no puede existir sociedad sin arte, ciencia, administración, defensa, peligro y gloria. Todo hombre superior es un aristócrata aunque él mismo no lo quiera: es decir, un conductor de la sociedad. Esto dimana de que ninguna creación o invento útiles para ella, dejan de ser personales en cualquier campo de la actividad humana. La masa es de suyo estéril para el bien, y sólo sabe aceptarlo pasivamente. Su odio al hombre superior, resulta de esta subordinación en que se halla a su respecto. Su consiguiente encumbramiento del mediocre y del vil es la satisfacción de su envidia. ¿Dónde se ha visto el sabio enriquecido, el artista glorificado, el estadista reconocido por la masa? Nunca ja-

más, sino cuando los ve muertos, experimentando así la definitiva satisfacción del odio. Y este es otro conflicto insalvable de la existencia.

Pero no hay nación que pueda fundarse ni subsistir sin aristocracia. La incapacidad de engendrar una es signo de muerte para la nación. Así, en la opuesta aptitud, está, por ejemplo, el secreto político de la duración de la Iglesia. Organización fundamentalmente democrática, como que la persona de más infimo origen puede alcanzar su máxima jerarquía, "sin otra condición que la idoneidad", como dice nuestra constitución republicana, la aristocracia que así forma, asegura a su gobierno una superioridad permanente. Por otra parte, la historia de toda nación resúmenes en la vida de sus grandes hombres. Historia es la recordación de lo que merece recuerdo. Si esta condición falta, la historia así escrita no tardará en perecer por falta de objeto, caso de que sea posible escribirla de tal manera. Fundada en la ciencia, como la arquitectura, la historia es una de las bellas artes. ¿Y qué belleza puede haber en lo insignificante y en lo amorfo? Sólo merecen recuerdo las personas y los sucesos que sintetizan la evolución de cada periodo. Aun cuando sea el elemento primordial de la evolución histórica, la masa no tiene historia, como el barro no tiene arquitectura. Insospechable en su liberalismo, que fué la noble ilusión de la época, Mitre comprendía, por instinto de hombre superior, esa definición de la patria en sus héroes. ¿Cómo titula, pues, el doble monumento con que para siempre la glorifica? "Historia de Belgrano y de la independencia argentina". "Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana". El héroe es el sujeto, a causa de que la obra se define por él. Así, a no dudarlo, el historiador de mañana: "Historia de Mitre y de la organización nacional".

La aristocracia más inabolible es la de la espada. Las mismas democracias lo reconocen, confiando al ejército la custodia de sus banderas. Y ello porque las naciones, hasta el día de hoy, de todos modos han podido vivir, menos sin peligro. El duro privilegio de correrlo por los demás, el sacrificio permanente que significa su correlativo deber, confieren nobleza. El pacifismo postula, así, una paradoja degradante cuya efectividad supondría la emasculación o el voto de castidad de la especie, que llegaría en esa forma a extinguirse por temor de morir. De tal modo son inevitables el peligro y la muerte, sendos precios de la gloria y del amor. La palabra delito viene del griego "deilia", cobardía, porque la antigüedad greco-romana, o sea el origen de nuestra civilización, reputa capaz de toda maldad al cobarde; mientras en latín son sinónimos valentía y virtud. Y ya que estamos en esto, anotemos otra paradoja del repertorio. ¿No se llaman "izquierdistas", en efecto, vale decir zurdos por definición, los mismos que nos pregonan la fantasía de ese derecho sin fuerza? Triste pueblo el que tuviese por ideal una participación en esa tortilla de huevos sin galladura!



GRAJO

Duelo y Luto son tus negros emblemas.
Así, sólo inspiras negros anatemas:

Pájaro protervo,
¡más negro que el cuervo!

Me da miedo verte,
¡Ave de la Muerte!

VARANO

Este saurio de Ceylán
es un enorme lagarto
con una lengua de víbora
que saca y la mete rápido.

Va perdiendo la camisa
—arpillera hecha pedazos—
según arrastra en la tierra
su destino desgraciado.

Viendo a este gran infeliz
recuerdo la copla y canto:
"¡Qué vida más desgraciada
la de este pobre varano!"



MONO ARAÑA

No eres mono ni araña. Eres un mamarracho.
Y Holmberg hace bien pues que te exilia.
¡Si tú con esa cara de borracho
tienes que avergonzar a la familia!



PALOMO DE GUINEA

Este buen señor es un "condotiero"
que, por alharaca, medirá su acero.

Amar y arrullar
son sus ejercicios.
(La Naturaleza no le pudo dar
mejores oficios).

Fatuo y fanfarrón, pedante y gandul,
a Eros dedica sus mejores fiestas.
Y lleva mal puestas
las polainas blancas del negro Raúl.



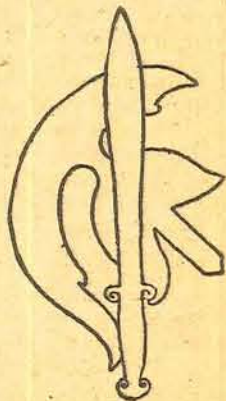
CHACAL

No eres zorro ni lobo
pero, quizá algún día,
—si descubres la forma de acabar con el robo—
por eficaz y probo,
puedes llegar a ser perro de policía.



BLANCO PAVO REAL

Andando bajo el laurel,
en su alborar de estrella,
es una novia muy bella
saliendo de San Miguel.



LEOPOLDO
LUGONES

PEDRO HERREROS
ILUSTRACIONES DE BILLIKEN



NA espesa corriente humana congestionaba la acera en aquella cuadra de la Vuelta de Rocha.

De un lado de la calle, el semicírculo de los cafetines y las "trattorias"; del otro, la ribera, el malecón invisible, pero evidente en la quietud de las bordas que emergían de la sombra teñidas por el rojo derramado de los faroles señaleros. Entre dos bergantines de escuálida arboladura, la comba altísima de un transatlántico de cargas, proletario del mar. Junto a un remolcador sin nombre pero con número, como todos los presos, una chata harta de carbón, puro lomo, como un viejo estibador. Y más lejos, en el quieto betún del agua, las luces del puente enorme destrozadas por los rizos superficiales.

Noche de sábado, hacia las 9. La puerta de un café cantante enarcaraba sobre la acera un absceso de su congestión humana. Todos los otros negocios también repletos y cada uno acollorado a su vecino por la entrecruzada cadena de los parroquianos que ambulan en busca de acomodo. Gambeteando su viaje sin rumbo por entre esos remolinos, fajas y pipas, uniformes de conscriptos, ropas de mujer, distraído andar de hombres que tienen el oficio de andar, rumor de músicas. En una esquina, junto a una "voiturette" destañada, un vigilante dando el parte al oficial de calle.

Nadie tenía prisa. Ni los "chauffeurs" de los taxis, que pasaban y repasaban frotando la vacancia en la suave lisura de los rieles del tranvía y engranando la curiosidad en las puertas batientes. A media cuadra un bar automático mostraba la voracidad de sus bocas de absorción eumarcadas en un insolente brillo de azulejos que gritaba en la suciedad del barrio su condición de intruso.

Desde hacía tiempo veníamos saboreando la excursión. Pedrito Argüello, conocedor prolijo de los buenos bodegones de la ribera, nos la había prometido para una noche en que nadie tuviera obligación de volver temprano al diario. Éramos cinco los comprometidos en esa cita pantagruélica, en cuyo pregusto y en cuyo elogio se exaltaba la imaginación descriptiva del baqueano.

—En El Pescadito comeremos muy bien y beberemos como unos príncipes de antes de la guerra.

Cuando bajamos del taxi, frente al fondón elegido por la sabiduría del gordo Argüello, la calle animadísima, el fresco de la noche, la escena novedosa, nos retuvieron en la acera unos instantes, como si todo aquello hubiera tenido la virtud de aventar el vapor de las copas ingeridas a la espera de Romeo González, que no salía de ninguna parte;—ni del diario, al cabo del trabajo!—sin dar las clásicas tres vueltas del perro.

Allí, a la puerta de El Pescadito, tuve la sensación de que empezaba el prólogo de "Maya" y que del interior de uno de aquellos ambulantes trajes de mujer iba a llegarme la voz de la pregunta eterna: —¿Quién eres?...—

A El Pescadito se entra por un callejón que lleva al comedor principal. El cliente pasa por entre una doble estiba de barriles de vino de Italia, en la uniformidad de cuyas canillas de palo hay como una presentación de armas al huésped bienvenido. Al cabo de esa formación de honor se abre en rectángulo amplísimo el salón que otros tres menores ayudan, enfilados hacia la calle y el

último de los cuales tiene puerta sobre la calle, pero condenada. A través de los vidrios de esa puerta mala de cuidar, la Vuelta de Rocha presta al comedorcito un cuadro que suele tener como viviente firma la presencia de Benito Quinquela.

Allí nos acomodamos, en la mesa central, y pusimos al Indio Torres en una cabecera, de cara a la calle, para disminuir en lo posible el peligro de una gresca que los tres whiskies mezclados a su temperamento agresivo hacían temer.

Un tabique de madera, no mucho más alto que un hombre, separaba nuestro recinto del callejón de entrada, dejando ver la campana de tiraje de una hornalla, imponente parrilla que era el centinela de la casa y el nido de ascuas de una enorme sartén donde hacían cabriolas fritas las moja-

CAMINITO DE PAZ

junto a un arco de cancha de football, Zamora, "el divino", está en el aire, todo él estirado como un nadador, tratando de cortar con el salto un "shot" de Roberto Cherro. En otra, la mesa de un banquete servido en la casa a muy altos dignatarios de la República de la Boca. En la tercera, sobre un fondo de multitud espesa, Tarascone frunciendo el ceño de cazador de goals.

lemne, como la serpiente que asolea la placidez del atracón, y a poco se le soltó la lengua, se le encendieron los ojos y comenzó a barrer el ámbito del comedorcito con los insolentes pantallazos de su curiosidad agresiva. En dos o tres mesas hubo un reacomodo de posturas y cobró tensión de peligro el rumoroso abandono de los parroquianos. En una próxima al asiento del Indio, dos hombres se secretaron en visible manifestación de desagrado. Uno de ellos, coloradote y enorme, italiano del Sur, por la pinta, alcanzó a "chairear" con la de Torres una dura mirada de soslayo. Nos apercibimos para lo que viniera y tratamos de imponer sosiego al impertinente camarada, hablando de cualquier cosa y riendo forzosamente.

La tormenta no repitió sus

—ordenó, más que dijo, el colorado vecino de Torres, copando la respuesta y entrando a tallar de firme.

La mujer miró a uno y a otro con sus ojos tristes y dolida incertidumbre. Toda la mala sangre del Indio se apaciguó a la vista de aquella pobre cosa humana cuyos aullidos íbamos a soportar como una sobretasa de la "adición" modesta. Tuvimos de pronto, el gordito Argüello y yo, el mismo pensamiento: lleváramos al Indio, apartarlo del comedor, evitarle la perversa acción de una burla despiadada. Pero, como si nos hubiera adivinado el propósito, Torres se acodó en la mesa apoyando la cara en las manos y se quedó respetuosamente suspenso de lo que hacían los músicos. La mujer se había puesto de pie apoyando una mano en el respaldo de la silla del guitarrista, y ya el acordeón atacaba la briosa canción meridional.

¡Santa Lucía luntana!...

Una voz de timbre recio y caudal masculino la entonó. El fuego de la tierra volcánica flameó en la garganta de la intérprete y nos envolvió a todos, como un lazo, la emoción de las viejas estrofas nostálgicas.

Santa Lucía, tu tiene
sulo nu poco e'mare
e cchiú luntana stai,
cchiú bella pari...

Todo fué empezar la canción y agolparse a la puerta de cristales, borrando el cuadro de la acera, diez, veinte, cincuenta transeúntes que se quedaron pegados en la dulzura romántica de la evocación y en el encanto indefinible de aquella voz rota por los años pero sostenida por el torrente de emoción que iba vertiendo.

El vecino del Indio, trémulo y transfigurado, parecía que iba a salirse por los ojos.

Al terminar el canto estalló un aplauso cerrado. No se movió ninguno de los curiosos agolpados en la acera. El Indio aplaudió con una sinceridad tan evidente que su vecino lo miró con simpatía, húmedos los ojos.

La música nos había amasado a todos, nos había unido en la fraternidad de la emoción. El Indio se echó al estómago un vaso de soda y volvió a acomodarse, silencioso, de cara al rincón de la música.

Nadie pidió la segunda pieza, pero la cantante interpretó una necesidad ambiente y anunció un tango, pidiendo disculpas por si no salía tan bien como ella quisiera.

—"Caminito..."—dijo.

Al Indio se le acabó de aquietar la fiera.

Era muy mala la pronunciación de la intérprete, pero aquel "Caminito" envuelto en el eco residual de "Santa Lucía" no se nos olvidará nunca. La poderosa voz de la napolitana se afinó para plegarse a la línea tenue de la melodía criolla, como afinan su caricia las rudas manos labradoras que se posan sobre la frente de una criatura dormida. No sé si lo cantó bien o lo cantó mal. Afirmando que lo dijo con una ternura tan grande, tan comprensiva de las palabras, que el tango se nos apareció en su filiación internacional, en su condición de hijo de todas las indefinidas tristezas que se funden en el ánimo popular argentino, imponiéndole esa gravedad que es el pasmo de su adolescencia.

Caminito, amigo,
Yo también me voy...

El Indio Torres lloraba. Cuando se recobró, el vecino de mesa lo estaba mirando enternecido. Los ojos que se habían desafiado volvieron a encontrarse, pero ahora sobre un mismo senderito amigo. Los dos hombres, llamados el uno al otro desde el fondo obscuro de la solidaridad humana, se pusieron de pie y se anudaron en un abrazo.

—¿Qué van a tocar?—gritó el Indio.

—¡Santa Lucía luntana!...



rras. Por sobre el tabique, también como un cuadro de adorno, corría una cuádruple guirnalda de chorizos y butifarras, en cuya contemplación se quedaba prendida de rato en rato la mirada del gordito Argüello. Entre sarta y sarta de embutidos, el queso Provolone pavoneaba sus brillantes calabazas amarillentas chorreadas de grasa negra. De los tirantes del techo pendían, colgados del asa pajiza de su envoltura, los panzudos frascos del Chianti que sabe a madera fina y deja en el paladar y en el ánimo una aspereza máscara.

Tres marinas decoraban la pared del fondo: un buque de alto bordo ("affiche" de empresa naviera), desmedido y lustroso como las hortalizas que prometen los catálogos de las semilleras; un velero compadreando en el espumoso corcovo de un temporal una escora de cuarenta grados; y un yate, frágil como un capricho, luciendo su elegancia en la verdaosa tranquilidad de un río.

En uno de los muros laterales tres fotografías profanadas por las moscas pero ennoblecidas por el tiempo. En una,

Todas las mesas ocupadas. Gente de humilde condición, hombres del mar, chocado más de uno por nuestra presencia y por el aire de burlona inquisición que el Indio Torres usa de diario y se le embravece en desafío cuando se le moja en vino. El mozo que nos sirve es genovés. Sus demandas cruzan el aire como una certificación del exotismo que hemos ido a buscar esa noche los coparticipes del convite de Argüello.

Tras una parva de tallarines que sorbió con prolijidad, como si estuviera devanándolos en un carretel interior, el Indio se mandó a bodega medio frasco de vino. Quedóse quieto un rato; quieto, callado y so-

relámpagos, pero la calma relativa era intranquilizadora.

En eso, una pareja de músicos—acordeón y guitarra— vino a situarse en un rincón y saludó a la concurrencia con una humildad que la pobre traza de los napolitanos acendrabá. Al saludo contestó el Indio, irguiéndose en la silla, con un aspaentoso "buona sera", que sus vecinos de mesa sisearon en franca aceptación de beligerancia. Aquello habría sido el comienzo de una trifulca si una tercera figura que se allegó a los músicos no hubiera dominado instantáneamente, con la sola virtud de su doliente catadura, la atención de todo el mundo. Era una mujer como de cincuenta años, gruesa, con un trágico garbo postizo, muy pintada la cara, muy grandes los tristes ojos azules y vestida con miserable aparatosidad. Apenas la mujer se sumó al grupo, el del acordeón sopló una nota y el de la guitarra, rubio y miope, punteó con torpeza el temple de las cuerdas.

**GUILLERMO
ZALAZAR
ALTAMIRA**

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

LAS MIL Y UNA NOCHES DE LA COCINA ORIENTAL

PREGUNTE en una ocasión a un hombre muy eminente cuáles eran, en opinión suya, las cosas más importantes de la vida. "El amor y la comida", me respondió sin vacilar. Era un señor de la vieja escuela, con galantería bastante para dar la primacía al amor, de aquella escuela que desaparece velozmente, de cultura regala, cuyos exquisitos alumnos tienen el arte del comer y del beber por uno de los refinamientos cardinales de la vida y la civilización.

"Dígame comiendo" es probablemente uno de los dichos más viejos del mundo y uno de los más difundidos y oportunos en esta nuestra edad de "diplomacia social". "La suerte de la China se decidirá en un banquete", me aseguró en Pekín el primer ministro de Chang-Tso-Lin antes de que cayese de su gloria el "Tigre Manchuriano". Póngase Europa donde dice China, y aquella frase podrá trocarse en la filosofía de un delegado ante la Sociedad de las Naciones.

He pasado "devorando caminos del mundo", sin que ello constituya la nazaña fantástica que a primera vista parecería. Los países que ya he "cariado", los continentes en que he "hincado el diente", lejos de entorpecer mi digestión, han servido, al contrario, para ejercitar y desarrollar mi gusto hasta ese grado de sensibilidad epicúrea que suele considerarse atributo masculino. No logré entender por qué se ha de mirar el gusto gastronómico como una prerrogativa del hombre; pero el vasto círculo de mis relaciones en el mundo de los "gourmets", "chefs" y maestresalas internacionales insiste en que él es así, y precisamente porque me distingue como una de las excepciones de la regla, seguimos siendo muy buenos amigos.

Estoy iniciada en los placeres de los platos deliciosos de rara delicadeza—inspiraciones de ambrosia de espíritus magistrales—, en pago de lo cual puedo decir lo que aprendí del sacro arte en las comarcas exóticas de la tierra. Conozco muchas recetas, propiedad exclusiva de familias nobles y de harenes, secretos de un almibar o de una aromática carne dulce de Oriente, ritos exóticos de un Lúculo oriental.

Dícese que el arte culinario nos vino del Oriente por Rusia. No hay duda que el Oriente es la cuna de la cocina exquisita y delicada, de las salsas raras. En China, por ejemplo, noté la falta completa de especias picantes y aderezos fuertes. Los restaurantes Chop Suey de las "Chinatowns" de cualquier metrópoli occidental, dan la impresión más falsa de la refinada imitación de la cocina china de Pekín o Cantón, por más que su ambiente sea en muchos casos infinitamente más romántico y pintoresco que la realidad.

He participado de multitud de maravillosos banquetes chinos. Hace tres años, en el Norte conservador e intacto del antiguo régimen de los "Tutungs" o amos de la guerra; el año pasado, en la Nankín nacionalista, donde me agasajó el Sr. C. T. Wang, ministro de Relaciones Exteriores del nuevo régimen. Ahora se consideran bastantes para un banquete de doce a veinte platos; pero es lo cierto que los amos de la guerra no ofrecieron nunca en sus comidas menos de sesenta o setenta. La emperatriz viuda, según me contó una de sus camareras, insistió en que se sirvieran unos ciento veinte en sus banquetes.

Entre los platos chinos capaces de halagar el paladar de un occidental figura la sopa de

so, preparado con grandes riesgos.

Estos nidos son los del venado, ave indígena de Malaya y Ceilán, que segrega la sustancia gelatinosa que Darwin llama "saliva seca". Aletas de tiburón, el tercer plato tradicional de un menú de bodas, y plato fuerte de todo banquete, nada tiene de aletas ni de tiburón, pues no se compone sino de trozos amoldados de peje espada. Entre otros platos por el estilo figuran una sopa de hueso de damasco, puré de po-

Por LADY GRACE DRUMMOND HAY

(Para LA NACION)

LONDRES, abril de 1930

pétalos de oro viejo son a la par sabrosos y decorativos. Sus hojas verdes, fritas por un solo lado, se comen también y a veces se sirven acompañadas de hojas fritas de meple. Los japoneses comen asimismo yemas de helecho en primavera. Cabe recordar a este respecto

con banquetes y hasta invitados al Palacio Imperial. La hospitalidad japonesa se manifestó en fiestas de variedad, duración y riqueza asombrosas, en las que parece que se nos preparó y ofreció todo cuanto existe en materia de platos japoneses.

Los budistas del Japón, cuyo número se calcula en más de 48.000.000, o sea el 94 por ciento de los creyentes de ese país, practican el vegetarianismo desde hace más de mil años; sin embargo, toleran el pesca-

imaginaba yo que, a excepción de China y el Japón, poco de nuevo podía esperar en materia de cocina y comidas; pero en la India me vi comiendo oro y plata. Desde el punto de vista culinario, la India es sinónimo de curri, pato de Bombay, "chutney" y toda la variedad de platos sazonados con especias picantes, a los que achaca su humor irritable los militares retirados. Sin embargo, yo tuve el privilegio de ser invitada por un grupo de princesas hindúes musulmanas, que no escatimaron esfuerzo para ofrecirme todos los bocadillos tradicionales en sus hogares. Fué el desfile de una gigantesca alacena del pasado. Platos sazonadísimos figuraron en el menú; pero aquellas "especias de las Indias" aparecieron discretas y exquisitamente mezcladas con legumbres, carnes y pescado. Contrastando abiertamente con la cocina de los países del Extremo Oriente, en la que los dulces son parte desdénable de la comida, se me ofrecieron platos sobre platos de tentadores pasteles, tortas y golosinas azucaradas. Frutas al jugo, frutas en mermelada, sorbetes helados, cubiertos de hojaldre de oro puro y plata.

"Nosotros los hindúes tenemos por cierto que el oro y la plata poseen valiosas propiedades medicinales", me dijo una de las princesas. "Los médicos recetan píldoras y pastillas revestidas de polvo de esos metales, no en obsequio al aspecto, sino porque los metales preciosos favorecen la digestión, suavizan y curan los intestinos. Por razones de salud, pedimos que nos sirvan sorbetes, mermeladas y platos tales que puedan llevar una capa superior de oro o plata".

Barquillos de esos metales flotaban en los platos, cubriendo totalmente la primera capa de la comida, así como en los vasos, llenos de atole (agua de arroz) o de jarabe de rosas. Al beber los invitados, una brillante película se adhería a sus labios carmesíes, pintados con betel. El invitado tragaba aquellas, más delgadas que una lámina, sin advertir que se trataba de un accesorio ajeno al plato. Antes de retirarme, mis amigas me obsequiaron varios rollos de esas películas de oro y plata, que acababan de comprar para ellas en el mercado.

Pocas personas conocen los secretos de la cocina morisca. Sin temor a contradicción, digo que fuera de Marruecos no hay un verdadero restaurante marroquí. Y poco importaría que lo hubiera, pues todos los platos de valer de esa cocina han sido heredados en las familias de padres a hijos.

La familia de mi esposo vivió y poseyó tierras en Marruecos durante más de cien años, y no es revelar un secreto decir que algunos de los sirvientes de mi cuñada, en Tánger, son antiguos esclavos de palacios principescos, que ella "adoptó" y cuida. Especialmente uno de ellos, Embereka, traduce su ilimitada imaginación y gratitud orientales en la confección del plato más exquisito que yo haya jamás probado, y del cual estoy segura que no existe otra receta. Su preparación exige un día entero y no es de desdeñar el papel que desempeñan en la circunstancia el Ojo Maligno y su conjuro. Embereka se encierra en una casa de las afueras y echa la llave por dentro, a fin de que ninguna sombra inamistosa pueda proyectarse sobre el pastel y malograrlo. Lo cierto es que se cree que cualesquier desviación de las reglas puede perjudicar la preparación del plato, y en vez de atribuir esto a su verdadera causa; la charla con una compañera, la supersticiosa servidora suele achacarlo al influjo invisible del Ojo Maligno. De ahí su encierro voluntario.

En cucullas ante un fuego de carbón de leña, cuece en un



Un trofeo que justifica el orgullo con que lo exhiben los cazadores

que los ingleses tenemos nuestras tradicionales recetas de ensaladas, conservas, confites y jarabes de flores. Herr Walterspiel, de Munich, uno de los más famosos chefs y gourmets de Europa, me dió el catálogo de su biblioteca sin par, en la que hallé en seculares libros de cocina multitud de recetas curiosas de platos de flores fragantes.

Si bien los japoneses no tienen los innumerables platos de los banquetes chinos, sirven en los suyos y en las ocasiones solemnes, de diez a veinte guisados en forma no desemejante a la de sus celestes vecinos. He tenido oportunidades poco vulgares de estudiar sus comidas. Cuando mi primer viaje al Japón, fui invitada por amigos particulares; pero cuando el Graf Zeppelin aterrizó en Tokio, en el curso de su vuelo alrededor del mundo, sus tripulantes nos vimos agasajados



Un tipo característico de las ciudades africanas: el vendedor de frutas, cuya instalación no puede ser más sumaria.



plato de hierro, frágil y liviano, hoja tras hoja de la pastelería más tenue, de un gigantesco "milhoja", de treinta a ochenta capas, tan sutiles, que casi se podría leer a través de ellas. Entre hoja y hoja pone pollo a la crema y huevos y legumbres sazonadas con especias, hasta que el conjunto llega a considerable altura.

El cuscús norteafricano es familiar a los occidentales, y adaptaciones de platos turcos figuran en los menús de los grandes restaurantes; pero ninguna se acerca al original. Esas imitaciones suelen resentirse de falta de alguna hierba rara y picante que, recogida fresca, da inimitable aroma; del temor de los "chefs" europeos a abusar del azafrán; de su tendencia a occidentalizar salsas y sazones que nada debieran tener de Occidente, y de una carencia natural de conocimiento de la manera de servir los platos.

Por ejemplo, la "cherkassia", que se sirve en todas las casas ricas de Egipto, no es otra cosa que "pilaff" de pollo, bañado en una salsa espesa de nueces molidas. El secreto del "pilaff" exquisito consiste en la abundancia de azafrán y de piñones mezclados con el arroz. Aich el Serai o "Pan del Palacio", es una torta redonda, chata y esponjosa, bañada en miel, adornada con bollos de leche blanca de búfalo, cuajada por evaporación hasta tomar la consistencia de la crema espesa. En Turquía dan nombres muy pintorescos a sus platos. "Piernas de dama" llaman a pequeñas salchichas de carne picada, frita en yema de huevo. "Paloma del Cáucaso" es esa misma carne, envuelta en hoja de repollo, la "dolma" egipcia, con la diferencia de que ésta se enrolla en hojas de vid tierna.

La cocina del Cercano Oriente, tal como la he gustado en Marruecos, Egipto, Siria y Turquía, me agrada mucho. Ofrece una infinita variedad de platos: bocados aromatizados con especias, cuya fragancia perfuma las páginas de "Las Mil y una Noches". Carnes dulces que calmaban las ansiosas vigiliadas de Scheherezada. Banquetes en el desierto: ovejas enteras asadas, grandes pavos, corderos, estofados de "bam-yas"; "Dedos de Dama", como se les dice, secados habitualmente antes de exportarlos, por donde pierden todo su sabor glutinoso. Los admirables postres: mermeladas de rosa.

Los burros, mansos y pacientes, constituyen todavía en el África un medio habitual de locomoción

conservas de flores, jazmines confitados, sorbetes, mieles, nogadas, golosinas turcas y bocadillos indescriptibles compensaronme sobradamente mi encastamiento durante semanas enteras, hace cinco años, en la semiarruinada Damasco.

Sir Douglas Mawson, el explorador polar, me contó que la comida esquimal se compone de dos platos: carne primero y luego sopa. Se saca la carne de la foca del caldo en que ha hervido, se vierte encima sangre de foca fría y se la pone a hervir de nuevo; en seguida se la enfría hasta que tenga la temperatura de un puñado de nieve.

Cuando estuve en Suecia viéndolo, en compañía de varios amigos, en una casa de madera típica del Norte de ese país, rodeada por kilómetros y kilómetros de bosques de oscuros pinos, el queso era el plato central de las comidas, como lo es en Holanda. Las comidas son cosa solemne en las provincias suecas. Toda la familia se reúne en la gran sala de la casa, calentada por la chimenea hogareña del edificio. Después de cada yantar dábamos las gracias al ama de casa que lo había preparado o que, al menos, había vigilado su preparación. El esposo se adelantaba, besaba a su esposa y decía en sueco algo así como "gracias por la comida". La familia seguía a su jefe y los huéspedes estrechaban las manos de aquella, expresándole estima y gratitud. Esto no es simplemente un ritual diario, sino que se repite tres veces al día y puede renovarse después de cada refrigerio. Confesaré que me gustaba y me hacía pensar cómo recompensaría la dura labor de más de un ama de casa aquel cumplido de agradecimiento.

Cada país tiene su comida característica. En la mayoría, cada provincia, si no cada ciudad, se vanagloria de alguna especialidad. En el Viejo Mundo y en el más viejo aun al Este de Suez, el ceremonial de la degustación es absolutamente tan importante como la preparación de la comida. Se requieren tantos ritos para el sacrificio del aguardiente de Napoleón, para las primeras ostras, perdices o faisanes de la estación como para beber el té en el Japón o comer las golosinas en un banquete chino. Con palillos en el Extremo Oriente, o con los dedos en el desierto africano, me siento tan a gusto como con el cuchillo y el tenedor en Europa.

Mis "exploraciones gastronómicas" no son el aspecto menos interesante de mis andanzas mundiales. Abren puertas inesperadas, revelan la parte

La plaza del mercado de Ghardeia, donde se dan cita las caravanas procedentes del Sur

intima, doméstica de la vida de familia de otros países y constituyen un lazo común de simpatía e inteligencia con nuestras hermanas del Norte, Sur, Este y Oeste. Ello sin mencionar el efecto humanizante del "poder de la comida" en la gente más reservada del mundo diplomático y político.

Al contemplar el tapizado panorama del mundo mientras volaba en el Graf Zeppelin, el verano pasado, alrededor de la tierra, imaginaba que se des-

techaban los palacios, casas y cabañas de todos los países sobre los cuales pasábamos; que se destapaban todas las cacerolas y que se exhibían, como para una inspección, los guisos de aquellos millones de amas de casas blancas, amarillas, bronceadas y negras. ¡Qué extraña olla de gustos humanos se vería! "Amor y comida" constituyen dos llaves mágicas del entendimiento universal; pero llegará el milenio antes de que las naciones concuerden en punto a sazones y platos, y entonces será demasiado tarde... ¡porque viviremos ya muy lejos de la Ambrosia!



TODA LA FAMILIA ESTUDIA CON LINGUAPHONE

aprovechando las noches de invierno para hacer "algo útil y divertido a la vez". Los fines que se persiguen son distintos. Los padres p. e. repasan las nociones, adquiridas hace ya tiempo, para hacer pronto un viaje al extranjero. Al hijo le parece muy útil poseer idiomas para el ejercicio de su profesión. La hija, muy joven aun, quiere destacarse en el colegio. Ambiciona pasar de grado con la mejor nota obtenible. La nena no pienso, a los adultos por la rapidez con que imita aprende. Acumula nociones jugando y no conoce ni sospecha siquiera su valor inmenso para la vida.

Todos estudian con afán, entusiasmados por los adelantos visibles, realizados en poco tiempo. Les gustan sus profesores que nunca se cansan, que nunca se irritan y que siempre están listos para dar lecciones, de día o de noche, en la propicia intimidad del hogar.

También Vd. puede estudiar lenguas (Inglés, francés, alemán, italiano, ruso, esperanto, etc.), con la misma comodidad y eficacia, si adquiere uno de los famosos cursos LINGUAPHONE.

Son los más modernos

Los temas tratados en ellos no pertenecen a la época de nuestros abuelos. Incluyen los inventos del hombre moderno. Se viaja en automóvil, subterráneo y aeroplano. Se escucha música por radio, etc. La reproducción de los discos LINGUAPHONE está a la altura de nuestros días y sorprende a cuantos los oyen por su nitidez y potencia.

Son de calidad superior

Los profesores que hablan por medio de discos LINGUAPHONE no son meramente "extranjeros", sino catedráticos de las más famosas universidades europeas. Hasta el escritor inglés BERNARD SEAW, de renombre mundial, le dará lecciones de inglés por discos LINGUAPHONE si Vd. lo desea.

Son eminentemente prácticos

Las lecciones de los cursos LINGUAPHONE no traen palabras sueltas ni frases hechas a la fuerza, con el único fin de ilustrar reglas gramaticales. Nada de eso. En frases razonables y usuales se pinta la vida real en sus distintos aspectos. Usando la moderna enseñanza directa, el vocabulario en parte se adquiere por medio de grabados.

Son completos

Hay cursos para cada gusto y para cada necesidad: de Conversación, de Viaje, de Literatura, etc.

Están al alcance de todos los bolsillos

Los cursos LINGUAPHONE no sólo se venden completos, sino también en cómodas cuotas, según lo prefiera el estudiante.

Son de valor universal

Recuerde Vd. que el dominio de idiomas es indispensable tanto en la ciencia como en el comercio, que es agradable en los viajes y que es una prueba de cultura en la sociedad.

Exclusividad:

Juan Tuercke

DEMOSTRACIONES GRATUITAS

VICTORIA 636, 7o. piso

(De 9 a 13 y de 15 a 19)

BUENOS AIRES

PIDA AHORA MISMO
DETALLES MANDANDO
EL CUPON ADJUNTO.

Me interesa el idioma

Nombre

Profesión

Calle

Ciudad

N. 10
Señor
Juan Tuercke

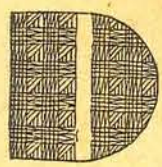
Casilla Correo 1209

Buenos Aires

Sírvase enviarme, gratis y sin compromiso, folletos explicativos sobre el método LINGUAPHONE.

F. C.

VIDA SENTIMENTAL DE JAIME APPERSON



El puro aristócrata, Jaime Apperson le tenía miedo a la vida. Por eso era triste y tímido. Sin embargo, luchó contra sí mismo, y consiguió ser simplemente serio, y a veces parecía hasta confiado. La seguridad, pensaba, consiste en creerse seguro. La fe es una opinión.

Desde chico había aprendido a "dispararle" a las mujeres, no porque las creyera peligrosas, sino porque le daba rabia que lo besaran. Sobre todo, las mujeres solteras, que lo picoteaban a besos. Las señoras, en cambio, lo besaban con una lentitud de vacas. De todas maneras, él prefería los besos de las señoras porque eran más tranquilos. Jaime vivía en una actitud constante de defensa contra sí mismo y contra los demás. Huía de los otros para que no le recordaran a cada paso su niñez, y al mismo tiempo quería respetarla para no tener que acusarse de pedantería. Odiaba, sencillamente, la posición de niño prodigio.

Entre los diez y los doce años empezó a comprender que su antipatía hacia las mujeres no era más que un disfraz de su timidez. Él se la había explicado así por comodidad o por orgullo, y este descubrimiento le tuvo avergonzado durante varios días.

Después se le presentó una complicación mucho más grave: se dio cuenta de que les tenía un miedo atroz a todas las mujeres. Entonces empezó de veras a odiarlas. Las perseguía con el pensamiento rabiosamente, gritándoles su odio: y lo peor era que muchas veces las alcanzaba. Pero le salvó su pereza. Había llegado a los quince años libre de toda servidumbre a la vida. Más que el pecado, le espantaba la idea de encontrarse frente a frente con la realidad. Quería vivir, pero se aterrorizaba demasiado pronto.

Un día se creyó enamorado y pretendió que su amor duraría siempre. Jaime seguía siendo tímido y orgulloso: por eso fué humilde en su primer amor. No escribió cartas por temor de que se perdieran. No habló por miedo de entregarse. Ella dejaba hacer y él se empeñaba en no hacer. Ella quería que Jaime le confesara entero lo que sentía, pero él cuidaba demasiado de su entereza para que pudiera comprender los méritos del abandono. En materia de amor hay que tener la valentía de jugarse hasta la vergüenza: de otra manera eso no es amor sino preocupación amorosa. Jaime no lo entendía. Había en él una falta de confianza que sólo un gran desengaño podía justificar. Y es que Jaime tenía una idea demasiado adelantada de la vida: el desengaño preexistía en él. Era su máxima sospecha. Nadie le comprendió entonces. Él se reservó para sí la solución de su conflicto y no pudo solucionar nada.

No tuvo nunca ni una sola esperanza. Ni siquiera se le ocurría pensar en las soluciones probables. Prefería imaginar situaciones imposibles, asombrosamente lejanas, donde su felicidad se cumpliera con una perfección casi inconcebible. Deseaba la noche con ansiedad, porque en la noche podía dar rienda suelta a sus pensamientos sin que nadie le molestara. Se imaginaba a sí mismo de vuelta de una guerra fantástica con honores de vencedor. La ciudad entera salía a recibirle, y ahí, entre aquel mar de gente, estaba su novia, avergonzada de su poco valer. Después él se desgarraba de los aplausos que duraban días y noches y se iba secretamente

a consolarla. Así se vengaba Jaime de lo que había sufrido por las mujeres. Otras veces se ponía a imaginar despedidas románticas, hasta que la cara se le empapaba de llanto. Noche a noche Jaime perfeccionaba sus imaginaciones y con ese ejercicio se aseguraba la eterna novedad de sus escenas. Retocaba los detalles más mínimos y los gestos más simples con un amor de miniaturista. El no conocía la esperanza, pero, en cambio, era un artista de la ilusión. Indiscuti-

blemente, Jaime era un intelectual. Después, todo pasó sin que pudiera explicarse nunca cómo había pasado aquello. Seguramente ella se habrá casado y tendrá cuatro o cinco hijos. Jaime esperó demasiado tiempo, y se cansó demasiado pronto. Cosas de los grandes imaginadores...



ILUSTRACION DE
ILSE DAVIS

blemente, Jaime era un intelectual.

Después, todo pasó sin que pudiera explicarse nunca cómo había pasado aquello. Seguramente ella se habrá casado y tendrá cuatro o cinco hijos. Jaime esperó demasiado tiempo, y se cansó demasiado pronto. Cosas de los grandes imaginadores...

A los diez y siete años se enamoró de una mujer casada. Al menos él lo creyó así. Se enamoró de ella por comodidad. Jaime sabía que el único amor cómodo es el amor imposible. Prefirió largarse en una aventura de amor. Aquella mujer le convenía decididamente: era inalcanzable, y además tenía treinta años. Jaime había resuelto el problema de su timidez: se limitaba a esperar silenciosamente. Pero pronto habría de sobrevenirle una complicación espantosa: aquella mujer era soltera. Para Jaime fué la mayor desilusión de su vida.

Entonces se metió en la literatura. Se buscó a sí mismo y no se encontró por ninguna parte. Todos los poetas tenían

el arte. Así fué como escribió versos de amor. Pero llevaba la ventaja de que el suyo no era un amor actual, sino un recuerdo. Extrañaba su vida de antes, y la recortaba en versos para imaginársela presente. Le gustaba escribir la palabra llanto para desquitarse de todas las veces que había llorado a escondidas. Jaime había descubierto el consuelo pluvial del arrepentimiento. Y como buen penitente, quería hacer confesión pública de sus pecados. De esta manera se vengaba de sí mismo.

Después se pasó a los antiguos, y le agarró de veras la literatura. Entonces la técnica pudo más que el sentimiento. La sinceridad empezaba a acomodarse. Jaime se dio cuenta de eso y se alegró. Él no quería mentir, pero tampoco quería quedarse sin preocupaciones. Comprendía que en el romanticismo el tema iba a agotarse demasiado pronto. Se puso a imitar a los antiguos,

porque para eso se necesitaba artificio. Y en todo caso, pensaba, el artificio justificaba al arte. Además, ahí cabía también su romanticismo. Seguramente ignoraba que los románticos alemanes se le habían adelantado. Compuso con sabiduría versos que no hubiera podido escribir sencillamente con sinceridad: y, sin embargo, le parecieran más sinceros, porque eran más serios. La Edad Media le había puesto entre las manos el arte de trovar, y él comprendió en seguida que

su heroísmo para que le convirtieran en héroe. A los veinte años no le interesaban las mujeres. Dos o tres aventuras no bastaron para sacarle de su desgano. En realidad, él se había dejado llevar con un aire de aburrimiento tan distinguido que hubiera sido una lástima desperdiciarlo.

A los veintidós años las madres ya andaban averiguando la historia de su familia. La averiguaban porque sabían que era limpia.

Un día, un amigo suyo que acababa de leer a Eurípides, le citó esta frase: "Con el destierro cesará el apremio nupcial con que te asediaban las jóvenes". Jaime no comprendió bien pero tuvo miedo. Para él las palabras antiguas eran siempre tremendas, como sentencias. La ira de Dios había hablado por la boca de Eurípides.

Después, Jaime Apperson se enamoró de nuevo: pero esta vez se enamoró de veras. Al fin y al cabo, estaba en su derecho. Ella también estaba en su derecho y lo quiso. Pero él la quería por encima de todo. Jaime no estaba dispuesto a esperar nada. Otra vez había esperado, y fracasó. Ahora se alegraba de aquello. Pero estos eran otros tiempos. No tenía por qué dudar, ya que iba a jugarse entero. Tampoco era el caso de andar dándole vueltas a las palabras. Por eso le dijo: "Yo la quiero mucho", y esperó a que ella le dijera algo. Ella no le dijo nada al principio, pero después se prometieron un amor eterno, apretándose las manos. Jaime creyó en la eternidad del amor. No se acordó entonces de que el amor es siempre condicional: cualquier desengaño es más importante que el amor y que la vida misma. Al poco tiempo empezaron los inconvenientes de todos los noviazgos. Jaime no podía soportar el más mínimo tropiezo de su felicidad. Quería ser feliz, y lo reclamaba como una prerrogativa de su estado. La felicidad, decía, no admite grados: o es perfecta o no es felicidad. Pero ella no estaba preparada para estas exageraciones. El sufría y ella se lamentaba. Un día se les sumaron nuevas desgracias y sobre las desgracias cayeron las injusticias. Ella era demasiado débil y su debilidad los perdió a los dos. Así terminó ese amor, que fué el único verdadero de la vida de Jaime.

Después él se fué a París para olvidar. Un día ella recibió carta de París. Era de una amiga suya. Le decía, más o menos, esto: "Hoy lo encontré en el Bosque a Jaime Apperson. Me propuso que fuera a visitarlo y yo le dije que bueno. En el departamento hay un olor a sándalo que marea. Hablamos de muchas cosas sin importancia, y de repente él me dió un beso. Todavía yo no comprendo cómo me agarré de sus hombros con tanta fuerza y lo besé. Después yo le dije 'hasta mañana', pero él no me dijo nada. Mañana pienso volver. Estoy horriblemente celosa porque antes fué novio tuyo. Supongo que ya lo habrás olvidado y que me perdonarás. Pero, es que sabe besar demasiado bien".

El mismo día Jaime le escribió a su amigo: "Tu consejo me ha resultado inútil. París tiene demasiadas mujeres para que uno pueda olvidarse. Cada vez me convengo más de que el amor es una enfermedad de esas que tú sabes: los remedios sólo consiguen actualizarlo".

Así acabó su vida sentimental. Vivió, sufrió, y después siguió viviendo como pudo. El verdadero Jaime Apperson había muerto.

IGNACIO B. ANZOATEGUI

EL ESCRITOR Y EL POLITICO

POR

PIERRE DRIEU
LA ROCHELLE

(Para LA NACION)

PARIS, abril de 1930

nido jamás un régimen social; sin embargo, nunca fué a la cárcel y apenas conoció el destierro. Hay que buscar a través de las circunstancias particulares qué es lo que ahí corresponde a la condición constante de escritor.

M. de Malesherbes perdonaba el "Contrato Social" — instrumento de subversión política — al autor de "La Nueva Heloísa", novela en que el amor respeta las convicciones entre los personajes conservadores y los personajes sediciosos, y en el mismo "Contrato Social" cerraba los ojos ante los pasajes más acres a causa de cierto desprendimiento superior que caracteriza toda la obra, cosa que, en la pluma de Rousseau, era más que una sugestión de la prudencia, una evasión necesaria de su espíritu por arriba de toda opinión demasiado particular.

Y el "Emilio" atenuaba aún más que la "Nueva Heloísa" los efectos subversivos del "Contrato", porque, sin alejar al autor hacia fábulas frívolas de apariencia irresponsable, a la vez que lo mantenía sobre materias próximas a aquellas de su obra política, le permitía, sin embargo, tratarlas de una manera mucho menos ofensiva. Eso era lo que más tranquilizaba a M. de Malesherbes, porque veía ahí a la crítica de Rousseau contra el régimen, contenerse y suavizarse con las inflexiones de su sensibilidad personal. El artista reaparecía y el censor real podía adivinar que ese artista, como los demás, era demasiado humano para seguir la pendiente recta de una opinión doctrinaria, siguiendo la cual el pensamiento se acelera hasta la violencia. Y en efecto, en esa novela de educación, Rousseau se mostraba — entre otras contradicciones — liberal y religioso a un mismo tiempo. De ese modo le daba al público cuenta exacta, sincera, del contenido de su espíritu, pero se privaba de una política eficaz, porque lo que le quitaba a la Iglesia con una mano parecía estar cerca de devolvérselo con la otra. Ponia en peligro la autoridad del Papa y de los obispos, pero, por otra parte, hacía honor a los vicarios de campaña. De modo que así se preparaba la Revolución, pero también, más allá de ella, la reacción cristiana de los primeros románticos. La puerta estaba abierta, si no para Chateaubriand, al menos para Lamennais y Lamartine. Los enciclopedistas no se equivocaron; de ahí su indignación contra Rousseau.

En todo caso, estas observaciones hacen comprender por qué M. de Malesherbes hiciera advertir al célebre escritor, que se preferiría verlo viajando en Suiza a tener que encerrarlo en la Bastilla. Y Rousseau se prestó de buen grado a esta maniobra, que hacía de él un desterrado casi tan libre como su enemigo Voltaire, y que lo privaba del honor y del poder ejemplar de la prisión (que Diderot había tenido, pero lo menos posible).

Así también, en la Rusia del antiguo régimen, el Zar nunca permitió que se persiguiera a Tolstoi. El autor de "Ana Karenina" y de "Guerra y Paz" siempre le formó un baluarte al propagandista anticlerical y antimilitar; el cual, por otra parte, ignoraba las consecuencias posibles de sus escritos en un orden político que él negaba.

El escritor ofrece a los hombres, en el conjunto de su obra, una representación demasiado indirecta y enmarañada de la acción próxima — de la que, sin embargo, el germen principal está en su obra — para que se le pueda considerar como inmediatamente responsable de esa acción. Siendo su eficacia "de tiempo", su responsabilidad también lo es. Median casi

treinta años entre el "Contrato Social" y la toma de la Bastilla. Esta duración corresponde exactamente a lo que hay de amortiguado en los golpes de Rousseau, que nunca rompió por completo con la sociedad aristocrática, tanto que murió en casa de un marqués.

Y si hubiera vivido hasta la edad que alcanzó Victor Hugo, ¿lo habría encantado cómo fué puesto en acción su pensamiento? ¿Le hubiera sido grato bendecir a su perfecto discípulo Robespierre en pleno Terror? ¿Habría comulgado con él ante el Ser Supremo, cuyo altar era la guillotina? Sin embargo, jamás un artista habrá tenido en un político más exacta reproducción de su pensamiento. Robespierre es Emilio magnificado y poniendo en el pensamiento del maestro el rigor consiguiente del discípulo. Marx no hubiera podido reconocerse tan exacto en Lenin (suponiendo que hubiera vivido ciento cincuenta años!). Es probable que al "paseante solitario" le hubieran engañado algunas diferencias aparentes y no se hubiese reconocido en el "Incorruptible".

Sin duda habría repudiado la sangre. Y, sin embargo, esa sangre manchaba sus manos como las de Robespierre. Hay sangre en las manos de todo gran escritor. La tinta con que escribe está mezclada con su propia sangre, y luego esa tinta, al correr por el mundo, se mezcla con la sangre que hizo derramar. Ningún hombre puede substraerse a la circulación universal de la sangre entre los seres, y una sola responsabilidad es común a todos. Sin embargo, los grandes escritores que, como Rousseau, se refugiaban en retiros campestres o se enclaustran en el fondo de su gabinete, no conocen siempre esta íntima comunicación entre su tintero y el corazón de la humanidad. Se sorprenden al ver el aspecto que toma su verbo al hacerse carne. A Rousseau lo habría espantado aquel hombre de Estado frío e implacable, brotado todo él de sus obras.

Y puede que muchas personas, viéndolos frente a frente, no notasen toda su profunda consanguinidad. Porque, en fin, hay una diferencia que salta a la vista: Robespierre arriesgaba mucho más, seguramente, su vida que Rousseau. Y, en efecto, el uno murió en el cadalso y el otro murió en su cama.

Los escritores que tienen tan manchadas de sangre las manos como los políticos mueren en sus camas, mientras que éstos son asesinados o, por lo menos, son amenazados de muerte. Son los políticos los que recogen el elemento mineral, resistente, cortante en la obra de los escritores y que aplican esta piedra infernal a la carne viva de los hombres. Pero a este precio los políticos consiguen una gloria que no alcanzan nunca los escritores: millares de jacobinos (soldados de los ejércitos que recorrieron la Europa o "sans-culottes" del interior) mataron y se hicieron matar por Robespierre mucho más que por Rousseau.

Y, sin embargo, si se examinan mejor las cosas, se ve que no es posible contentarse con esta oposición grosera del lecho y de la guillotina, y que el suplicio de un Rousseau, aunque sea menos brillante, no es inferior al de Robespierre.

Donde hay que buscar el verdadero riesgo corrido por Rou-

seau, su verdadero suplicio, que supera al suicidio y a la decapitación de Robespierre, no es en la falta de audacia y de violencia en sus contactos con el siglo: es en la rarefacción gradual de esos contactos. Hay que darse cuenta de ese progresivo desgarramiento, con Mme. de Warens, con sus hijos, con Diderot, con Mme. d'Houdetot, con todos sus amigos y con todas sus relaciones sociales. Sólo conserva a Teresa como un mendigo guarda su último harapo sobre su piel ulcerada. Eso es lo que revela la intensidad secreta de la acción de Rousseau en el siglo, ese estrechamiento progresivo del círculo de su soledad. Sin duda que su pobreza de artista es socorrida, siempre lo protegen y lo hospedan ricos; sin duda que sus desavenencias con la monarquía de Francia, la República de Ginebra o la "gentry" inglesa son relativas o en parte ilusorias. Sin embargo, su genio, que agita y conmueve todas las conciencias, destruye también a su débil físico: lo retuerce y lo arranca, apartándolo de todo, hasta llevarle a un aislamiento igual al del anciano, que anticipa el aislamiento del cadáver.

Cuanto más entra un escritor en la intimidad, en lo vivo del mundo, más se asegura comunicaciones inmortales con la humanidad, y más pierde el contacto con sus contemporáneos y sus próximos, más parece extraviarse en la manía de su egotismo, en el fantasma de su yo. Se aleja así, a la vez, del triunfo y del suplicio en la plaza pública.

Robespierre sufre menos, sin duda, en su juventud. Realmente no se está seguro de esto, porque no ha escrito Confesiones que nos permitan apiadarnos de su infancia. En todo caso, sabrá asimilarse los acres recuerdos de un Marat y de todos los más intratables sediciosos. Y desde los primeros días del 89 se empeña en recuperar el tiempo perdido, se asocia a todas las hostilidades para atizar en sí mismo todos los resentimientos; aguja su pasión de mes en mes — pero, cosa que sorprende al vulgo y, ¡ay!, al corazón de casi todos los hombres! — y sin cesar la empapa en agua helada: quiere parecer frío. Entretanto, sin sexo, más habituado a ver morir que un viejo general, siente una secreta pero ardiente simpatía por la vida; sus discursos, que creen mesurados los que no los han leído, lo demuestran, pues están llenos de arranques y de gritos. ¿No es, entonces, un hombre más atrozmente aislado que el viejo recluso del "Rousseau juzgado por Juan Jacobo"? Sin embargo, ha vivido entre el calor y la efusión; contó con Couthon,

con Le Bas, con Saint-Just; contó con el sudor amistoso de las Secciones.

Es por eso que digo que sufrió menos que Rousseau. Y porque conoció menos, sufrió menos e hizo menos. Los hombres públicos cuentan, en cambio, con la reacción inmediata que provocan en las masas con una perpetua compensación física para cada una de sus actitudes, y esto alivia el suplicio de su soledad y amortigua, al mismo tiempo, su posesión de lo más íntimo y sensible del siglo y de la humanidad. La amistad no difiere del amor y, como éste, sólo es un juego agotador y sin devenir. Pero la vida del hombre político hace de la amistad, y con frecuencia del amor, necesidades que se prolongan; la acción directa requiere alianzas duraderas. Poco importa que nunca haya habido dilección en la fidelidad de Saint-Just a Robespierre; el hecho es que esos dos hombres no pudieron separarse. La vida les concedió la única felicidad que podía acordarse: ser dos hombres libres ligados por un vínculo forzoso que se parece al de la sangre. "Te necesito", les dicen los niños a sus padres, y los abuelos a los nietos. Nada menos parecido al amor; sin embargo, es este fuerte lazo lo que se vuelve amor entre dos amantes cuando ya no es pasión y aquél subsiste. Y las Secciones, el 9 de Thermidor, sólo abandonaron a Robespierre porque él las abandonó. Indudablemente las abandonó, porque prefirió morir, víctima respetuosa de la ley, aceptando que se volviera contra él la mayoría de la asamblea legal, antes que volverse un dictador que, francamente incrédulo, sólo contaría ya con sí mismo, y esto debió darle una atroz agonía. Pero esta agonía de las últimas horas es tan rápida, agota tan rápidamente todas las sensaciones y todos los sentimientos, que me resisto a parangonarla con la larga maceración de Rousseau, desde el día en que se niega a ser presentado al Rey, después del "Devin de Village", en 1752, hasta el día en que va a morir en Ermenonville en casa de su último mecenas, en 1778. Yo me imagino que la Odisea de nuestro corazón libre y perdido de hombres modernos sería más angustiosa y sangrienta en aquel pequeño músico errante, en aquel anciano alucinado, que en Robespierre, sensible pero pomposo, que hace afirmar los Derechos del Hombre, los derechos de Juan Jacobo, a cañonazos.

Es en este concepto que me resigno casi a abandonar una idea con que volví de la guerra, y que me parecía inseparable de mi propia realidad y de toda realidad humana, es decir, que la muerte violenta y voluntaria es la mayor prueba que puede dar un hombre sobre el interés de la vida.

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorable referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo, recibirá gratis mi precioso ALBUM-FOLLETO que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo, a

S. MORASSUT (ESPECIALISTA)

SARMIENTO 1584

ROSARIO (Argentina)

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

Por NATACHA RAMBOVA

DESDE que el cinematógrafo se enseñoreó del mundo, esto es, en el transcurso de los últimos veinte años, se han hecho y deshecho en el mundo muchas celebridades. ¿Cuántas "estrellas filantes" se habrán encendido y apagado en el firmamento del arte nuevo? Es necesario un esfuerzo de memoria para acordarse de algunos nombres que ayer no más andaban en labios de todo el mundo, al lado de los cuales poco significaban los nombres de los grandes poetas, de los grandes estadistas, de los grandes magnates de la industria. Habrá que escribir un día u otro la elegía de los astros eclipsados, de aquellos cuya popularidad duró, para acudir a un símil inevitable, "lo que duran las risas". ¿Quién se acuerda ya de aquel buen mozo que se llamaba Wallace Reed y que murió enloquecido por los alcaloides después de haber enloquecido de amor a millares de muchachas? ¿Qué se hizo la celebridad de Perla White, y la de George Walsh, y la de Theda Bara?... Pasaron, melancólica y definitivamente, a la zona de la sombra y del olvido.

No fué ese, por cierto el destino del galán cuya figura se evocará en estas páginas. Han transcurrido varios años desde que murió, en la plenitud de su fama y de su juvenil gallardía, y en todos los rincones del mundo hay quienes rinden culto silencioso a su recuerdo, y el anuncio de su nombre llena todavía las salas de los cinematógrafos. Murió joven, como los elegidos de los dioses, mucho antes de que la edad hubiera podido restarle algo de su apostura, afean o descomponer la belleza viril de su rostro; y esa es la estampa bajo la cual, cada vez que en las pantallas vuelvan a proyectarse las escenas de "Monsieur Beaucaire", lo reconocerá la posteridad; esa es la estampa que el arte de un estatuario acaba de materializar en el bronce perenne, en el monumento que no hace mucho se le ha erigido en la ciudad de Los Angeles.

La publicación del relato autobiográfico de que es autora Natacha Rambova, compañera que fué del astro desaparecido, será acogida sin duda con vivo interés por los lectores de la revista de LA NACION.

co admirador no era más que una caricatura del verdadero, del cual se exageraban todos los defectos. Quienes lo conocíamos íntimamente, con todas sus virtudes, apenas podíamos reconocerlo a través de la máscara grotesca con que lo desfiguraba la crónica diaria.

Y en cuanto al propio Rodolfo, todo eso lo sublevaba.

El Valentino legendario, acicalado y peripuesto, el "sheik", se parecía tanto al hombre ver-

dadero, al que amé y con quien contraí matrimonio, como lo negro a lo blanco. Pero fué como "amante ideal" en la pantalla que logró los mejores éxitos de boletería y, en consecuencia, debía seguir desempeñando el papel de amante ideal con sacrificio de sus mejores aspiraciones. Si se le hubiera permitido realizar las películas que él quería hacer, las bellas producciones artísticas de que era capaz, se asociarían a su nombre historias muy diferentes.

En puridad, Rodolfo Valentino era un gran artista, uno de los pocos que ha producido la pantalla. De no haberlo sido, su fama hubiera muerto con él, y ahora como otros, yacería relegado en el olvido. Pero satisfacía una necesidad especial del público, que ningún otro actor pudo llenar, a saber: el deseo eterno e insatisfecho de contemplar la encarnación de un espíritu romántico y caballeresco de las épocas pasadas. Es una exigencia de la fantasía, de las aventuras sentimentales, que encantan a las mujeres, aunque no lo confiesen.

Era demasiado joven para la gran fama que había conquistado

Pero su verdadera obra artística no era tenida en cuen-

Evitemos la acidez gástrica

El exceso de acidez estomacal es el que produce los malestares que siguen a toda comida, como dolor, ardor, flatulencia, etc. Esta misma acidez, atacando las paredes del estómago, termina a la larga por producir ulceraciones y graves enfermedades.

Por eso los médicos aconsejan tomar después de cada comida media cucharadita de bicarbonato cálcico, que elimina el exceso de acidez, calma al instante toda molestia o dolor al par que estimula la perfecta digestión.

El bicarbonato cálcico es un producto científico, cuyas propiedades están claramente descritas en el interesante folleto editado por los señores Laich & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires, y que enviarán gratis a quien lo pida.



La actriz cinematográfica Natacha Rambova, autora del relato autobiográfico cuya publicación se inicia en este número

SE han escrito muchas narraciones acerca de Rodolfo Valentino, pero muy pocas de ellas son verdaderas. Han sido escritas en general por personas que apenas le conocieron o que quizá conocieron sólo al héroe de la pantalla, y que pretendieron describir al hombre valiéndose de su imaginación y repitiendo lo que habían oído hablar de él, presentándolo así como un personaje novelesco y absurdo.

Por eso se me ha pedido que escriba su historia, y lo hago, porque puedo escribir lo que he visto y he sabido de su vida, a la que he estado tan íntimamente ligada, y por creer que debo a su memoria el homenaje solemne siempre de la verdad.

Aunque parezca extraño, el interés despertado por la personalidad de Valentino no ha decaído todavía. Hasta el presente, cuatro años después de su muerte, las nuevas exhibiciones de cualquiera de sus películas atraen multitudes deseosas de contemplar una vez más al gran actor romántico cuyo sucesor, con gran pesar de los productores, no se ha descubierto todavía.

En vista de que el valor de su obra ha sobrevivido al hombre, es justo que los que han apreciado su arte conozcan una descripción exacta de él, exenta de las falsas e invenciones que han matizado las versiones dadas hasta ahora.

Por desgracia, cuanto más

famoso se hacía, más numerosos eran los cuentos e insinuaciones maliciosas que circulaban acerca de él, y que lo presentaban bajo un aspecto falso. Una de las penalidades que impone la fama a un astro de la pantalla consiste en que se acoplan a su nombre toda clase de rumores sin fundamento. El gran público ansía conocer en detalle la vida íntima de su ídolo, y por eso se le entrega toda clase de historias imaginadas para satisfacer su ávida curiosidad.

Una víctima de la publicidad

De todo esto resulta una gran publicidad inescrupulosa, hábilmente ideada por el empresario, el productor o quienquiera que lucra con sus películas, para presentar al público una modalidad del actor que estimule su interés y aumente las sumas que se reciben en las boleterías. Con frecuencia se presenta una imagen falsa del astro, tan parecida a lo que es en realidad, como un indio tallado en madera lo es a un jefe de tribu, de carne y hueso.

Nadie sufrió jamás como Rodolfo Valentino, las consecuencias de esta poco original y desagradable propaganda. En la mayoría de los relatos en que él era protagonista, su carácter, su personalidad y sus ideales se describían en una forma tan arbitraria, que el hombre presentado a su públi-

"En puridad, Rodolfo Valentino era un gran artista, uno de los pocos que ha producido la pantalla"





"Cuando en 'Sangre y arena' desempeña el papel de Gallardo, el caliente torero de la clase campesina, olvidó todos sus modales refinados para asumir los de un hombre de campo"

la clase campesina, olvidó todos sus modales refinados para asumir los de un hombre de campo. Comía, andaba, pensaba y se conducía como un campesino, hasta el punto de parecer sentirse incómodo dentro de sus trajes de corte irreprochable. Mientras preparaba el principio de la película, representando a Gallardo cuando era muchacho, Valentino tenía toda la casa revuelta con sus travesuras infantiles. Su risa, sus entretenimientos y hasta sus manifestaciones psíquicas eran las de un muchacho de trece años de edad. Era inútil discutir con él asuntos que debían ser resueltos por Rodolfo Valentino. Me pareció que tenía un hijo adoptivo en mi casa. Esto lo hubiera encontrado muy fastidioso, si no fuera tan interesante.

Las emociones eran lo primero en él

Valentino no era un gran actor en el sentido en que lo fueron Sarah Bernard o Edwin Booth. La Bernard estudiaba inteligentemente su papel hasta que su cerebro le dictaba las emociones que correspondían. Rodolfo no podía hacer penetrar nada en su cerebro mientras no lo asimilara en sentido emocional.

No tenía ninguna cualidad de imitador, sino una asombrosa capacidad dramática con la que absorbía por completo un papel, hasta en sus menores detalles. En "Monsieur Beaucaire", supo encontrar el gesto apropiado para agitar un pañuelo de encajes y para tomar una pizca de rapé. Jamás se le había hablado de esas cosas; las aprendió por intuición. Pero Rodolfo era en realidad un emotivo, como se descubrió más tarde. Su extrema sensibilidad le permitía apropiarse de una personalidad o de una

(Continúa en la pág. 41)

ta para nada. Se hacía caso omiso de sus mejores virtudes para exagerar sus aspectos más groseros; el atractivo sexual, las mujeres, la vida nocturna y los galanteos, todo cuanto pudiera aumentar en algunos miles la cifra de los aficionados.

La ficción de sus personajes suplantó a la verdadera esencia de su ser y le obligó a desempeñar papeles que le disgustaban y que acrecentaban su descontento. Pero los chismes que circularon en Hollywood lograron su objeto. Rodolfo era demasiado joven para comprender cuán estúpida es la crítica del público. Era también demasiado joven para la gran fama que se había granjeado. Quizá a los cuarenta o cincuenta años hubiera podido mantenerse firme frente a esa ola de adulaciones, pero a los veinte y pico era natural que cayera vencido por ella.

La red de críticas abiertas, y de insinuaciones sutiles, contribuyó a oscurecer su verdadera personalidad, hasta que, con el tiempo, lo hizo disimular y menospreciar aquel aspecto más delicado de su naturaleza, que no había sido descubierto ni comprendido.

Esta fué en esencia su tragedia; yo que la he vivido con él, intentaré explicarla.

La gente que lo conocía en la pantalla se sorprendía invariablemente al encontrarse con él en la vida privada y descubrir cómo era el hombre en la existencia ordinaria y vulgar. Si esperaban encontrar al "sheik" sufrían una desilusión. Recientemente conocí en Londres a una dama inglesa de buena cuna, que había considerado durante muchos años a Valentino como su héroe. Me confesó que había estado loca por él. Pues bien, esa dama me dijo lo siguiente:

"Cuando conocí a Valentino en persona, me asombré al no descubrir a mi héroe romántico, sino simplemente a un muchacho, muy franco y muy sincero. Le aseguro que me pareció un niño, y nada más. Al principio sufrí una desilusión,

pero luego comprendí que su nuevo aspecto lo hacía mucho más simpático".

Los dos Valentinos

Había dos Valentinos perfectamente diferentes: Rodolfo el artista y Rodolfo el hombre. El primero era el caballero atropellado que aparecía en escena y se ganaba todos los corazones. El otro era un simple muchacho con una sensibilidad infantil, tomada con frecuencia por debilidad por los que están llenos de prejuicios y no saben discernir. Los hombres norteamericanos, sobre todo, tenían una opinión muy pobre de él. Lo tenían en poco y lo censuraban, cosa que le dolía terriblemente porque ansiaba ser comprendido, granjearse su amistad y merecer su respeto. Si se hubieran tomado el trabajo de interpretarlo, no hay duda de que habríanle brindado ambas cosas, pero era un hombre incapaz de hablar de negocios, de política y de las operaciones de Bolsa. Esos temas no tenían ningún atractivo para su mentalidad. Estaban fuera de su alcance, por que para él carecían por completo de interés.

Yo misma intenté hablar de negocios con él, pero no pude hacerle fijar su atención en ellos. Le era más grato pensar en lo lindo que aparecería su caballo con el nuevo apero plateado traído de México, o en la velocidad que podría desarrollar su nuevo automóvil. Los automóviles eran su obsesión.

Prefería permanecer acostado debajo de un coche, metido en un "overall" grasiento y reparando el motor, antes que ir a bailar en un club nocturno con la mujer más bella del mundo.

Un cruzado

Los hombres cultos y de ideas cosmopolitas sentían cariño por Rodolfo y apreciaban el aspecto más delicado de su carácter, pero los norteamericanos, que en general carecen de cultura y están llenos de prejuicios, lo consideraban un personaje débil, sin descubrir

nada bueno en él. Todo lo romántico y atrayente que se asociaba con el nombre de Valentino, se refería sólo a su obra como actor. En realidad, estaban celosos de un encanto que ellos eran incapaces de tener.

El error en lo que respecta a Rodolfo, consistía en que nació unos cuantos centenares de años después de la época en que debió nacer. Debí ver la luz en la Edad Media, cuando los hombres vestían armadura, ceñían espada, se batían en duelo y conquistaban sus espuelas empuñando en batallas para defender un principio o una dama hermosa. Hubiera sido un cruzado ideal. Hubiera sostenido su causa, por idealista y perdida que fuera, hasta ser retirado sangrando del campo de batalla. Rodolfo no tenía nada de cobarde, en el sentido físico de la palabra.

Sí, había dos Valentinos distintos. El primero era el artista, muy intenso, que se tomaba muy en serio, sin burlarse de su trabajo. Tenía el sentido de la diversión, pero no de la burla. No podía soportar las censuras infundadas de su obra.

Vivía cada uno de sus papeles.

Admitía de buen grado las críticas inteligentes de su obra, pero despreciaba las frívolas y sin fundamento. Lo he visto lanzar al fuego montones de cartas, mientras maldecía a gritos. Más tarde, cuando comenzó a recibir miles de cartas, su secretario se hizo cargo de su correspondencia, y sólo le mostraba las notas más inteligentes, a las cuales contestaba personalmente.

Cuando estaba preparando una película, no existía para él ninguna otra cosa en el mundo. No desempeñaba su parte como actor, sino que la vivía realmente. Se identificaba con el personaje de su papel hasta convertirlo en una personalidad viviente. Era como si hiciera de ese personaje un cascarón dentro del cual se colocaba, adaptándose a sus reacciones mentales y amoldándose a sus

costumbres. Esta transfiguración empezaba al iniciar el estudio del papel, continuando hasta que terminaba el último retoque de la película. Luego se desembarazaba del cascarón y volvía a ser el Rodolfo Valentino de siempre.

Cuando en "Sangre y arena" desempeñaba el papel de Gallardo, el valiente torero de

Con una afeitada se convencerá usted

La primera afeitada que se dé usted con la Crema de Afeitar Palmolive le dejará convencido que es infinitamente superior a cualquiera otra crema o jabón de afeitar que haya Ud. usado.



\$1.40
el tubo en la Capital



Goce de estas 5 ventajas:

1. Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
2. Ablanda la barba más dura en un minuto.
3. Su untuosa espuma se conserva fresca en la cara por 10 minutos.
4. Sus fuertes burbujas soportan los pelos para cortarlos.
5. La mezcla de sus aceites de palma y oliva obra como una loción después de afeitarse.

Debido a estas notables cualidades, creemos que la Crema de Afeitar Palmolive es la mejor que existe. Cuando usted la haya usado una o dos veces, encontrará que nuestra aseveración es correcta.

Toda persona que se afeita con la Crema de Afeitar Palmolive una o dos veces, decide usarla siempre.

Compruébelo enviando este cupón por un tubito gratis para 7 afeitadas.

Colgate-Palmolive-Peet, Ltda.
Sgo. del Estero 1997 - Buenos Aires.
Sirvanse enviarme una muestra gratis de Crema de Afeitar Palmolive. Incluyo 5 centavos para franqueo.

N.º (Escriba claro)

CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE

DENTRO de algunos días se representará en Buenos Aires una obra de Eugenio O'Neill. En el repertorio de La Membrives, se destaca como la nota de más interés y de más calidad, el anuncio de "Anna Christie". O'Neill, llegado a la más ruidosa celebridad en su patria, los Estados Unidos, aplaudido en Londres, resistido en París, es un autor casi totalmente ignorado de nuestro público. Una única obra suya se ha representado en nuestros escenarios. Esa misma "Anna Christie", que escucharemos ahora en español, se estrenó hace cuatro años por un conjunto alemán. Pero fácil es percibir la diferencia que, para su repercusión, existe entre una y otra oportunidad. Salvo para los pocos espectadores a los que el alemán es accesible, O'Neill no se ha representado en Buenos Aires y "Anna Christie" constituirá, indudablemente, su primer estreno. Y cuando se vea subir al escenario del Maipo a la audaz protagonista que le da título, se tendrá la sensación de que ha nacido, para el teatro del siglo XX, un autor extraño, hondo, torturado, del que puede decirse, esta vez con verdad, que no se parece a nadie, que tiene una libertad y una grandeza de expresión inigualables, y que sólo podría evocar ligeramente, en la garra para las grandes generalizaciones, la sombra inmensa del padre Ibsen.

Es de un interés pintoresco y fuerte la vida trashumante de Eugenio O'Neill y de más interés todavía, para nosotros, porque parte de ella ha transcurrido en Buenos Aires. El dramaturgo, universalmente famoso, fué uno de los mil estibadores de nuestro puerto. Cuesta creerlo, pero es así. Su existencia se presenta increíblemente accidentada. Hijo de un actor, mostró muy pocas condiciones de intérprete y, además, parece que muy pronto se enemistó con su padre. Entonces se lanzó a la persecución de horizontes, cuanto más lejanos más sugestionadores. Anduvo por la América Central, como obrero o ínfimo empleado de unas minas de oro, que sólo dieron pérdidas. Cayó a La Habana sin un cobre y se embarcó como tripulante de un barco que venía a Buenos Aires. Aquí desertó y se lanzó a buscar trabajo. Estuvo empleado en un par de empresas industriales; pero salió de ellas al poco tiempo, y sumido en la más absoluta miseria, un día se enganchó como estibador. Tenía, dentro de su contextura fina y nerviosa, músculos recios, curados al aire salobre de las travesías, que le permitieron ganar su sustento con la potencia de su fuerza física, en un trabajo casi animal. Por las noches se sumía en las tabernas del Paseo de Julio, y con el vaso de "whisky" por delante, miraba torvo el panorama cosmopolita que lo rodeaba. Era bebedor y pendenciero. Se cuenta que anduvo más de una vez a trompis con los hombres curtidos de mar, que los mil barcos del mundo vuelcan en las tabernas sombrías de las calles adosadas al puerto. Así vivió, entre nosotros, un par de años. Nadie, seguramente, habrá supuesto que en el estibador, tiznado de polvo y de grasa, existía, en potencia, el dramaturgo que iba un día a concentrar la atención del mundo; más aún: nadie supo entonces que, entre los parias que tiran los barcos, como resaca sobre la costa, había un obrero con el nombre de Eugenio O'Neill. El autor de diez obras famosas es uno de los tantos hombres de blusa azul, que a diario vemos agrupados frente a las miserables

agencias de colocaciones que rodean el puerto, bebiendo las pizarras que ofrecen un jornal de hambre.

Un día, cansado, se fué. Se enroló en un barco que iba llevando una partida de ganado en pie con destino a Sud Africa, como cuidador de la tropa. Por pequeños requisitos, en Sud Africa no le permitieron desembarcar las autoridades inglesas. Entonces se volvió a los Estados Unidos. Pero no termina con la vuelta a la patria el lacerante peregrinaje. Todavía le quedaba por acumular, con el sufrimiento, material para su obra amarga. Empleado en un Banco, se le acusó de un desfalco y fué encarcelado. Desde la cárcel envió un cuento a un concurso organizado por un diario, que constituía su primer ensayo literario y obtuvo el primer premio. Al darse cuenta del resultado del concurso hubo que publicar que el cuento premiado pertenecía al penado O'Neill. Pero le valió que se interesaran personas influyentes, que hicieron conmutarle la pena, y salió de la cárcel. En seguida publicó un volumen conteniendo seis piezas en un acto, tejidas en las horas interminables de la prisión. De él pasó al amplio esfuerzo y el resonante éxito de las obras de extensión, en tres actos algunas, divididas en muchos cuadros otras, que le conquistaron un éxito ruidoso, productivo y rápido. Obtuvo cuatro veces el premio Pulitzer, que se

otorga anualmente a la obra de más altos valores estrenada en los Estados Unidos. El paria anónimo del rebaño, fué célebre; el sudoroso estibador, fué rico. Oyó el grato rumor del aplauso; estrenó en los principales teatros y se lanzó a hacer un viaje alrededor del mundo. Como en una leyenda, surgió el contraste de situaciones. O'Neill, sentado en el "bar" del más lujoso transatlántico, y al ver asomarse, tras los cristales iluminados, a los hombres de tripulación, acechando la vida blanda y las mujeres bellas,



O'NEILL
visto por
Auer Bach
Leoy

debió ver, en las caras tatuadas de esfuerzo, surgiendo del pasado, su propia cara.

Muy poco se ha publicado entre nosotros sobre las obras de O'Neill. Lo único que he encontrado, buscándolo, han sido extensas descripciones de "El extraño intermedio" y ligeras referencias de "Dinamo". Tal vez la elección haya sido motivada por el hecho de ser "El extraño intermedio", el más audaz, el más sensacional y el más discutido estreno de O'Neill. Además del intrincado conjunto de sus ideas, que se desenvuelve en dos veces tres horas, tiene la curiosa particularidad externa de que su dilatada extensión obliga a representarlo por la tarde y por la noche, con un entreacto pa-

EUGENIO O'NEILL EL FORJADOR DE SU TECNICA Por OCTAVIO RAMIREZ

ra que los espectadores tengan tiempo de ir a comer. Ello demuestra el interés que despierta en los Estados Unidos el teatro de O'Neill, para que haya tenido auditorio, robándole tanto tiempo a hombres que viven al ritmo de las máquinas. Pero, con ser la que más ha repercutido, tal vez no sea su expresión más representativa y su obra de más claros valores. Quizá, para los que van a ver por primera vez a O'Neill en su próximo estreno del Maipo, sea "El emperador Jones", el primer gran éxito que lo con-

sagró, la pieza que, con mayor elocuencia, representa este teatro extraño y fuerte, libre de forma y de lenguaje, que llegará dentro de días a nuestro público, encogeciéndolo un poco, al primer contacto, con su colorido, demasiado violento.

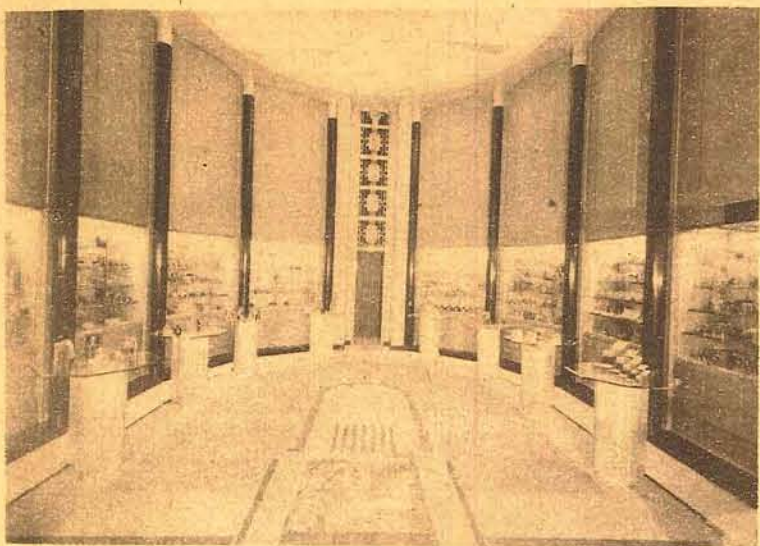
"El emperador Jones" es un negro y negro fué el actor que lo llevó a escena y que se reveló como un intérprete extraordinario. Negro, vivo, audaz, safio, se ha apoderado de la voluntad de los negros de una isla, aun no conquistada por el hombre blanco, por el poder y la astucia de su sugestión. Los negros le obedecen, mejor dicho, le han obedecido ciegamente, porque cuando la obra comienza ya se han cansado de su explotación, tiránica y crápulosa. Todos han estado sometidos a sus órdenes; todos han trabajado para que él acumulara los "dólares" que luego mandaba a la segura custodia de un Banco; todos han sido sus siervos, atados al imperio de su valor y de su viveza. Un accidente nimio, pero bien aprovechado, le bastó para su gestión la credulidad de los primitivos pobladores de la isla. Un viejo caudillo, por él desplazado, quiso tirarle y le falló la bala. Entonces Jones anunció que a él sólo podría matarlo una bala de plata. Y los negros renunciaron a tirarle porque no tenían balas de plata. Símbolo sencillo y expresivo de la estúpida superstición aborigen. Pero llegó un

día en que el caudillo destronado consiguió lanzarlos contra el pintarrajeado emperador. Entonces, para salvarse, tuvo que huir a la selva y atravesarla para ganar la costa. La travesía de la selva en una noche saturada de brujería, constituye casi toda la obra. Jones es valiente; no teme a los hombres, pero lo asaltan las sombras. Son las sombras de los negros que lo persiguen con el "tan-tan" de su música de guerra, que rodea la selva y se escucha toda la noche como un anuncio fatídico, son las

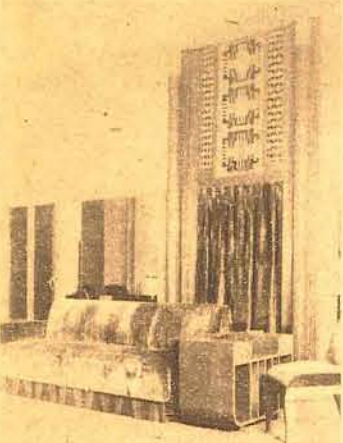
sombras de sus fechorías, cuando vivió entre los blancos; son las sombras del pasado y la visión de lo que va a venir. Conocía todos los vericuetos de la fronda virgen; había hecho amistad con todos sus árboles; pero, llegado el momento de aprovechar la precavida experiencia, puede más la sugestión de la noche y de la selva. Y tras vagar diez horas entre la fronda espesa, al amanecer, en lugar de lograr la costa, se encuentra en el mismo sitio por donde había entrado y es ultimado por los negros, que han forjado balas de plata, después de debatirse en la maraña, impotente, como una fiera en su jaula.

Hay en la técnica de O'Neill la más difícil conquista de su teatro, y de ella es la expresión más representativa este "Emperador Jones". Como pocos autores, puede vanagloriarse de que su técnica es suya, y, como casi ninguno, de que su técnica es nueva. Consiste en haber valorizado el monólogo hasta conseguir hacer de él, el más dócil, el más elocuente y hasta el más intenso instrumento de expresión teatral. Adquiere dos formas; pero en ambas se percibe con evidencia que es la herramienta con que trabaja ideas, sentimientos y hasta situaciones. En unas de ellas lo utiliza mezclado al diálogo, haciendo hablar al personaje, en parte con su interlocutor y en parte para sí mismo. Esta última audacia estriba en que los personajes van diciendo, a los otros, lo que los convencionalismos de la conversación indica, y, al mismo tiempo, piensan en voz alta, generalmente todo lo contrario de lo que la obligación les hace decir. Para marcar la diferencia entre unas y otras palabras, aquéllas van acompañadas del natural movimiento escénico y estas últimas, se pronuncian sin ningún ademán, hieráticamente, como una conversación interior. Así procede en muchas de sus piezas. Pero en "El emperador Jones" y en alguna otra, va todavía más allá. Aquí, ya el monólogo no es disimulado y en combinación con el diálogo, sino franco y evidente, con el personaje solo en escena. A medida que el destronado emperador se va internando en la selva, va diciéndose, a sí mismo, todas las zozobras que le dicta su angustioso deambular. Exactamente como si pensara en voz alta. Y el monólogo, destruido, vilipendiado medio de expresión escénica, adquiere una rara intensidad dramática y un acento de verdad, porque se convierte en retrato, transparente, del interior del personaje, que vuelca por él, natural o desgarradamente, sus tormentos morales.

Resulta curioso observar el sentido que la aparición imprevista de O'Neill da a la evolución del teatro. Al trazar su historia y buscar sus orígenes, no se considera que el teatro existe hasta que no aparece el diálogo. Las ceremonias báquicas eran el rumor animado del coro. De pronto a un hombre, Thespies, se le ocurre colocar un personaje para contestar los cantos, un poco dislocados de ese coro, "le repondant", como lo han bautizado los franceses, porque su misión era, precisamente ésa: responder a las exclamaciones del coro. Desde ese momento, nace el teatro, y Thespies, anterior a Esquilo, es su fundador, porque ha creado, aunque imperfectamente, el diálogo. El teatro nace con el diálogo. Y veinticinco siglos después, llega un autor, que pasando el diálogo esencial a segundo plano, hace teatro, teatro fuerte, hondo, grande, a base de monólogos. ¿Puede darse mayor infracción a todas las reglas de la escena? Pero el genio, materia viva, siempre es más poderoso que la letra muerta de las leyes.



El interior de una perfumería instalada en la planta baja del edificio Stewart y que constituye un notable ejemplo del partido que puede sacarse del nuevo estilo en las instalaciones comerciales



La sala de prueba de una zapatería de la Quinta Avenida. Como puede apreciarse, la extrema simplicidad de los elementos decorativos, no está reducida, ni mucho menos, con la admirable elegancia del conjunto



"New York", un cuadro de Louis Cleveland en que el viejo tema pictórico de las grandes estructuras de hierro y cemento de Manhattan ha sido renovado por la inspiración de un artista moderno

Por RUTH CRAWFORD

(Para LA NACION)

NUEVA YORK, marzo de 1930.

Si ha estado uno ausente de Nueva York durante los últimos diez años, por ejemplo, de lo primero que escribiría probablemente a su casa, después de dar un paseo por la magnífica Quinta Avenida, sería de los escaparates de las tiendas. Pero antes de llevar finalmente la carta al correo tal vez recorrería nuevamente la Quinta Avenida, a fin de echarle una segunda ojeada, y descubriría, sin duda, que es muy difícil encontrar la palabra exacta para describir el aspecto extraño que presentan los escaparates. Las palabras preciosas, bello, elegante, encantador y lujoso se irían descartando una tras otra. Lo cierto es que las modas parisenses se exhiben

en las vidrieras lo mismo que en las de la calle Florida. Pero los maniqués que visten los trajes son muy distintos. No son figuras de mujeres, con facciones regulares y ojos bellos. Lo cierto es que la cara de la cabeza sobre la cual está colocado el sombrero de última moda se distingue por el hecho de que tiene solamente un ojo, y de que su nariz no es más que una línea. Y esa cara puede ser brillante y de color negro, sonrosado o blanco. O probablemente será plateada, con los cabellos y los ojos dorados. Puede ser también gris, verde, parduzca o de cualquier color, con excepción del natural.

Además, esos curiosos maniqués se presentan sobre un fondo que tampoco puede ser descrito apropiadamente. Hace diez años, al contemplar los escaparates de la Quinta Avenida, podía uno formarse una idea de lo que era un "living-room" bien puesto. Los maniqués ofrecían el aspecto de hermosas damas. Pero ahora esas caras sin expresión se colocan entre cilindros, cubos y planos interpuestos, todos ellos de metales brillantes y maderas raras.

El que leyera la carta con la descripción del espectáculo probablemente creería que el remitente faltaba a la verdad o había perdido la razón. Pero si uno ha vivido en Nueva York durante los últimos diez años, no le choca absolutamente nada la extraña ornamentación de los escaparates de la Quinta Avenida, pues los modernistas del arte se han ido apoderando gradualmente de la principal arteria de la ciudad. Y después de la conquista de la Quinta Avenida el modernismo, rechazado y puesto en ridículo hace diez años, será cosa aceptada en los Estados Unidos. Esos escaparates raros probablemente fueron obra de un artista que hace pocos años no tenía con qué vivir, y que ahora disfruta de grandes ingresos.

El viejo orden de cosas ha desaparecido. Los modernistas aseguran que estaba condenado a desaparecer. Han sido radicales los cambios en la forma de vivir de la gente, y, como cada arte es un reflejo de la época en que se produce, se hace lógico que el siglo XX tenga su temperamento propio. Los aeroplanos que zumban por sobre nosotros, los automóviles que corren por las avenidas y las ruedas de las máquinas industriales que se mueven día y noche, producen una metamorfosis en la vida del pueblo. Los edificios se construyen cada vez más altos: veinte pisos, cuarenta; después cincuenta y seis (el edificio Woolworth), y por último sesenta y tres pisos. Existen túneles bajo el pavimento sobre el cual se transita, y un tren elevado sobre



El edificio Stewart, una enorme casa de departamentos de la Quinta Avenida, cuya construcción, tanto exterior como interiormente, se ha sujetado a la más estricta ortodoxia modernista

nuestras cabezas. Es ésta una civilización mecánica, con mucho movimiento y velocidad. No se advierte en todo ello ninguna belleza familiar, o, por lo menos, nada de la belleza que tenían otros tiempos más apacibles. Pero nadie puede negar, por ejemplo, que existe verdaderamente movimiento o fuerza en el famoso cuadro de Manhattan, de Louis Lozovick. Este artista, que fué uno de los primeros en interpretar en el arte esta época mecánica, goza ahora de mucha fama. Se reconoce que sus cuadros y

EL ARTE MODERNO INVADIR LA QUINTA AVENIDA

litografías constituyen una interpretación de la ciudad de Nueva York de esta época. Se ve en ellos el ritmo furioso de la metrópoli hacia un destino que nadie puede predecir. Ningún análisis de las obras de Lozovick podría servir para determinar su fuerza ni para dar una idea de lo que parece una Babel de ruidos al mismo tiempo que una masa de edificios. La verdad es que no son una representación fotográfica de la ciudad; constituyen más bien una interpretación de ella. Y a eso se le da el nombre de espíritu moderno.

El cuadro de Manhattan tiene mucho de común con los curiosos maniqués que adornan los escaparates de la Quinta Avenida, en los cuales se descubre también el espíritu moderno de la mujer de Nueva York, adulterada y falsificada, sobre todo en sus maneras. Aunque no puede negarse que la mujer neoyorquina es inteligente, se aparta mucho de lo fundamental. Nadie puede decir por qué un maniqué de semblante raro puede dar la impresión del aburrimiento que la caracteriza, pero nadie niega que en realidad la da.

Las habitaciones que se amueblan a la moderna para la

gente rica de Nueva York responden a las mismas características. En los muebles se busca la sencillez de líneas y se utilizan maderas y metales raros. Ningún ebanista de estos tiempos presenta los muebles adornados con rosas o garras de leones. Debe brindar superficies rectas y chatas, sin fantasías ni concesiones al sentimentalismo. Sus muebles deben hacer juego con la arquitectura de los hogares y de las oficinas modernas. Todo ello carece de romanticismo, pero es bello.

El nuevo arte cabe muy bien en la habitación, y, a su vez, ésta en el edificio. Es claro que existen actualmente en Nueva York algunas monstruosidades arquitectónicas, pero el conjunto se destaca por su sencillez, y es al mismo tiempo estupendo. No hay frescos ni cornisas de adornos complicados, sino grandes edificios sencillos, contruidos como los bloques que los niños apilan unos sobre otros, cada vez más pequeños, hasta llegar a la torre. Un rascacielos moderno es la propia sencillez. Todo está en el colocado como en las piezas de una máquina. Nadie puede imaginar sin verlo su grandeza majestuosa.



EL ÚLTIMO ROMÁNTICO...
es el

**JABÓN
HENO DE PRAVIA**

porque da a las manos de la mujer la eterna poesía de su piel sedosa y de su blancura de nardo.

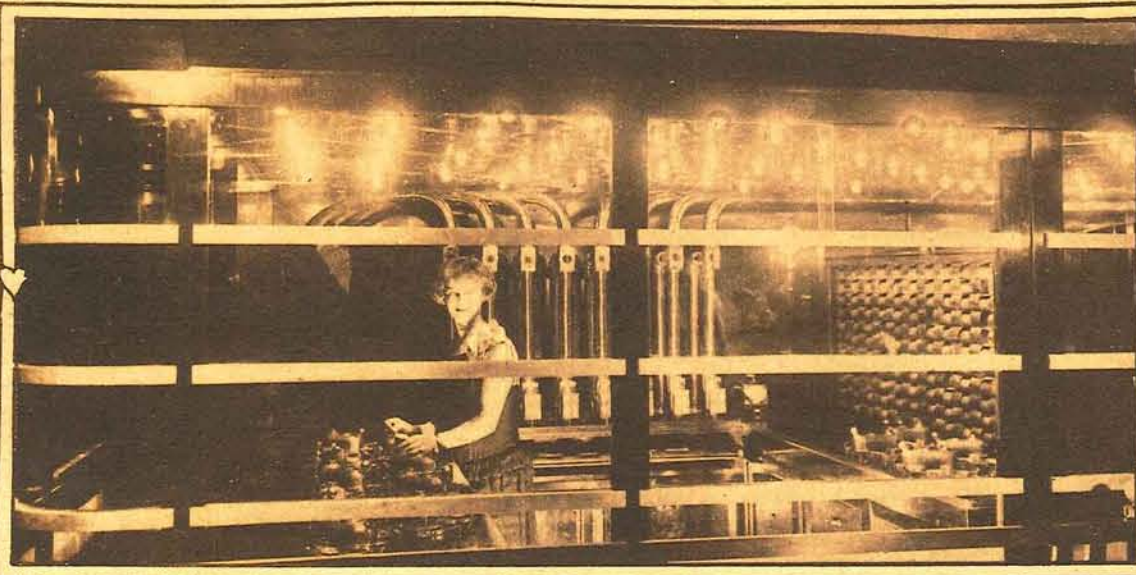
Su espuma delicada hace bien a las manos y al cutis. Limpia los poros, suaviza la piel y perfuma intensamente.

\$ 0,70 en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. - Buenos Aires.
Proveedores de SS. MM. los Reyes de España.





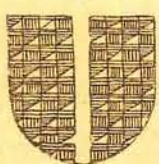
ESTAFETA ROMANTICA

POR
CORPUS
BARGA

(Para
LA NACION)
BERNIL,
mayo de 1930



La central de correos de un "dancing" berlinés



NA mesa con teléfono podrá ser una mesa de despacho, un velador de gabinete, una mesilla de noche...

En Berlín, puede ser también una mesa de restorán. No sé si tal uso será conocido en Buenos Aires. Es lo clásico, es lo romántico de los dancings berlineses: teléfono en cada mesa. Llegó usted a un dancing, se sienta usted a una mesa y antes de llamar al camarero, llama usted por teléfono a una de las pájaras o de las pajaritas, como usted guste llamarlas, que está agarrada al bar deseando tender un vuelo. Esto es lo vulgar.

Naturalmente, no tiene usted necesidad de llamar en seguida al teléfono. Usted se puede sentar y pedirle al camarero espontáneo un filtro más o menos envenenado. Y esperar: primero, a que le llamen a usted desde una mesa desconocida; segundo, a ser usted el que

Reproducción de la tapa del prospecto que la empresa del "Resi" distribuye entre su clientela, y en el que se contienen útiles indicaciones para el empleo del moderno servicio de comunicaciones

tenga que llamar a otra mesa. En efecto, se le ofrecen a usted por medio del teléfono perspectivas maravillosas. Puede usted hablar al oído a toda persona conocida o desconocida y sin que se enteren con quien habla ni las personas con quien está, ni ella misma, si usted lo desea. Las consecuencias que pueden deducirse de esto las sacará usted.

Usted me permitirá que le haga ver hasta qué punto estas consecuencias, si pueden ser desagradables, pueden no serlo del todo.

El teléfono acorta las distancias. Bueno, no es verdad. En un dancing, el teléfono de mesa y denserollada del árbol de ensueño para la fantasía de los estudiantes, empleados y horteras de ambos sexos, para todas las personas que acuden por la noche a los dancings dispuestas a dar media vuelta al conmutador de su cotidiana realidad. En realidad, las mesas del dancing se alejan las unas de las otras, separadas por esta serpiente invisible y sonora en voz baja, la última onda — ya infrarroja, ya ultravioleta — del baile. La red telefónica de un dancing es la realización hasta ahora más perfecta de la serpiente insidiosa y desarrollada del árbol de la ciencia física. Red tendida para hacer peligrosos los ejercicios más seguros de la física recreativa. Lo contrario de una red de circo: una red de pesca. Laberinto, serpiente o red, el teléfono va salvando montañas, océanos, abismos entre las mesas que, con las luces y órbitas del dancing, forman un sistema planetario. El plano postal de la sala es el mapa de un cielo.

Se está en otro mundo. ¡Qué bien se está! El vendedor, el empleado y el estudiante se han saltado a la torera su pupitre, su mesa o su mostrador y están bebiendo, por unos marcos, la bebida de los dioses: en este caso el champaña alemán.

El teléfono en el dancing es la puerta giratoria para entrar en el paraíso. Para cambiar de vida, para mudar la piel, para

Una comunicación pasada de moda



En el Femina, otro elegante "dancing" berlinés, donde el teléfono tiene aplicaciones que no previó Mr. Graham Bell

cambiar de ropa. Todo paraíso es carnaval. Una resurrección de los muertos. Una manera de vestir imágenes. Un ropero de disfraces. El hilo del teléfono va tejiendo en un baile el mejor disfraz: el disfraz que hace invisible.

Un dancing con teléfono es un baile de máscaras al revés, en el que las máscaras se disfrazan con los trajes de todos los días. Se oculta la máscara. No se enseña más que la oreja postiza del teléfono, en vez de enseñar, como en los bailes de máscara, la nariz postiza de la careta. El teléfono es un antifaz también.

La llamada al teléfono puede ser más terminante que el "¿me conoces?" Puede ser el "¡no me conoces!" Con el teléfono se dan, en el dancing, las bromas de Carnaval.

Todo es nuevo bajo la luz eléctrica.

El progreso de las comunicaciones interplanetarias del dancing no sigue la dirección señalada por el progreso de las ciencias. Lo primero que se establece naturalmente entre mesa y mesa es la telegrafía sin hilos de las miradas. A veces se establece, como auxiliar, el telégrafo de señales. El teléfono con hilos es posterior. Ahora puede comunicarse de mesa a mesa, además de por teléfono con hilos, por correo neumático. El director de comunicaciones del Resi ha sido el que se ha adelantado a implantar esta novedad.

El Resi es el dancing berlinés más popular. Se halla en las cercanías de la plaza de Alejandro. (Para conocer este barrio conviene leer la novela alemana de la temporada: "Alexander-Platz", del médico Alfredo Döblin. Es un baile de criadas y de horteras muy elegante y barroco. Tiene el barroquismo de la luz. Rayos de

luz, fuentes luminosas, esferas de cristal, todo gira en este dancing que está atravesado en todas direcciones por la circulación oculta dentro de los tubos neumáticos y de los hilos del teléfono.

Otros dancings de más tono han aumentado, a su vez, las comunicaciones con el cielo por el mismo procedimiento, pero no tan perfeccionado. El Resi es el que tiene la instalación mejor para que Mercurio, subterráneo, se vaya en secreto por la posta. Cada mesa del Resi tiene una boca del tubo neumático, como tiene las orejas del teléfono y los ojos de la lámpara.

La central de comunicaciones de un dancing es un bar postal. Lo mismo que la calefacción, la luz y la cerveza, por hilos y tubos se expenden en el dancing los sentimientos. El dancing se ha encontrado a sí mismo; es ya lo que quería ser: un restorán de sentimientos. Puso en seguida, a los platos, salsas picantes o perfumadas de música y luz. No ha llegado aún a la perfección de servir para cada plato una música y una combinación de luces, la cola del pavo real y el canto del cisne. Pero utilizando el teléfono y el neumático ha puesto la cocina eléctrica en condiciones de servir los sentimientos al minuto.

Los instrumentos de trabajo han servido otras veces también de diversión. Las lanzas servían para la guerra y para el torneo. El correo y el teléfono sirven para los dancings como para las oficinas. Hay quien va al dancing a la salida de la oficina para continuar llamando al teléfono y tomando notas.

El dancing, el lugar común del romanticismo moderno.

El buzón neumático para los que buscan mesa y cordialidad



UNA BUENA JUGADORA DE "GOLF" PREFIERE EL CHOCOLATE **Cailler** PORQUE SABE

LO EXQUISITO, NUTRITIVO Y FORTIFICANTE QUE ES.

LAS ETIQUETAS SE CANJEAN POR JUGUETES, ÁLBUMS Y REGALOS ÚTILES

Nación 11/6/30

CASA NESTLE, Balcarce 327, Buenos Aires

Sírvanse enviar una lista de premios a:

Nombre

Calle

Ciudad

NOTAS DE UN "RAID" POR LAS DOS AMERICAS

Vivienda de indios bolivianos

que hay regiones demasiado cálidas para viajar por ellas de día?

Para atravesar estas últimas se hizo preciso esperar el plenilunio, ya que sin la ayuda del astro de la noche probablemente nos habríamos extraviado o sufrido algún accidente.

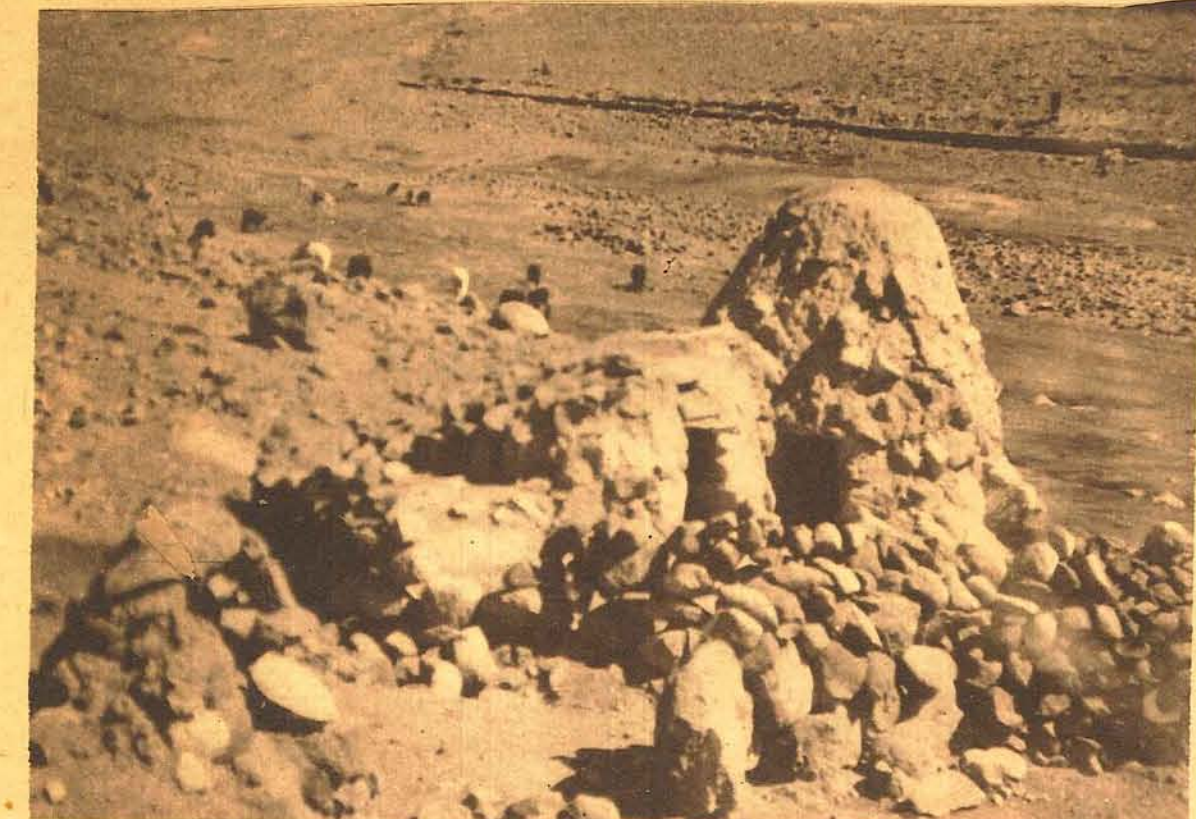
Es fácil decir que se puede coordinar la marcha con las épocas de lluvias, pero en la práctica este desiderátum resulta de realización imposible. Así, por ejemplo, y para citar un solo caso, recordaré que tuvimos que parar varios meses en Panamá, debido a que la marcha hacia Costa Rica puede hacerse únicamente en los meses de enero y febrero y comienzos de marzo. En el resto del año los bañados están tan crecidos por las continuas lluvias, y los muchos ríos y riachos tan correntosos y desbordados, que quien pretendiese atravesarlos cometería vulgar suicidio.

Como ya se ha visto en mis relatos anteriores, la lluvia nos cogió en uno o dos países, pe-

ro la suerte nos fué propicia siempre.

Es en verdad, notable y sorprendente cómo caballos procedentes del sur de la Argentina fueron capaces de resistir cambios climáticos rápidos y extremos como los que experimentamos en las regiones montañosas. Ora marchábamos por la "puna", a cuatro mil y más metros de altura, con frío intenso y desafiando vientos huracanados, y muy luego íbamos en medio de un valle profundo, de temperatura tropical, pesada y malsana, atormentados por los mosquitos y otras sabandijas. Yo, pese a una constitución física que podría llamar privilegiada, sentí y sufrí más de una vez feamente estos cambios rápidos, y creo que a cualquier otro hombre le hubiera pasado lo mismo, pero, es notable, ni Mancha ni Gato jamás mostraron sintoma alguno de malestar, fatiga o debilidad.

Otro hecho que es muy digno de ser tenido en cuenta, que llamó grandemente la atención de las personas entendidas, es la adaptabilidad de estos ca-



LA AMERICA DESCONOCIDA

Por AIME F.
TSCHIFFELY

MA CE poco, tuve una pequeña discusión con un joven amigo. Quejándose él de la negra ignorancia que había notado en sus viajes por Europa, de cuanto se relaciona con la América del Sur, aun entre las clases cultas de la población. Y sin quitarle razón a su razón a medias, le hice ver a mi interlocutor que aquí, en la Argentina, el sayo se nos cae del mismo lado, tanto, o más, que a los lejanos europeos.

Fué Troya; protesta enérgica. Bajando del Tielio, camino a Lima

ca. De dónde y cómo podía yo hacer afirmación tan temeraria. Luego me espetó esta pregunta:

—¿Cuál es la capital de Cochinchina?—con lo cual me dejó más chato que cinco de queso. Pero él sabía. Saigón.

Tratando de salirme por la tangente a la vez que volver sobre el tema, pregunté a mi vez de qué país Quito es la capital. Eso le picó en su amor propio al mozo. Le pareció—y de ello estaba convencido—que de cien personas, aquí en Buenos Aires, noventa y nueve contestarían correctamente la pregunta.

Pero yo que sé con qué bues aro, sostuve todo lo contrario: de diez personas que preguntemos, nueve errarán.

Y para salir del "impasse", mi amigo propuso que fuéramos a un Banco amigo para hacer, al azar, a diez empleados esa misma pregunta. Pues bien; interrogamos a diez, y

los diez se quedaron mudos. Yo había ganado la cena. En eso, mi amigo, por si acaso, apostrofó al undécimo hombre, con el ¿de qué país es Quito la capital?

—¡Ecuador!—fué la pronta respuesta.

—¿Dónde aprendió usted esto?—ocurrióseme preguntar.

—Señor, aunque argentino, me educé en Alemania y allí me lo enseñaron!

Esto valía un festín, no una cena, pero mi amigo quedó tan perplejo que me dejó sin cena y sin festín.

Bien; el caso es sintomático, pero constituye, preciso es confesarlo, la regla. De diez argentinos, nueve tienen tan sólo vagas ideas de la geografía política del continente.

En cuanto a la geografía topográfica, la realidad es peor todavía. Su desconocimiento, aun entre las clases más cultas, es sencillamente increíble. Conocen cualquier "boite" de París, pero Jujuy y la Patagonia son para ellos unas vagas expresiones geográficas. ¡Y no vayamos más lejos!

Honestamente, creo que los únicos que conocen regularmente el Continente son ingenieros de minas norteamericanos, especialmente en cuanto se relaciona con los Andes y los países del Pacífico.

¿Qué de sorprendente hay, pues, en el hecho de que contadísimas personas supieron apreciar como se merece la formidable hazaña cumplida bizarramente por mis dos caballeros criollos, los obstáculos sin fin que tuvieron que vencer hasta llegar a territorio mejicano?

Al planear un viaje como el nuestro, lo primero y más importante que debió considerarse fué el régimen de lluvias en los países tropicales y subtropicales. Ya en Bolivia, esto es de importancia vital, porque donde no hay caminos, la única vía de tránsito la dan los lechos de los ríos, y así tuve que echar mis cuentas para llegar en la época propicia.

Otro factor lo constituye el problema de la alimentación de los caballos. Hay partes de fácil travesía, pero imposibles para caballos, por la falta absoluta de forraje. Esto, en más de una oportunidad, obligó a hacer largos y peligrosos rodeos, cosa que no les ocurrió a aquellos que siguieron nuestros progresos por la lectura periodística.

¿Se le ocurre acaso al observador casual que hay desierto que deben evitarse y



CUANDO
nuestras bellas van de compras

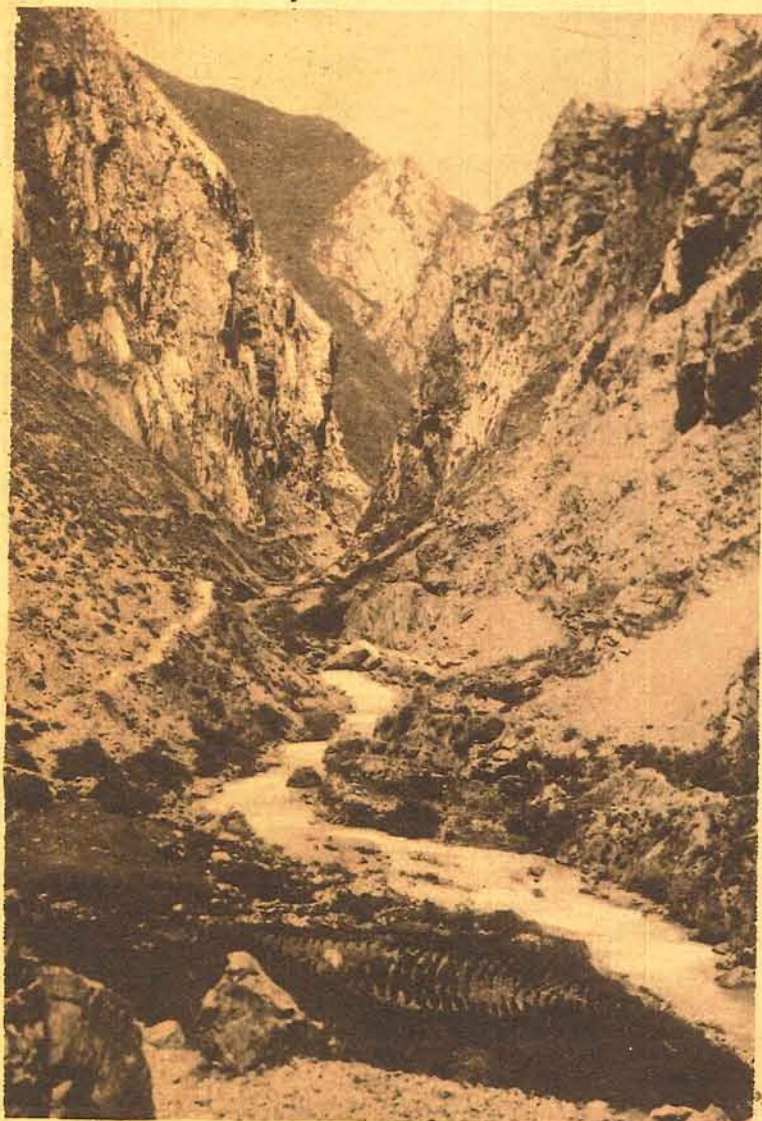
HOY en día no es dudosa la elección. Las preferidas son las nuevas medias Holeproof. Las mujeres elegantes, en todas partes, se están dando cuenta de que estas medias de lujo combinan la duración con la belleza. El impecable estilo y la delicadeza de los colores...el grueso de la seda, el tejido más compacto y el refuerzo especial...hacen que las medias Holeproof sean más duraderas y bonitas que nunca.

Las nuevas medias Holeproof están hechas con la más fina seda, tejidas firmemente y reforzadas de un modo especial. (La mayor densidad del tejido requiere mayor cantidad de seda.) Pueden obtenerse, en todas las tiendas elegantes, en 12 estilos y colores distintos, con o sin cuchillas y con el talón de última moda.

Medias Holeproof

(pronúnciese "Jolpruf")

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328, Buenos Aires; Cuareim 1236. Montevideo. Al por mayor: En Bs. As. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255. En Montevideo: PIZZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 734





Luchando contra la vegetación tropical



Vista del lago Atitlán, Guatemala

ballos a cualquier terreno. Marchaban con la misma facilidad sobre suelo rocoso como entre el barro, por arenales y tierra dura y despareja. Nunca se les ablandaron los vasos, ni presentaron rajaduras o hinchazón en los garrones. Esto, como fácilmente se comprende, es factor fundamental, diría decisivo, al fijar las condiciones que debe reunir un caballo de armas verdaderamente eficiente y de uso práctico.

Recuerdo aquí, a propósito, la última parte del viaje por territorio norteamericano. Fueron varios miles de kilómetros de andar por caminos pavimentados, durísimos. Y tengo el testimonio de varios altos jefes del ejército de la Unión que reconocieron sin ambages que, hoy por hoy, ellos ya no tienen un solo caballo que estaría en condiciones de repetir esta al parecer trivial hazaña de Mancha.

La frugalidad de mis criollos fué otra cualidad notable. Pastos duros, paja, hojarasca, cortezas de árboles, hojas de palmeras; todo les sentaba bien. A falta de otra cosa, pedazos de madera comieron, pero siempre marcharon adelante. En los bañados del sur de Méjico el contraste fué notable entre Mancha y la caballada de las escoltas militares. Aunque éstas se relevaban y estaban descansadas, con el forraje obligado de pastos acuosos y fibrosos no pudieron resistir en ningún caso más de cuarenta y ocho horas. Mancha, en cambio, siempre el viejo Mancha de miles de kilómetros, iba lo más contento, sin relevo y sin más descanso que aquel a que obligaba la miseria de sus compañeros ocasionales, que eran productos elegidos, importados de los Estados Unidos para el ejército mejicano.

Mas dejemos la patriada de esos dos caballitos y volvamos a nuestra gran cenicienta, la América desconocida.

Después de la descripción geográfica, a veces muy exacta y nunca exagerada, que he hecho en varias oportunidades de diferentes trechos que tuvimos que recorrer para poder llegar a la meta lejana, estoy realmente sorprendido como es todavía posible que la prensa y el público en general pueden hacerse eco de expediciones en automóvil por las Américas, y no hace mucho tuve, una vez más, ocasión de comprobar cuán ignorantes son las masas con respecto a la topografía del Continente, pues nuevamente — no sé por la cuantésima vez — se publicaron noticias de la llegada de automovilistas a Nueva York, quienes alegan haber cubierto la distancia que media entre Buenos Aires y aquella ciudad por tierra. Hasta cierto punto, ello no me extraña, pues hasta hoy no he visto un solo mapa de la América del Sur o del Centro que dé siquiera una remota idea de la realidad de ciertas regiones, aparte de que son muy contadas las personas que han leído obras de carácter científico sobre tal o cual trecho que nos tocó en suerte recorrer.

Ahora bien, si un automóvil fuese lo suficientemente liviano y pudiera desarmarse pieza por pieza, llevando a éstas a largas distancias, entonces si que tal "raid" sería factible. Pero, ¿quién llevaría esta carga, cuál sería el costo de semejante transporte y qué mérito habría en una expedición tan curiosa? Esto aparte, ¿cómo cruzaría un auto los innumerables ríos sin puentes y cómo pasaría aquellos ríos donde no es posible conseguir ninguna ayuda humana?

Doy un solo ejemplo de sector que desafía los esfuerzos de cualquier vehículo para pasar. Estamos en Cuzco (Perú), y la única ruta para llegar de ahí a Lima es pasando por Ayacucho — a menos, por supuesto, que se tome el tren hasta Puerto Mollendo, vía Arequipa, embarcando luego hasta el Callao—. Delante nuestro está la segunda gran cordillera de los Andes; cadena tras ca-

dena de sierras abruptas y quebradas, como mas salvajes no las hay tal vez en el mundo entero. Siguiendo esta ruta, Pizarro llegó al corazón del imperio incásico. Las buellas que zigzaguean mil y dos mil metros arriba y abajo, son tan angostas que en algunas partes es materialmente imposible que dos animales se crucen en el camino. ¿Cómo pasar, entonces, con un automóvil? Y este es, lo repito, el único camino que lleva por tierra a Lima.

Pero dejo el tema, una, porque lo sé arido para la mayoría de los lectores, y otra, para evitar que mañana se me presente un buen amigo a preguntar, en son de desquite y como al azar, por la capital de Beluchistan.

Mas conste, que es solamente gracias al desconocimiento de las más elementales nociones de geografía americana que todavía puede servirse al público la historia de viajes en automóvil, como la de la referencia.

Naturalmente, la ignorancia es buena oyente y mientras haya crédulos en el mundo, habrá quien cuente historias.

Calle típica de Quito



2 de cada 3 dentistas

de Bs. Aires dicen:

"Si sus encías sangran, trátelas con este medio tan fácil"

y prevenga la piorrea...

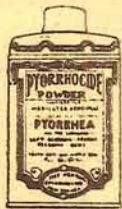


La acción del Pyorrhocide se debe al Dentinol, medicamento que calma la inflamación y afirma las encías.

Un tarrito dura varios meses.

¿Por qué no lo ensaya hoy mismo? Envíenos el cupón con una estampilla de 5 ctvs. y le mandaremos una muestra gratis por correo.

Visite a su dentista cada seis meses.



POLVO PYORRHOCIDE
Dep. PYORRHOCIDE
Rivadavia 1244 B. Aires

Sírvase mandarme una muestra de Pyorrhocide. Incluye estampilla de 5 ctvs.

Nombre

Dirección

Ciudad

TRATE de cuidar su boca... Si sus encías sangran, si están inflamadas, los tejidos ablandados se irán destruyendo poco a poco.

Ahora puede prevenirse con un medio facilísimo al alcance de todos.

Desinflama y fortalece las encías...

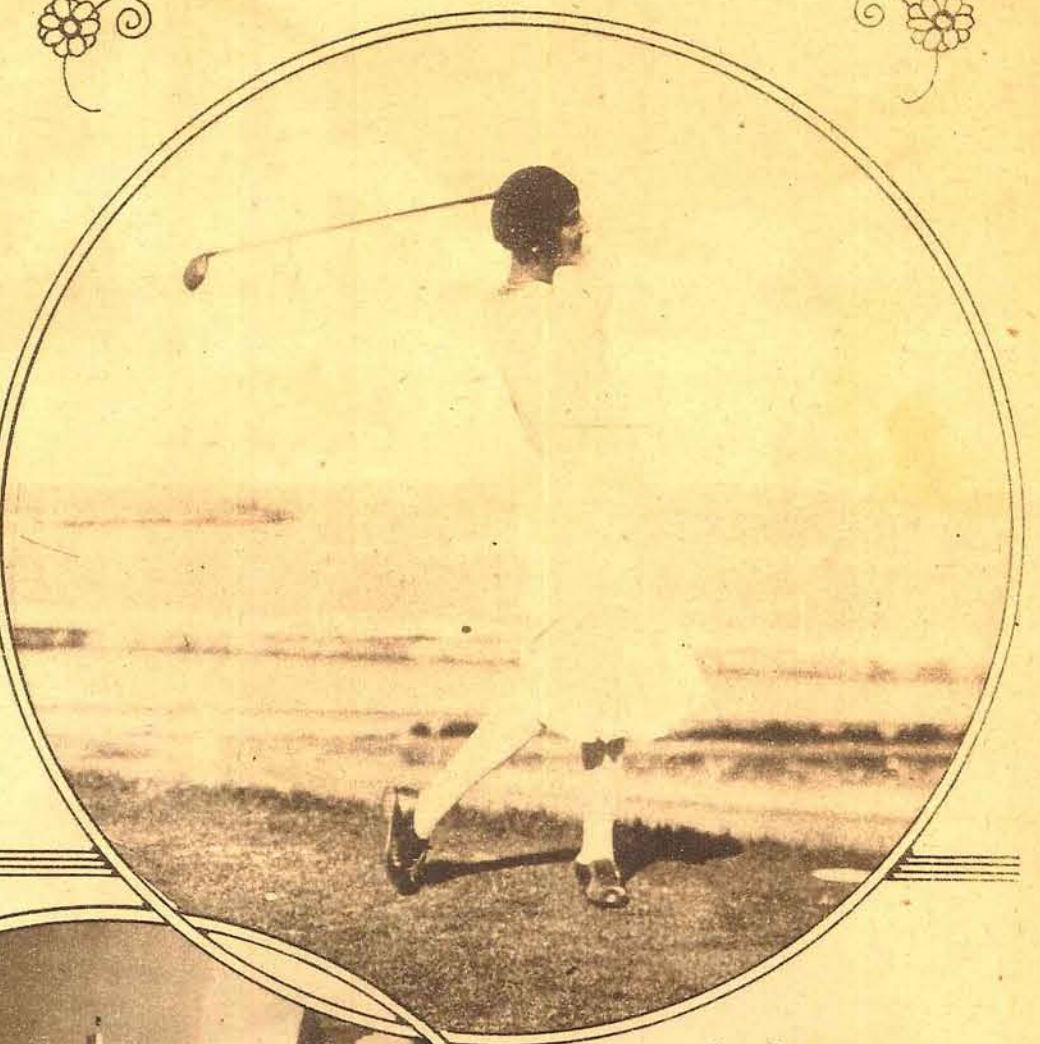
El empleo diario de Pyorrhocide es lo que hoy recomiendan 2 de cada 3 dentistas de Bs. Aires.

Ponga un poquito en su cepillo de dientes por la mañana y por la noche... ¡qué alivio en la boca! ¡qué limpieza en las encías y en los dientes!

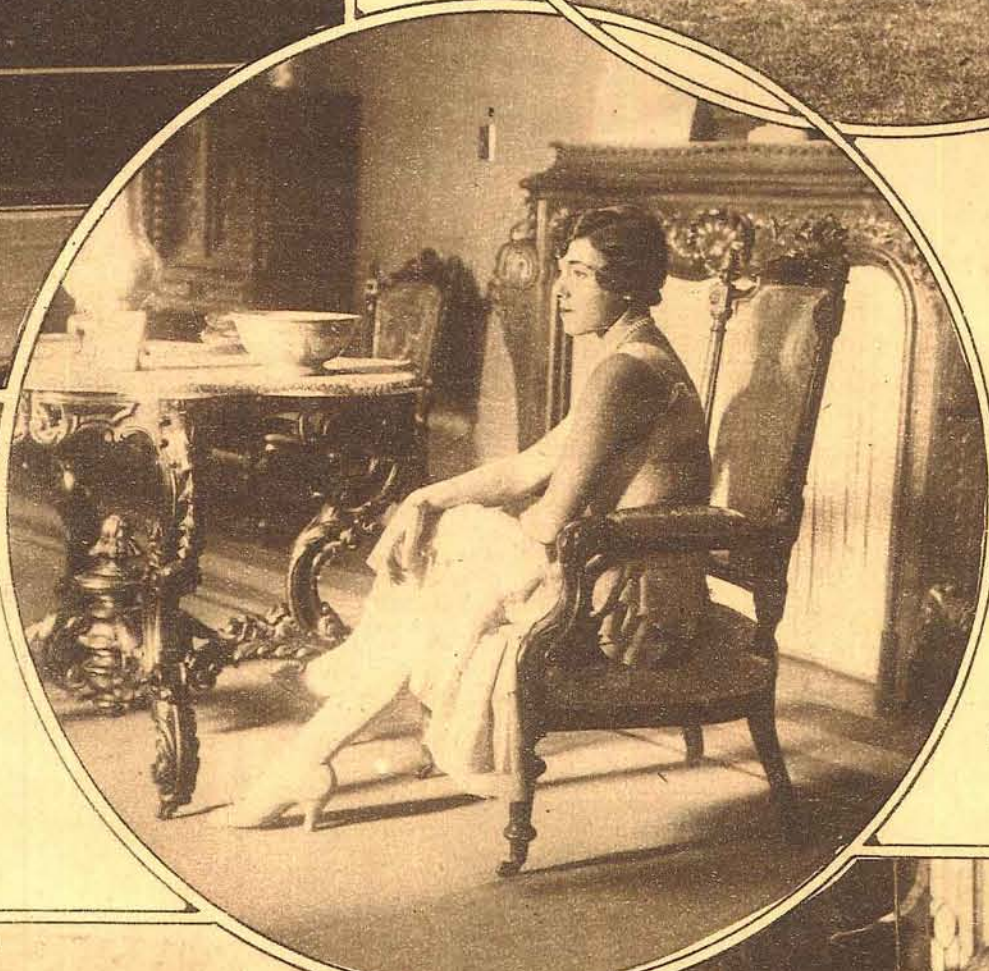
FILM SOCIAL



Las señoritas Juana María Peña y Marta Viale en las avenidas de Palermo, que han recobrado la animación característica en la estación invernal.

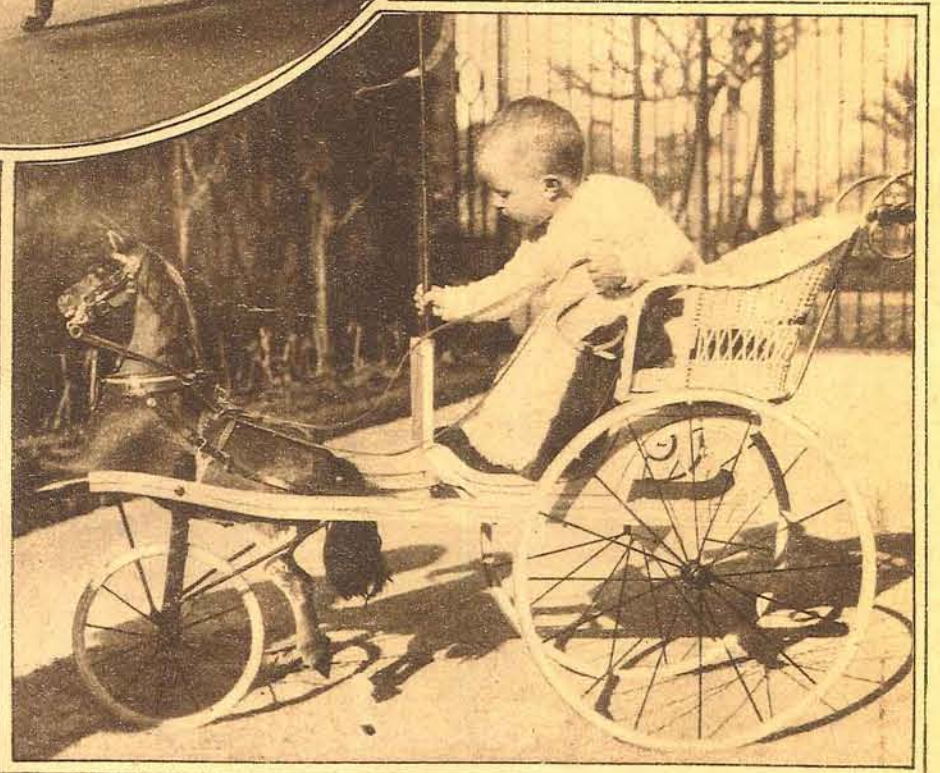


Entre las cultoras del golf en nuestra sociedad figura la señora Adela Ayerza de Elortondo, que aparece en esta nota en momentos de realizar un "drive".

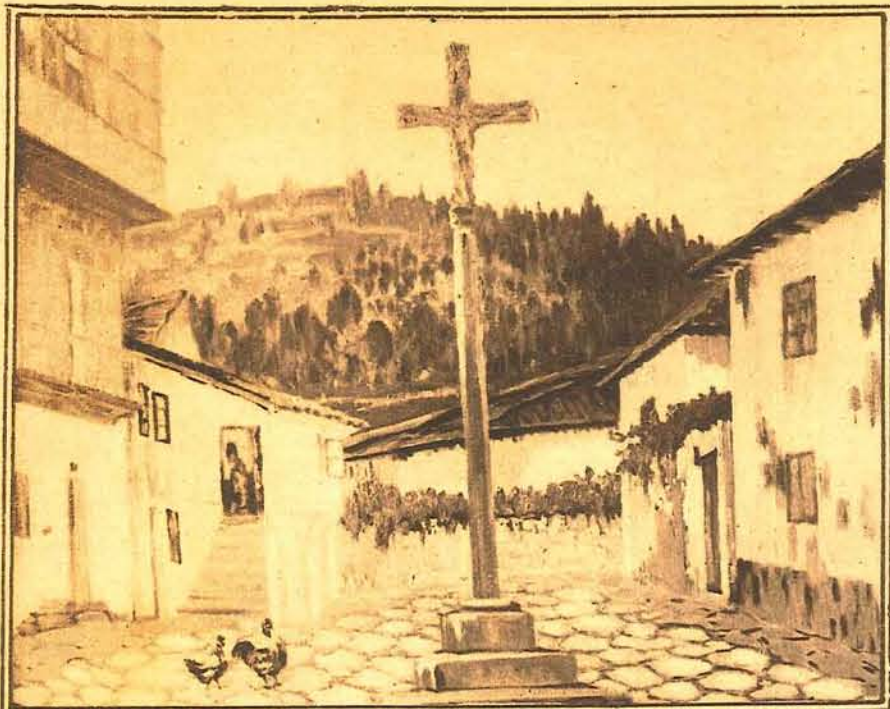


La señorita Carmen Nazar Peña.

Los "sports" de invierno atraen a Saint Moritz buen número de aficionados entre los cuales tuvieron actuación señalada recientemente, nuestros compatriotas, los señores M. Ferreyra, V. Moyano y E. Pueyrredón.

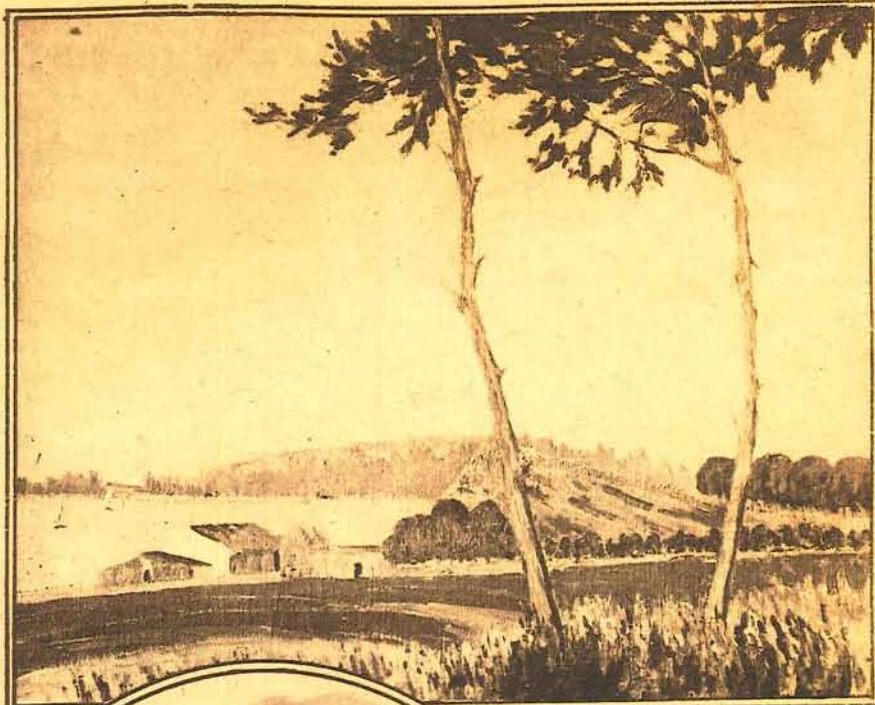


Como la persuasión no ha logrado éxito, el niño Alberto Ramos Mexía se dispone a usar argumentos más categóricos para hacer avanzar a su corcel.

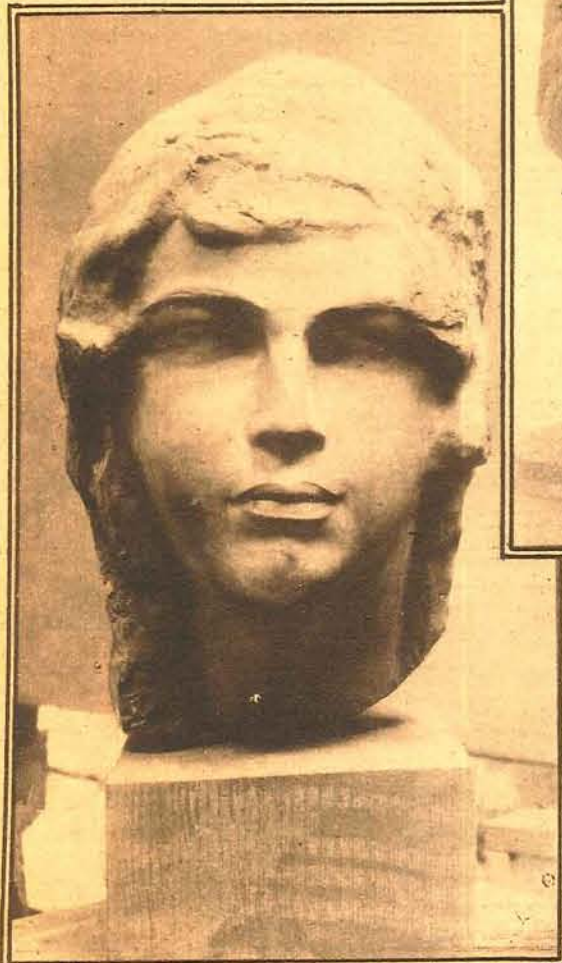


De la exposición que se inaugurará mañana en Witcomb. "Un cruceiro", por J. C. Serra.

LA
VIDA
ARTÍSTICA
LOCAL



"Pinos en La Toja (Galicia)", por J. C. Serra, de la misma exposición.



De la exposición de obras de Stephan Erzia que será inaugurada en el salón Müller. "Esfige".

"Una joven del Volga", por Stephan Erzia.



"Niña", de la exposición Erzia.



Algunos concurrentes al banquete con que fué obsequiado el maestro Celestino Piaggio, con motivo del éxito obtenido por los conciertos realizados por la Asociación Sinfónica de Buenos Aires en el teatro Nuevo, bajo su dirección.



Este NUEVO JABÓN Blanco

Unicamente los fabricantes del renombrado "LUX" con su experto conocimiento y amplia selección de materiales finos podían haberlo conseguido. Su delicado color blanco marfil, la rica espuma, el fascinador perfume le dicen a usted que en éste tiene un jabón tan lujoso como el más caro que usted ha usado hasta ahora. Sin embargo es tan barato que puede usarlo diariamente. Y cuán suave conserva el cutis!

50 centavos la pastilla

LUX JABÓN de TOCADOR

LEVER HERMANOS LIMITADA - ESMERALDA 30 - BUENOS AIRES

LTS 14



La sonrisa en el rostro de los trabajadores expresa buena disposición para la tarea.

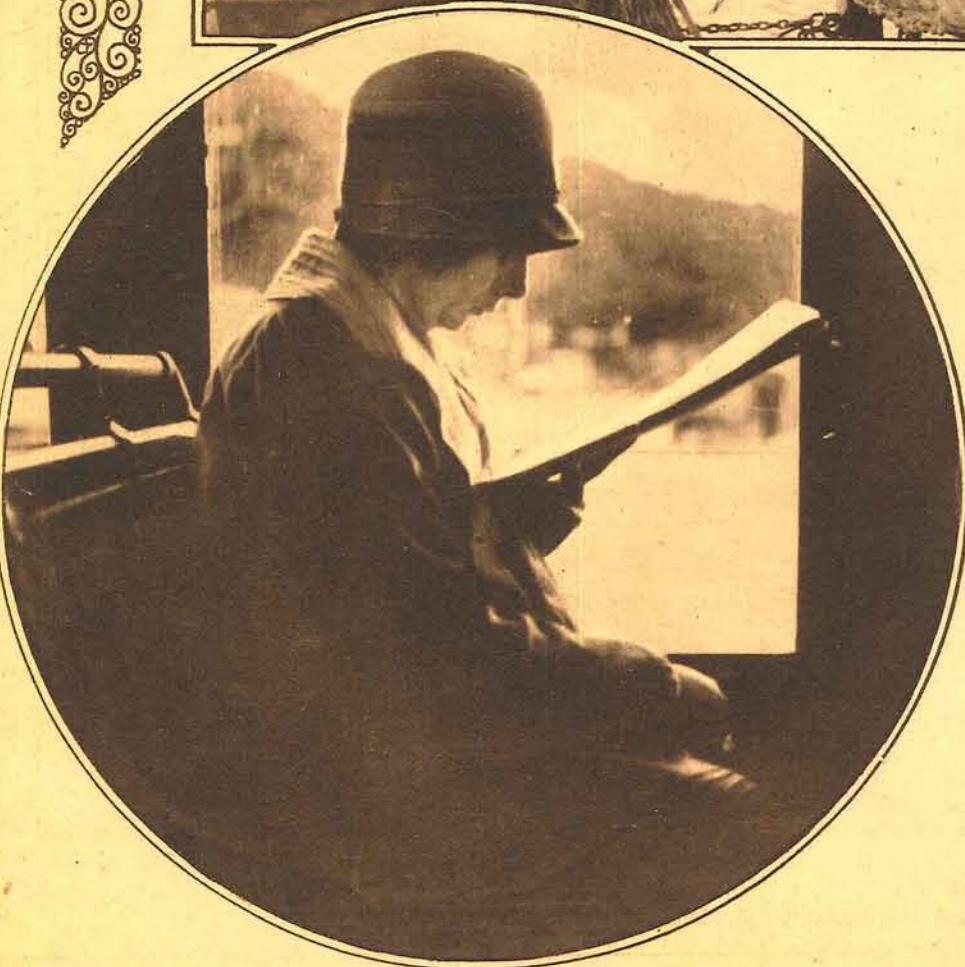


INSTANTANEAS

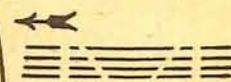
Los comedores ambulantes dan una fisonomía especial a ciertos rincones de Buenos Aires.



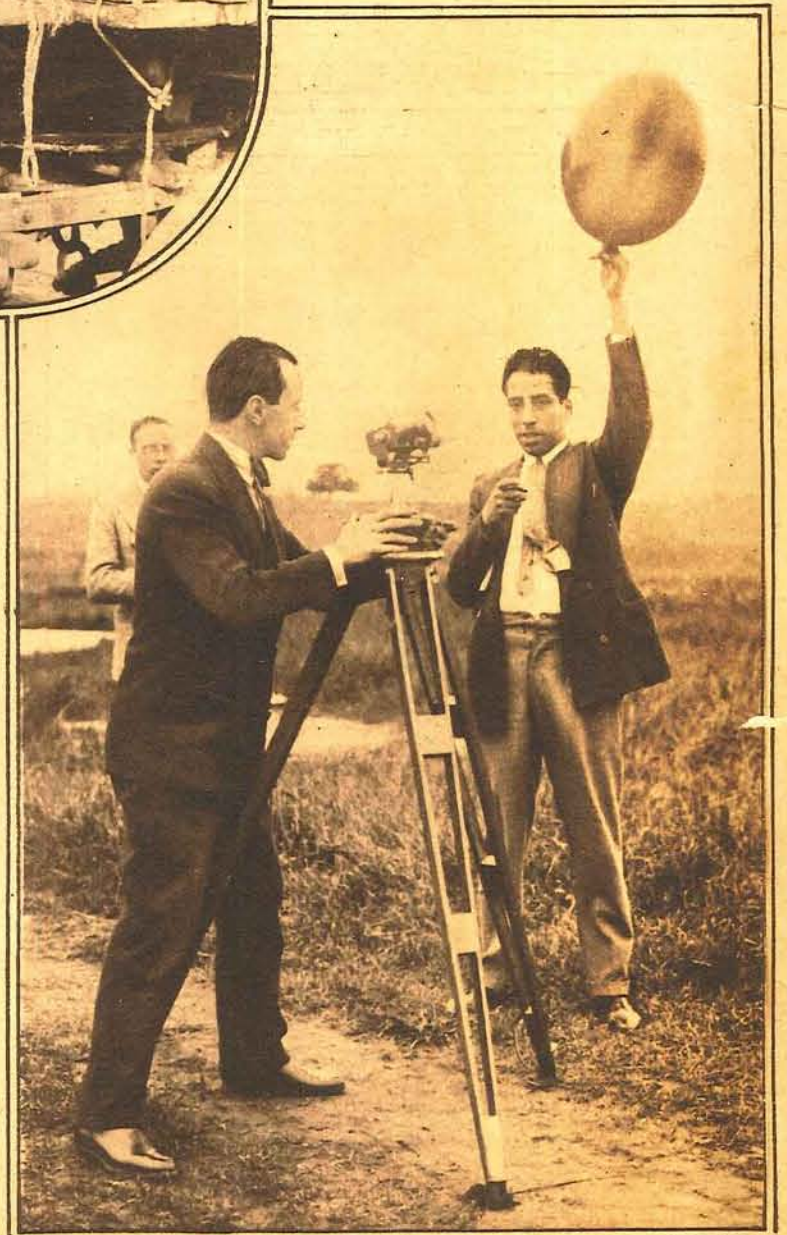
Si se hace coincidir el descanso del conductor y de los caballos la tarea se hace más pareja y la distribución de las fatigas es más equitativa.

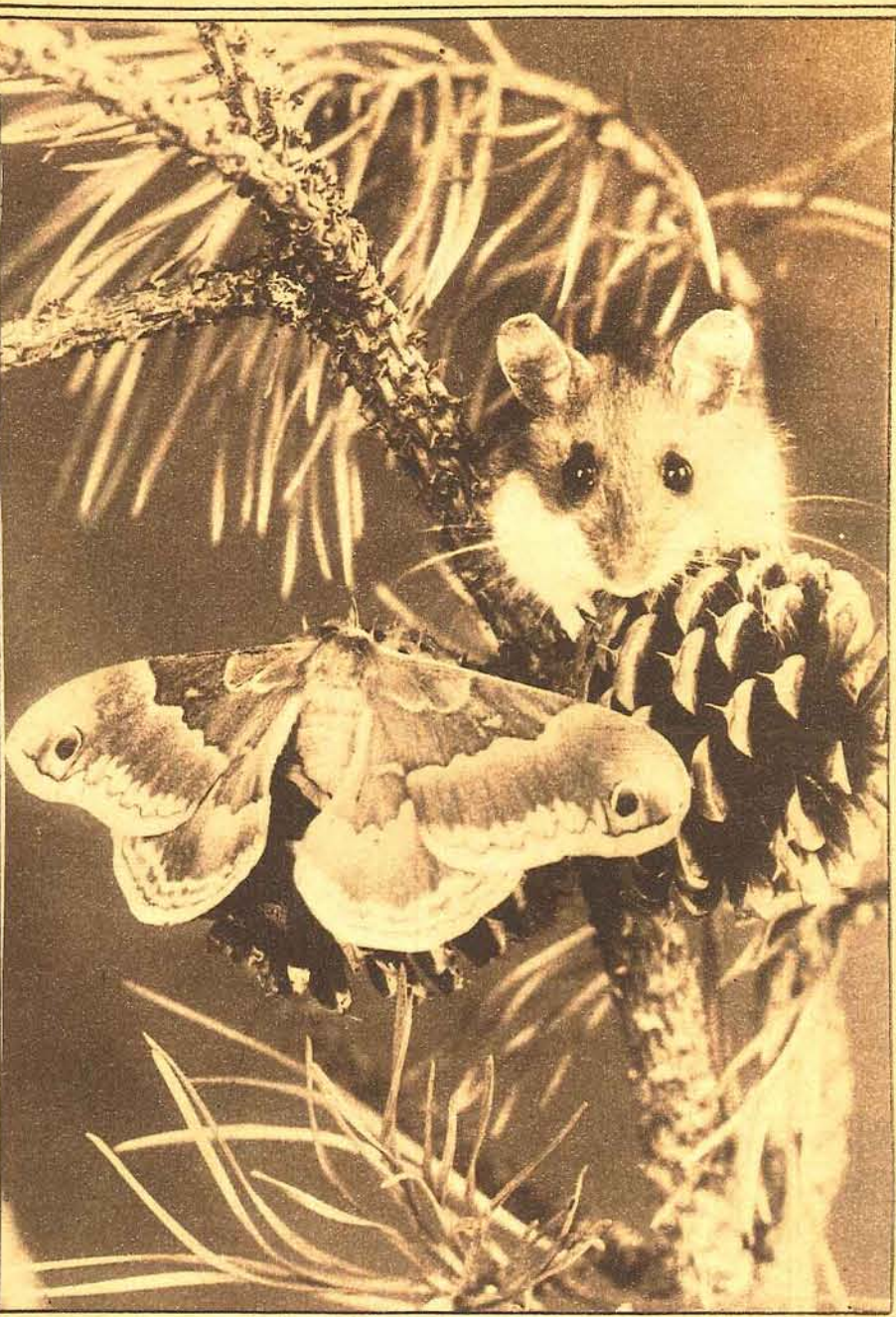
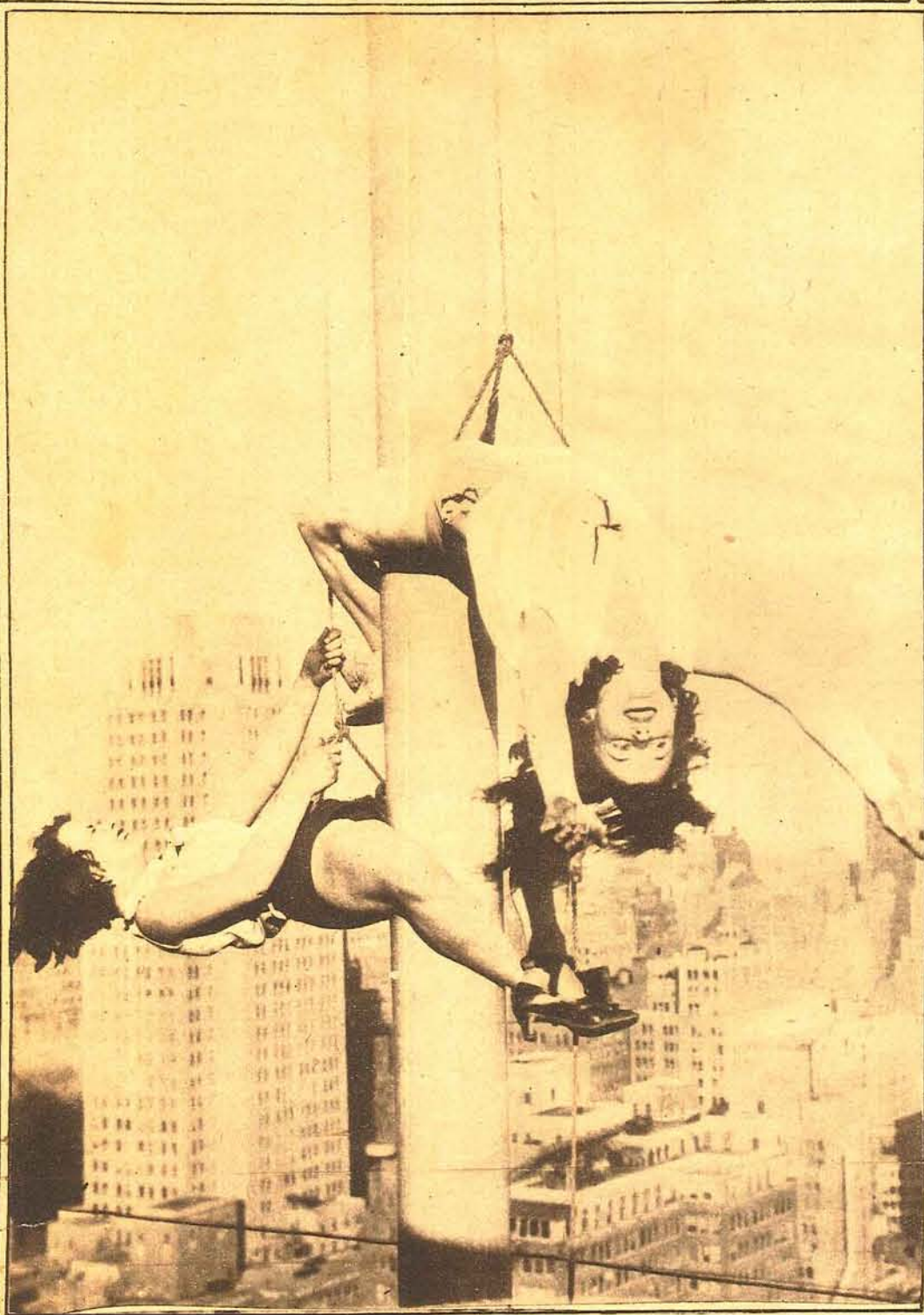


La lectura acorta las distancias.

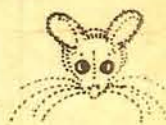


La aerología aplicada a la aviación. El ingeniero Primitivo Padilla, director de los servicios radiotelegráficos de la Aeroposta, haciendo un sondeo aéreo para establecer la velocidad y dirección del viento a distintas alturas.

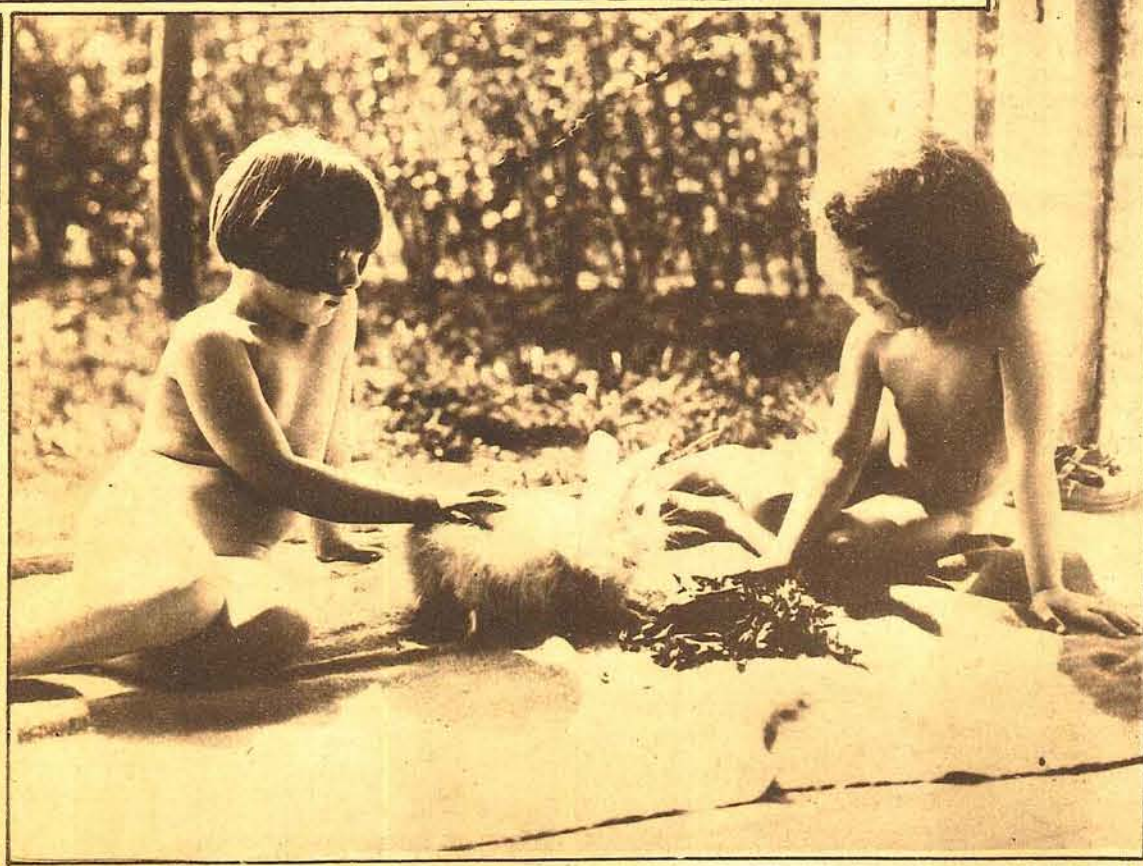




← Dos jóvenes de Nueva York entrenándose en un arriesgado número de circo que realizarán con ocasión de un festival.



Escena a cargo de una mariposa y una rata campesina en el escenario original de dos piñas secas.



La fotografía artística: jóvenes alumnas de la escuela municipal de Upper Hartfield, Inglaterra, tomando un baño de sol.

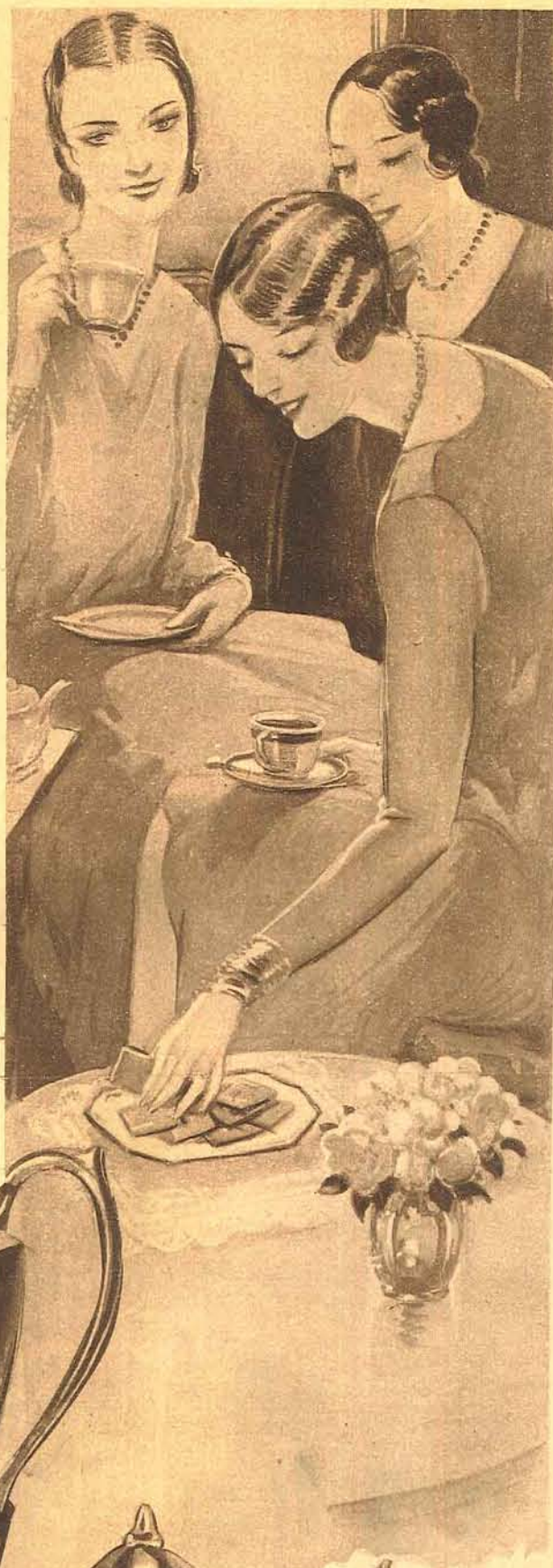


→ Espectadoras japonesas en el hipódromo de Longchamps el día de la inauguración de la temporada hípica.



COLORANTE
ALSINA
Para las CANAS
Tonos perfectos y garantidos.
Preparación científica.
Dosificada prácticamente, constituye una garantía sin igual.
Para evitar falsificaciones, exija la caja cerrada.
Caja \$ 7.- Interior \$ 7.50
Aplicaciones y Venta
MAIPÚ 843
U. T. 21, Retiro, 0974

Galletitas PETIT CREAM



RICAS hasta la delicia y nutritivas como no podrían serlo más, desde que están elaboradas con leche pura, sin descremar, vale decir, con toda su riqueza nutritiva (además de huevos, manteca, azúcar y harina flor), las PETIT CREAM son otro "descubrimiento" que TERRABUSI tiene reservado al paladar de usted...



Su proveedor tiene las PETIT CREAM

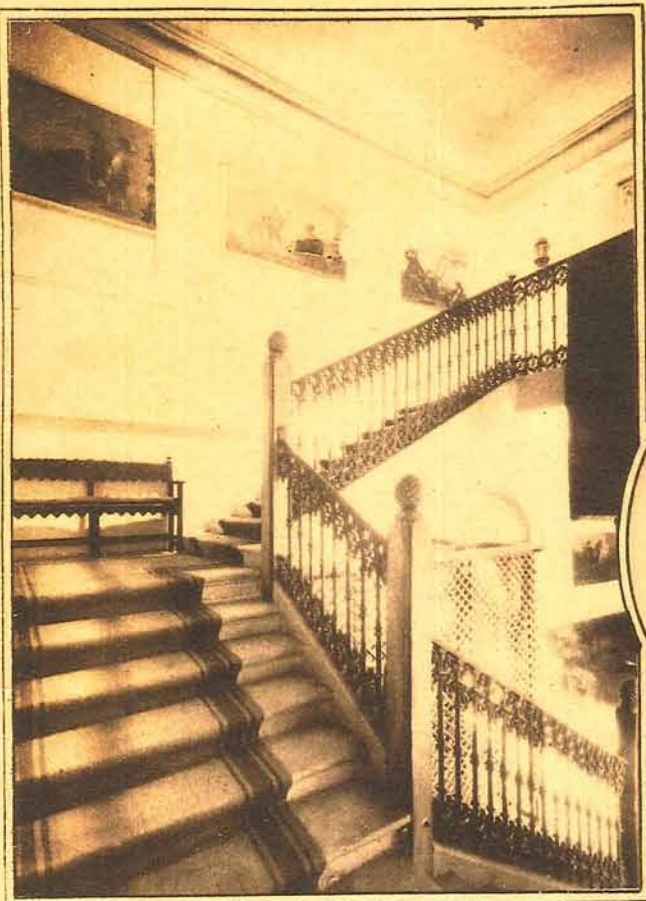
¡Nada más convincente que ellas mismas!

S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO

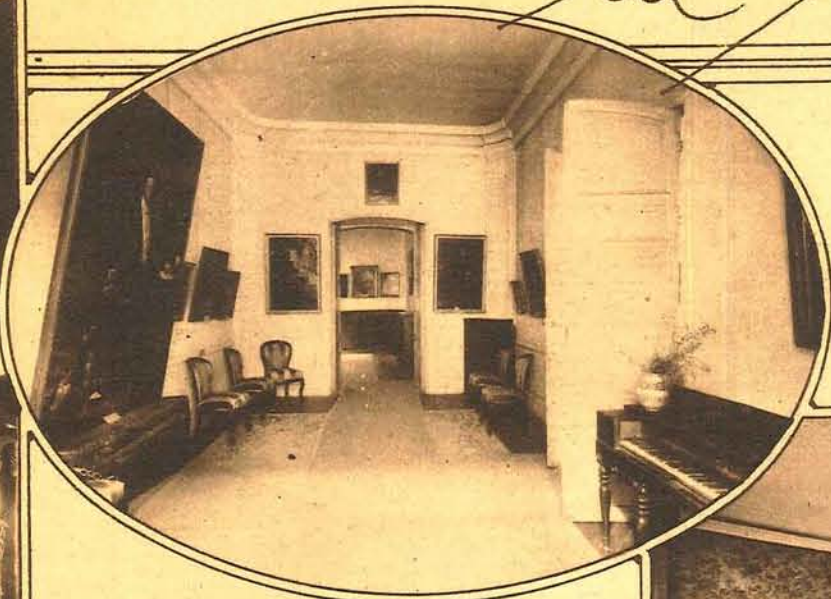
TERRABUSI

Se venden en todo el país www.ahira.com.ar

El Museo Romántico de Madrid



Una de las escaleras de acceso al Museo Romántico, de Madrid, fundado por el marqués de la Vega Inclán.



El gabinete Remisa.



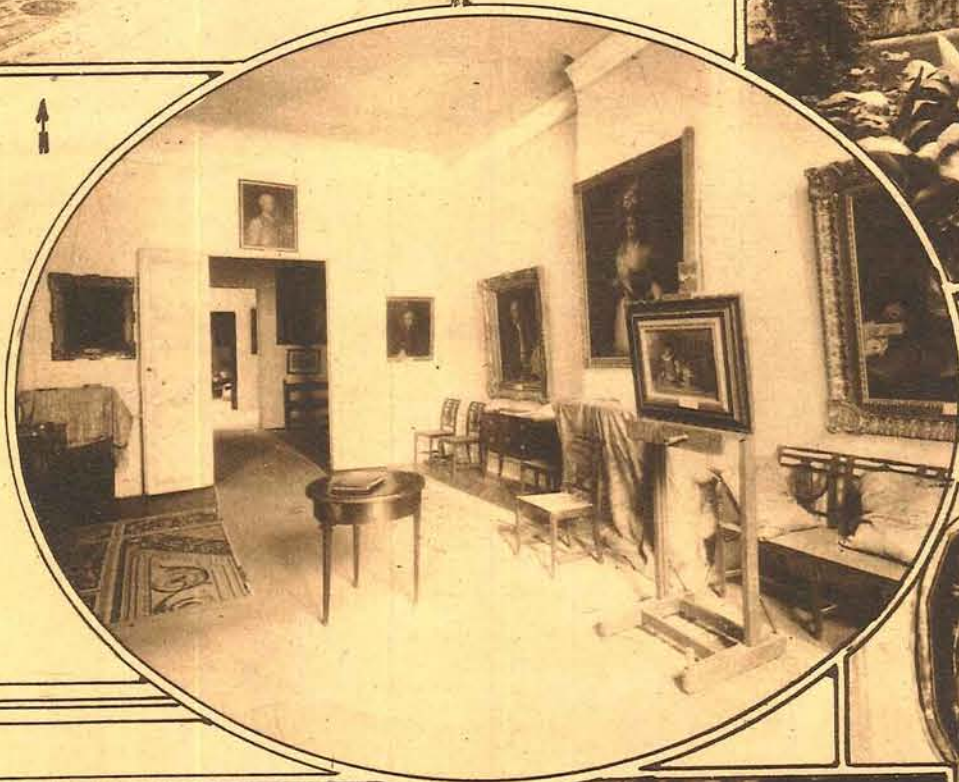
Comedor con cerámica española.



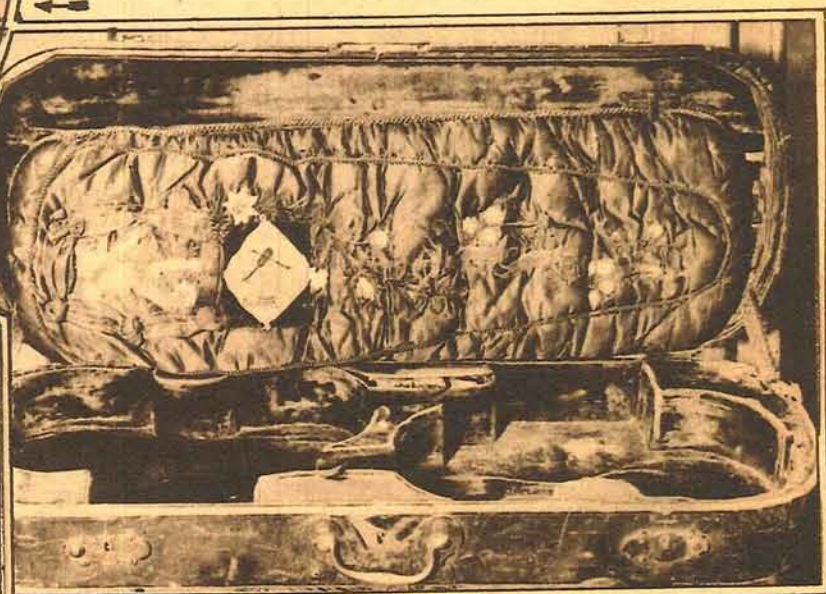
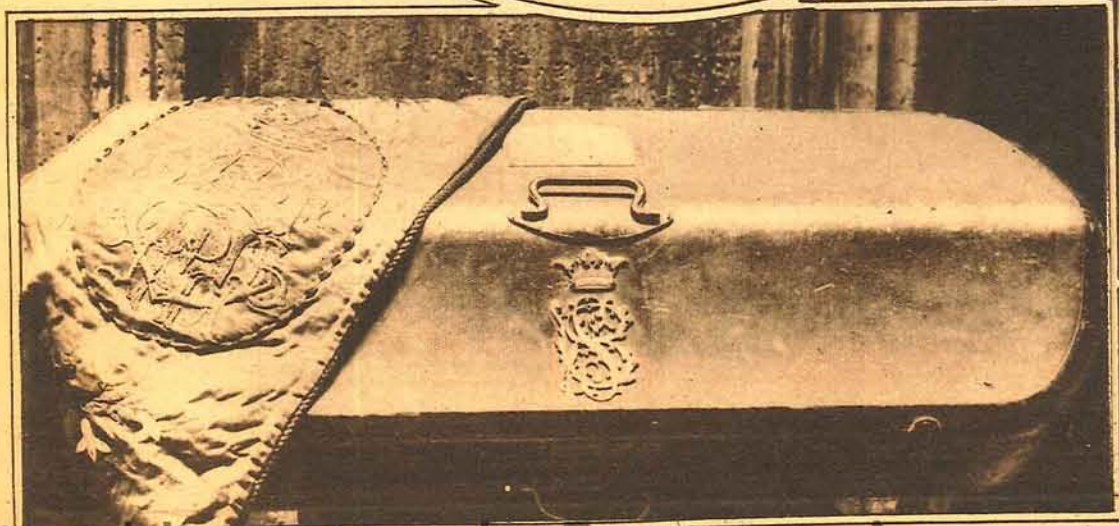
Salón de Isabel II.



Patio y jardín.



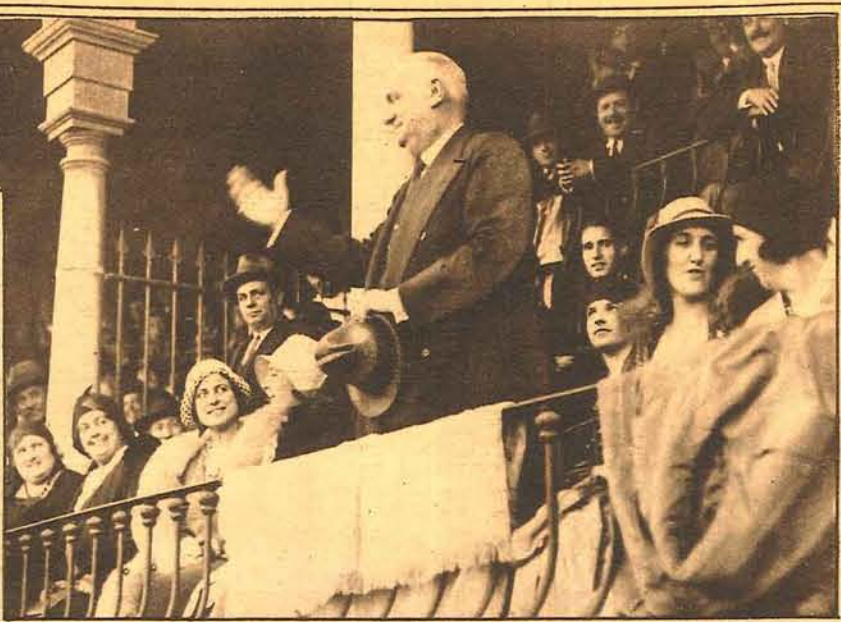
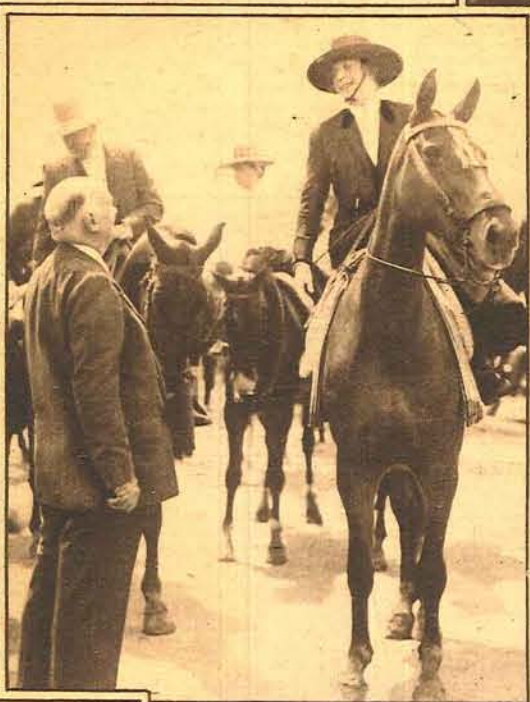
Cuarto de Goya y su tiempo.



Vistas del interior y exterior de una caja de violines perteneciente al famoso artista cubano Brindis de Salas, que se conserva en Buenos Aires. Tiene la caja interesantes detalles que la valoran notablemente.



El Sr. Alvear conversando con la reina Victoria.



De la estada del doctor Alvear en España. El ex presidente agradece los aplausos que el público sevillano le tributa después de haberle brindado el diestro Bienvenida la muerte del séptimo toro durante una de las corridas de Feria.



Ud. puede reirse de las dificultades económicas

si sigue este sencillo plan financiero

Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible mientras viva—con las menores dificultades y contratiempos.

Vd. no desea pagar alquiler toda su vida—espera que algún día tendrá su casa propia. Y piensa, por otra parte, que alguna vez se librará del horario de las obligaciones que hoy tiene, pues sería muy triste duraran toda la vida.

Vd. desea llegar a tener un descanso. Y para tenerlo es necesario haberlo ganado. Vd. desea saber que su esposa e hijos tuvieran protección, aunque a Vd. le ocurriera cualquier cosa.

Vd. puede llegar a obtener cada una de estas cosas—tan sólo con seguir este sencillo plan financiero.

Cómo proceder

Este sencillo sistema de inversión más protección, fué hallado por expertos en cuestiones financieras. Es necesario tan sólo el depósito de algunos pesos mensuales—el monto total depende de su edad y las cosas que Vd. desea alcanzar.

En el instante mismo que Vd. hace su pequeño depósito crea de inmediato el capital deseado. Este dinero vuelve a sus manos cuando Vd. llega a los 50, 55, 60 ó 65 años. Si Vd. no alcanzara hasta esta edad, sería entregado a su familia.

Algunas de las muchas cosas que le puede proporcionar este plan son: dinero para enviar a sus hijos a la Universidad, dinero para emergencias, dinero para poder subsistir en caso de incapacitarse, dinero para levantar su hipoteca, una renta asegurada para su familia en el caso de que a Vd. le ocurriera cualquier cosa.

¿No desea Vd. estas cosas? Está en sus manos obtenerlas.



El cupón al pie nos permitirá al mismo tiempo que enviarle un obsequio útil, hacerle llegar un plan adecuado para Vd., sin ningún compromiso de su parte.

Enviándolo, da Vd. el primer paso hacia su verdadera independencia, se protege Vd. y su familia, no obstante lo que pueda ocurrirle—una educación para sus hijos—comodidad y despreocupación en sus últimos años.

Esto no lo obliga a nada. Recorte y llene este cupón en seguida.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

AQUI están algunas de las cosas que este plan hará para usted:

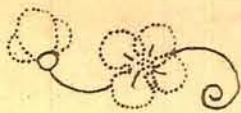
- 1 — Renta a los 50, 55 ó 60 años.
- 2 — Levantar su hipoteca.
- 3 — Enviar a sus hijos a la Universidad.
- 4 — Formar un capital.
- 5 — Disponer de una renta si quedara incapacitado.
- 6 — Dejar un capital a su familia.

Envíe este cupón, llenado, por correo, sin ninguna obligación para usted, y recibirá un obsequio útil.

Nombre
 Dirección
 Ciudad
 Provincia
 Fecha de nacimiento



La bailarina sevillana Angelita Campos, que ha actuado en la Exposición de Sevilla, y que en breve se presentará ante el público porteño.

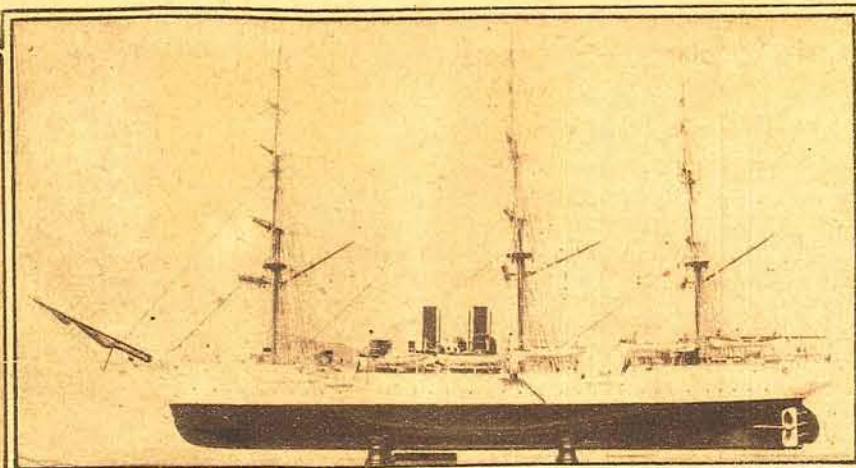


Adelina Durán, estrella de bailes clásicos españoles, que debutará próximamente en nuestros escenarios.





Modelo de la fragata escuela "Presidente Sarmiento" que ha obtenido gran premio en la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Este trabajo es del expositor argentino D. Santiago Bueno.



Un mensaje de belleza.

Como las actrices conservan su cutis hermoso y corrigen los defectos cutáneos.

—alisan las arrugas
borran las pecas y paños
aclaran y rejuvenecen la tez

por CARMEN LAMAS,
bella vedette del teatro Fémica

ESTE es un mensaje que con placer dirijo a toda señora y señorita que quiera conservar su cutis lozano como el capullo de una rosa.

Si el cutis se ha marchitado; si hay pecas o paños; si se han formado arrugas y Ud. quiere volver a poseer una piel tan fresca y lisa como a los quince años, ensaye la exquisita Crema de Oriente Vindobona.

Crema de Oriente Vindobona blanquea, alisa y refina el cutis. Puedo decir eso, porque la uso y día a día vuelvo a constatar sus cualidades superiores, y porque muchas amigas mías, siguiendo mi consejo, la usan. Todas están satisfechas con esa crema.

Observando los resultados que yo obtuve y los que vi lograron las personas de mi relación, puedo resumir mi experiencia en las siguientes palabras: Crema de Oriente Vindobona posee la virtud de tonificar el cutis de modo que las arrugas se borran paulatinamente debido a la mayor firmeza que adquieren los tejidos. Eso se palpa ya a los pocos días de usarla. Bajo su influencia toda mancha cutánea palidece hasta desaparecer y los poros dilatados se contraen. La piel rejuvenece y se aclara, el pasado sana en seguida. He aquí explicado por qué Crema de Oriente Vindobona constituye el tratamiento de belleza más popular entre las actrices.

Carmen Lamas

Crema de Oriente Vindobona es vaso constructora. Por eso realmente puede construir para su cutis células—vasos nuevos—y rejuvenecer las capas ocultas de la piel. Por eso la epidermis adquiere nueva lozanía—sin arrugas ni pecas, manchas y paños. Su uso es sencillo. Introdúzcala Vd. en su piel por la noche con ligeros masajes. Sus resultados son rápidos y los garantizamos, pues si el tratamiento con Crema de Oriente Vindobona en Vd. fallara, le devolveremos el dinero gastado.

La venden las mejores farmacias, tiendas y perfumerías

Franco Inglesa
Sarmiento y Florida
Perfumería Vislowna
Cabildo 1589
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171

Gath & Chaves
Casa Central y Sucursales
Farmacia Scasso
Rivadavia 6912

Farmacia Gibson
Alsina 199 - Florida 281
Farmacia L'Aiglon
Cangallo y Callao

Farmacia Inglesa
Av. de Mayo 900
Farmacia Scannapieco
Esmeralda y Tucumán

Farmacia Chialvo
Sarmiento y Tucumán
Farmacia Nelson
Suipacha 477
Farmacia del Pueblo
Rivadavia 737

También puede usted comprarla directamente en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA, 8 - Piso 1º

(Atendida por señoritas)

Buenos Aires

FOLLETOS GRATIS

Llene y remítanos el cupón HOY.

Pedidos del Interior se sirven en el día.

En MONTEVIDEO: Andes, 1338, piso 2º

LABORATORIOS VINDOBONA

L. N. O. 34

Florida Nº 8 - Piso 1º - Buenos Aires

Sírvanse enviarme folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle..... Nº

Ciudad..... F. C.



Comience hoy a rebajar su peso

¿No ha observado usted que numerosas personas encontraron la manera de perder peso y conseguir esbeltez?

A su alrededor reina la esbeltez. El exceso de peso, la gordura, la corpulencia, son menos comunes que antes. Algunas personas todavía se someten a dietas y ejercicios cansadores. Pero, día a día, aumentan las adeptas al tratamiento científico más agradable: dos "Baños Sarowal" por semana.

Constituye un deleite. En una bañera llena de agua caliente se disuelve uno de los paquetitos contenido en cada caja de "Polvos para Baños Sarowal". En seguida, mientras usted reposa en el agua, se inicia un proceso físico fisiológico que disuelve las grasas y los tejidos adiposos, expulsándolos a través de los poros y obligando su reabsorción por el organismo.

Y los baños con "Polvos para Baños Sarowal" vivifican. La piel queda lisa y suave. Las arrugas que hubiere se alisan. Pesándose usted antes y después de cada baño, constatará que se ha librado de uno a dos kilos. Noches después, al repetir el baño, volverá a reducir nuevamente su peso. Tome dos baños Sarowal por semana.

Desde luego, los "Polvos para Baños Sarowal" no afectan el esmalte de las bañaderas ni las ropas de baño. Se usan en las capitales europeas desde hace más de tres años. Quienes los usaron, contaron los resultados. Esta es la razón de por qué la esbeltez se convirtió en cosa corriente. Usted debe cerciorarse de lo que "Polvos para Baños Sarowal" pueden significar para usted. Siempre estará contenta de haberlos descubierto. Empiece hoy.

Polvos para Baños Sarowal los venden las mejores casas:

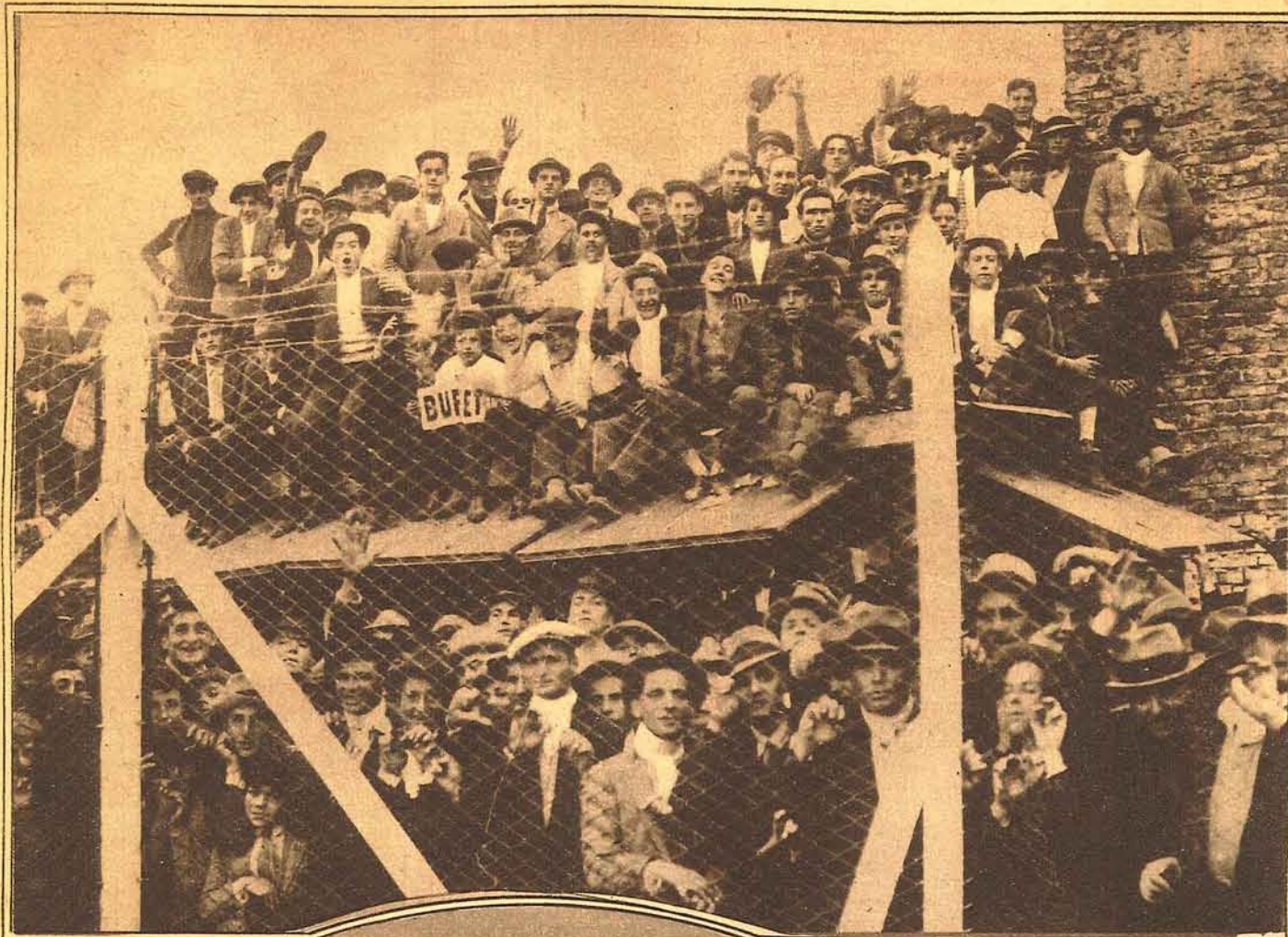
Laboratorios Vindobona
Florida Nº 8, piso 1º
Farm. Franco Inglesa
Sarmiento y Florida

Gath & Chaves
Casa Central y Sucurs.
Farmacia Scasso
Cabildo, 1589

Casa Argent. Scherrer
Suipacha, 171
Farmacia L'Aiglon
Callao y Cangallo

Farmacia Scannapieco
Esmeralda y Tucumán
En Montevideo:
W. Ellis - Andes, 1338

Inspector del Servicio Urbano neoyorquino utilizando un novísimo aparato de gran sensibilidad para la ubicación de las roturas de las cañerías de agua.



MOSAICO SPORTIVO



Hay canchas cuyas comodidades resultan reducidas en los grandes partidos. Platense sufrió estrecheces el día en que se midió con Huracán. He aquí un grupo de espectadores contentos, aunque la ubicación no es muy confortable.



La Copa de las Naciones, carrera clásica ciclista de velocidad, comenzó a disputarse en 1913. La fotografía es de Severo Maujo, ganador de la primera prueba, que asistió al desarrollo de la edición de 1930 del mismo trofeo.

“Jabones ordinarios pueden causar mucho daño”

dice el famoso especialista de belleza
CARSTEN de Berlín

“El jabón y el agua son todavía los mejores limpiadores del cutis”, dice Carsten. “Se comprenderá la importancia de esto si digo que lavarse diariamente con jabón Palmolive es la base de todos mis tratamientos, aún los más minuciosos.”

He aquí el tratamiento Palmolive.

Con ambas manos hágase una espuma abundante del jabón Palmolive y frótese bien la cara y el cuello con ella. En seguida enjuáguese y séquese perfectamente. Eso es todo. Millares de los más eminentes especialistas de belleza y millones de sus clientes han encontrado que este método es el más eficaz para conservar la belleza. Colgate Palmolive Peet Ltda. Bs. Aires.



35 cts.
la
pastilla.

3 por \$ 1.

Insista en la marca Palmolive. Exija la envoltura verde con la faja negra.

JABON PALMOLIVE



“Los jabones ordinarios pueden causar mucho daño. Los especialistas modernos de belleza recomiendan un jabón hecho de aceites vegetales: los aceites puros de palma y oliva. El jabón Palmolive es fresco y suave, inofensivo aún para los cutis más delicados, que deja en las mejores condiciones para el tratamiento por el especialista.”

Carsten
BERLÍN

Los footballers de la primera división son todos amigos entre sí, y el día de partido es un motivo propicio para echar algunos parrufitos. El fotógrafo ha sorprendido a Alejandro Scopelli, de Estudiantes de La Plata, y a Guillermo Stabile, de Huracán, en amena charla en un intervalo.

Hay partidos aburridos para los guardavallas. La pelota llega con escasa frecuencia al arco y el goal-keeper no sabe cómo entretener su ocio. Hércules Orio aparece en esta fotografía fija la vista en el juego y pasando el tiempo lo mejor posible.



La ELEGANCIA FEMENINA



Modelo de Patou en faya blanca con encaje incrustado en el velo y flores blancas en el cuerpo del vestido, de preferencia azahares. Vestido de Lelong en crêpe satén blanco con adorno de cabeza en lamé plateado y velo de tul

LOS VESTIDOS DE NOCHE

LOS vestidos de noche de Vionnet son en su mayoría en georgette o marocain blanco y están adornados con flecos anchos en la falda o pan-



Modelo de Lelong en satén blanco; adorno de cabeza en lamé plateado; velo de tul

neaux sueltos, cortes en bias y efectos de puntas de pañuelos que forman ruedos desiguales. Un modelo en marocain tiene pañuelos en plata incrustados en la falda. Algunos vestidos en muaré tienen una serie de volados diminutos a cada lado de la falda, dejando un panneau liso y angosto adelante. Otros modelos en chiffon están ligeramente bordados con tubos en cristal. Los vestidos en satén, de inspiración imperio, tienen un moño colocado en la parte de atrás del talle alto.

Los trajes de recibir son en satén, algo sueltos y tienen grandes mangas perdidas. Los colores que más se usan son: tonos de blanco coloreado, Isabel, un beige sumamente pálido, blanco, marrón, beige y azul marino.

Como novedad en joyas ofrece Vionnet una "cordelière" enroscada de minúsculas cuentas en madera o cristal, tomadas a un lado con tres cuentas grandes; se usan como cinturón o como collar.

ALGUNAS OPINIONES DE MODISTAS FAMOSOS SOBRE EL TRAJE DE NOVIA

Lelong

AL crear el traje de novia perfecto hay que tener en cuenta muchos puntos importantes. Uno de ellos es el cuidado en conservar la propia personalidad. Luego le sigue la consideración de la línea, la tela, el peinado, la colocación del velo, que debe subrayar el tipo y no apartarse de él; el conjunto será el marco que realce y en ninguna manera absorba, borrando la individualidad. Tenemos una sección especial para esa clase de trajes; ninguno exige tanto cuidado en la prueba y en la elección de los detalles.

En principio, la tela será medianamente pesada: satén con reverso en muaré, pana, satén pesado, falla, etc. La línea del busto será sencilla y juvenil.

Las mangas son estrechas y ajustadas; las caderas ceñidas y la cola que arranca de la falda le presta aire de juventud y al mismo tiempo de suntuoso señorío. El velo casi siempre es en tul liso o tul con orilla en encaje verdadero, a menos que se posea un antiguo encaje de familia, detalle envidiable de rara distinción.



Vestido de Patou. La cola sale de la línea del cuello, se recoge en la cintura y se abre en una gran cola

El tocado de novia será siempre sencillo, como corresponde a una joven. En el modelo que ilustramos consiste en un pequeño gorro en tul bordado en plata y se compondrá sobre la cabeza misma de la novia, para formar un marco sentador a la cara. El velo se coloca sencillamente sobre el gorro, sin flores ni perlas ni ningún otro adorno.

También puede recogerse ajustándolo en la nuca, dejando ver la línea del cuello y los hombros. A veces se reemplaza el gorro con un sencillo bandeau en tela plateada, sobre el cual se coloca el velo. El gorro es de muy bonito efecto y permite una cantidad infinita de variantes.

Worth

Me gustan las líneas de absoluta sencillez para los trajes de novia, sin ningún adorno. Los modelos serán lisos, sin recortes ni incrustaciones, con mangas largas y ajustadas y cola muy larga. El tocado será con azahares, cuentas opacas o perlas, que formarán un marco estrecho a la cara, sujetando el velo, en tul fino o encaje; a veces en tul con encaje incrustado. Un lindo velo de encaje da un aire de suntuosidad a un ves-



DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY



Vestido de Worth en crêpe georgette blanco con adorno de cabeza en perlas y azahares, ramo en el escote y gran bouquet en azahares. Vestido de Chantal en satén con incrustaciones mate

tido sencillo. El bouquet es más elegante grande y de flores naturales.

Patou

La elección de un traje de novia es todo un asunto importante; para que la creación completa quede perfectamente en armonía con el tipo, la silueta y colorido de la novia, más de diez personas tendrán que intervenir para combinar sus diversas opiniones. La línea y la tela serán consideradas con todo cuidado del detalle. El velo será en tul o encaje, según el color del pelo. A veces se combinan los dos. Suele suceder que elijo uno de mis vestidos de noche y con algunos cambios lo convierto en un vestido de novia. Uso bouquets de azahares artificiales.

Chantal

Considero que la mayor parte de los vestidos de novia son triviales; o son trajes de estilo con una línea pesada, que no sienta a la figura moderna. Otros son demasiado sencillos y chatos, con una cola larga suspendida de los hombros. Las colas son en satén y los velos en encajes de familia. Nunca debe cortarse un encaje verdadero. Sólo se puede "arreglar" sobre un vestido sencillo, y muy pocas veces lo mejora.

En los cuatro años que compoño vestidos de novia conservo una línea muy pura, con un movimiento de cintura muy flexible y sin cola desde los hombros. Prefiero un velo en tul muy fino. El chiffon compone vestidos de novia preciosos. En un gran casamiento a que asistí últimamente, la novia tenía un traje en satén, muy largo y sencillo, cortado con un pequeño escote redondo, ceñido en las caderas, de donde salía suavemente en forma. La cola larga continuaba el ruedo de la falda posterior. El ramo era más bien chico y se componía de lirios de los valles. Una diadema o tocado en forma de corona, en cuentas opacas, sostenía un velo en tul muy fino.

La madre de la novia llevaba un vestido largo en chiffon azul marino con alforzas horizontales hasta las caderas, y desde allí paneaux largos y sueltos. Un sombrero ajustado, en paja marina laqué, con una parte levantada de oreja a oreja pasando sobre la copa.

Tres niñas del cortejo tenían

vestidos largos en chiffon rosado con flores rosas y grandes sombreros de paja; otras tres, en chiffon color champaña, con cortes intrincados en las caderas, cayendo con vuelo hasta el ruedo; sombreros en forma de aureola de la misma tela tableada completaban el conjunto.

LAS PICADURAS DE INSECTOS

SE calman rápidamente con Iodex, que alivia la comezón y el dolor. Iodex tiene las mismas virtudes que el yodo, pero posee la ventaja adicional de no irritar ni manchar la piel.

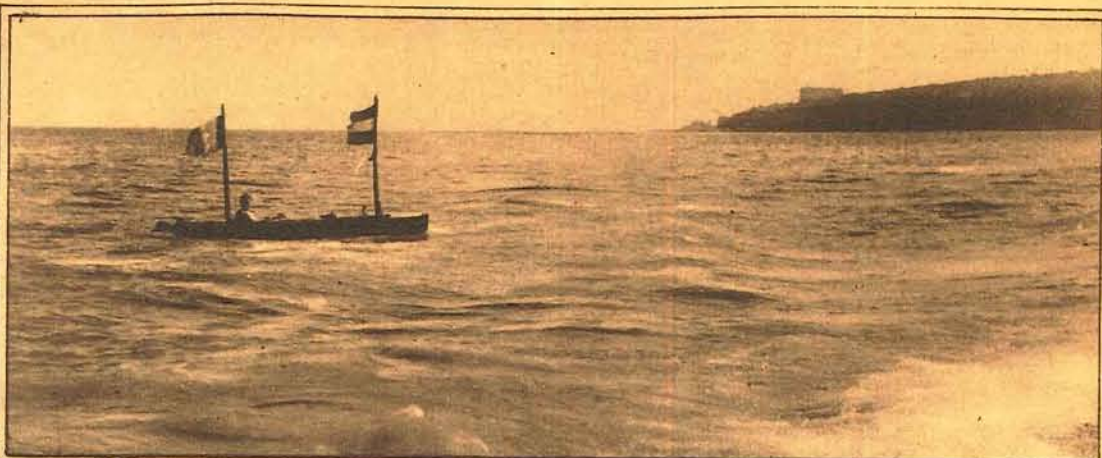
Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.



IODEX

MENLEY & JAMES, LTD.
70 W. 40th St., Nueva York, E.U.A.

Sport Extranjero



Dos estudiantes alemanes, los señores Steckelbach y Schroser, de la Facultad de Colonia, han iniciado un raid en canoa, sobre un recorrido de 12.000 kilómetros. La fotografía muestra la llegada de los mencionados sportsmen al Cabo Martín, en la costa de la Riviera



La famosa estrella del tenis británico, miss Betty Nuthall, comparte el tiempo entre la práctica de su sport favorito y la cocina. La campeón en su casa en Richmond, mientras se dispone a preparar el desayuno



En los bosques de Fontainebleau se efectuó recientemente una extraña prueba ciclista, pues una tempestad terrible puso los senderos intransitables. Gran parte de la carrera se realizó bajo la lluvia, y del estado de los caminos da buena idea la presente fotografía

PERLAS EVAX



Vd. no sabe

qué admirar más, si la belleza del modelo o la magnífica terminación de nuestras alhajas.

LAS PERLAS EVAX

son únicas e incomparables, poseerlas es signo evidente de distinción y buen gusto.

A 125, a \$ 35.—
El más elegante de los modelos en triple collar de perlas "EVAX", con broche de zafiros calibre y brillantitos "EVAX".

SOLICITE
CATALOGO
QUE ENVIAMOS
GRATIS AL
INTERIOR.

SOMOS LOS ÚNICOS
CONCESIONARIOS DE LAS
PERLAS
"EVAX"



E 630, a \$ 28.—
Prendedor plaquette de interesante diseño, con regia perla "EVAX", zafiros calibrados y brillantitos "EVAX".

EXCLUSIVAMENTE EN NUESTROS SALONES DE VENTA. HALLARÁ LAS CREACIONES MONTSENY.



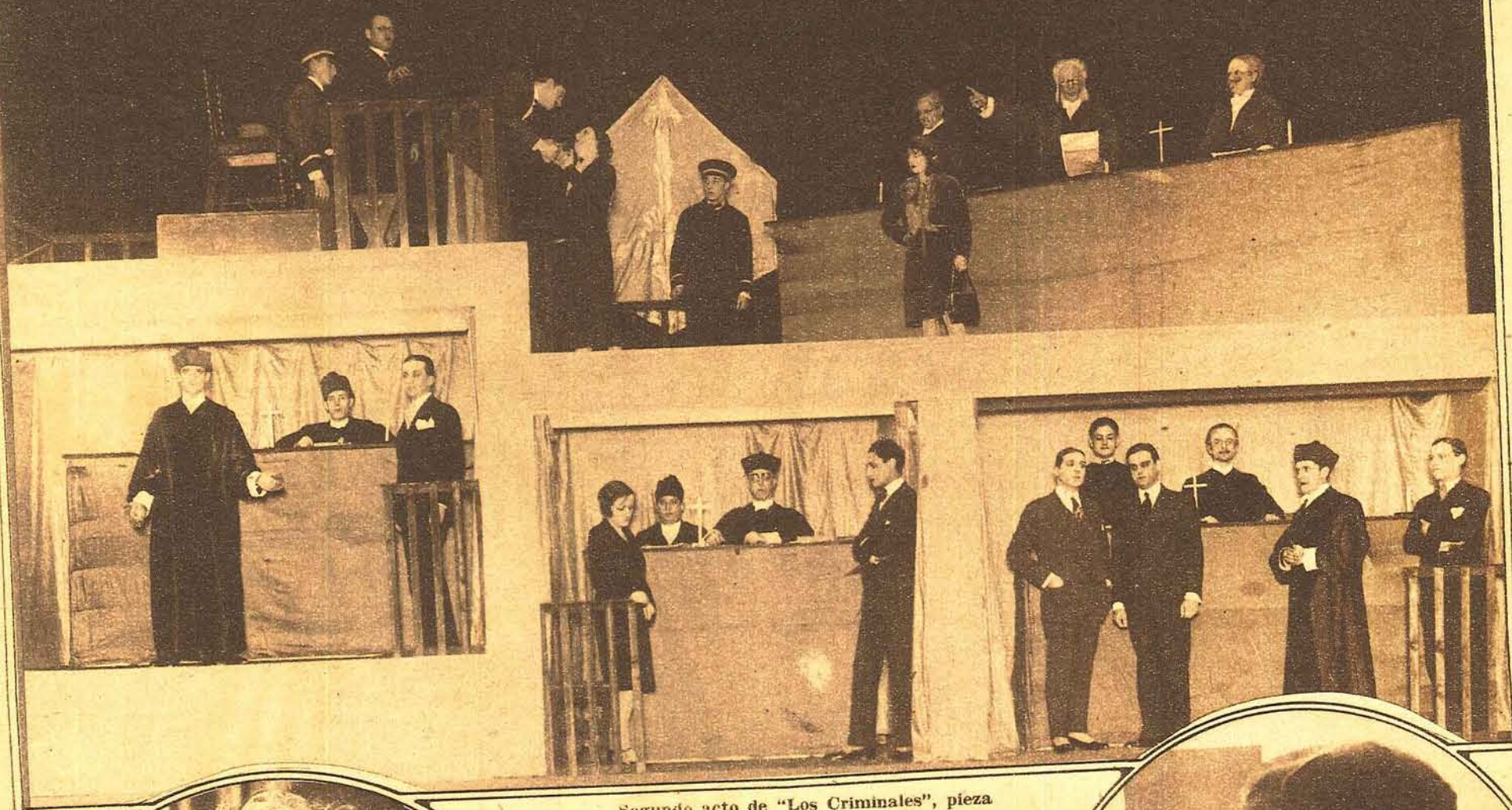
O 396, a \$ 24.—
De suma distinción son estos aros de oro, con "Rivière" articulada de brillantitos "EVAX".

CENTRAL
CORRIENTES 789

Creaciones
Montseny

ANEXO
GALERIA GUEMES

KODAK TEATRAL



Segundo acto de "Los Criminales", pieza en 3 actos, original de Fernando Bruckner, versión de Edmundo Bianchi, que se representa en el Smart. Blanca Podestá, Teresa Senén, Alfonso Tudela, Rafael Scuri, Elisardo Santalla, Víctor Eiras, Vicente Volpi, Irma Córdoba, Mario Daneri y José J. Podestá



E. Marcellini, de la compañía cómica dramática que actúa en el Marconi



Charlie Rivals, el gran cómico imitador de Charles Chaplin, que se presentó últimamente en el Casino



De la troupe Andren, de clowns musicales y parodistas que han debutado en el mismo teatro

Francisco Chamiello, "Sunchales", en el sainete del mismo nombre, de Alberto Vacarezza, que se representa en el Nacional



Cuando quiera teñir en su hogar exija el legítimo SUNSET, el único que da resultados seguros y comunica a las telas la apariencia de nuevas.

Sunset tiene todos los colores de moda. Guárdese de las imitaciones y falsas...

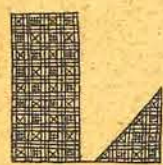


SUNSET

MI VIDA

Por
LEON TROTZKI

CAPITULO IX



LEGUE a Londres una mañana muy temprano del otoño de 1902, probablemente en octubre. Más con gestos que con palabras llamé a un cochero que me condujo a la dirección (escrita en un pedazo de papel) donde me esperaban. Era la casa de Lenin. Ya en Zurich me habían advertido que debía llamar con tres golpecitos. Abrió la puerta Nadejda Konstantinovna (Krupskaya), a quien debí hacer saltar de la cama. Era tempranísimo, y cualquier otra persona más enterada que yo de los hábitos de la vida civilizada, hubiera esperado, por cierto, en la estación del ferrocarril antes de golpear la puerta del prójimo a hora tan desusada; pero yo acababa de escaparme de Verkholenks y había puesto en práctica igual procedimiento bárbaro en Zurich, llegando a medianoche a casa de Axelrod.

Lenin estaba todavía en cama y su semblante reflejaba una mezcla de bienvenida hospitalaria y de sorpresa muy legítima. En estas circunstancias se efectuó nuestro primer encuentro y nuestra primera conversación. Tanto Vladimir Ilyitch como Nadejda Konstantinovna me conocían por las cartas de Claire (Krzizanowski). Esto facilitó mi recepción: "Ha llegado. Pero".

Esa misma mañana, o quizá la siguiente, Vladimir Ilyitch me hizo dar un largo paseo. Desde el puente de Westminster me mostró el Palacio de Westminster y otros edificios notables. No recuerdo sus palabras textuales; pero su voz cobró un tono significativo al decir: "Ese es 'su' famoso Westminster". El "su" no se refería al pueblo inglés sino a las clases dirigentes. Aquel énfasis no era, en manera alguna, forzado, sino que surgía de las profundidades de su ser; diría que era una manifestación orgánica que se traducía en el timbre de la voz. Esa entonación salía invariablemente de labios de Lenin siempre que hablaba de algún asunto cultural o de acontecimientos recientes o de alguna institución, como el Museo Británico, el "Times", de Londres, o, muchos años después, la artillería alemana o la aviación francesa. "Ellos" tienen, o saben, o hicieron o han logrado. "Ellos" eran los enemigos de él. La sombra invisible de la clase dominante era como un palio sobre sus ojos, que ensombrecía todo el haz de la cultura humana, y aquel palio lo sentía tan claramente como la luz de día.

Es probable que en aquella ocasión no prestase yo mucha atención a la arquitectura londinense. Transportado de súbito de Verkholenks a la Europa occidental, que visitaba por primera vez, apenas tenía las impresiones más superficiales de Viena, París y Londres, y mi mente estaba embargada por otras cosas para advertir detalles como el Palacio de Westminster. Naturalmente, éste no era el propósito de Vladimir Ilyitch, al hacerme dar tan largo paseo; sino trabajar conocimiento conmigo y examinarme, sin ponerlo muy en evidencia. A decir verdad, el examen abarcó todo el "currículum".

Un domingo, Lenin, Krupskaya y yo, fuimos a una iglesia donde se efectuaba un mitin social-democrático, con acompañamiento de salmos. El



orador era un impresor que acababa de volver de Australia. Hablaba de la revolución social. Luego toda la congregación se puso de pie y cantó: "Dios omnipotente, haz que no haya ricos, ni pobres". Yo no daba crédito a mis ojos ni a mis oídos.

De vuelta de la iglesia social-democrática, comimos en la cocina-sala de un departamento que se componía de dos habitaciones. Como de costumbre, me hicieron bromas acerca de mi incapacidad para dar con el camino de casa: en realidad, me costaba mucho reconocer las calles, y, siguiendo mi inclinación sistematizadora, llamaba a ese defecto "idiotez topográfica". Posteriormente progresé algo en ese sentido; pero no me fué cosa fácil.

Con grandes titubeos empecé a colaborar en la "Iskra" (La Chispa), y advertí signos de aprobación. Por este tiempo di mi primera conferencia en ruso, o mejor dicho, la leí, en Whitechapel, combatiendo al "viejo" Tchaikovski (ya era un anciano) y al anarquista Tcherkezov, que también hacía tiempo que no era joven. Recuerdo que volví a casa radiante, apenas sintiendo el suelo bajo mis pies.

Durante este período londinense, así como después, durante mi estadía en Ginebra, traté a Zasulich y a Martov con más frecuencia que a Lenin. Viviendo con éstos en el mismo departamento, en Londres, y compartiendo su mesa en los mismos restaurantes, en Ginebra, los veía varias veces por día, en tanto que, llevando Lenin vida de familia, era un acontecimiento verlo, fuera de las reuniones oficiales del par-

tido. Churchill ha dicho de Lenin que era un "huésped amable", en lo cual yerra, pues Lenin no tenía nada de huésped en su persona. Toda su vida fué el hospedador, el amo de casa y no el huésped. Veía a sus íntimos, por lo común en su trabajo, rara vez por placer, pero nunca como huésped. Los hábitos y flaquezas de los bohemios, tan gravosos para Martov, estaban muy lejos de Lenin. Sabía que el tiempo, a pesar de su relatividad, era el más precioso de todos los bienes. Pasaba muchas horas en la sala de lectura del Museo Británico, donde hacía su trabajo teórico y generalmente escribía sus artículos para los periódicos. Con su ayuda fui también admitido en ese santuario. Tenía hambre insaciable de lectura y me zambullí en aquel mar de libros; pero en breve tuve que salir para el Continente.

Durante ese tiempo mi escaso conocimiento del inglés permaneció casi estacionario. Progresé mucho en cuestiones rusas y no me interesó el marxismo británico. A la sazón el centro ideal de la social-democracia era Alemania, y seguimos muy de cerca la lucha entre ortodoxos y revisionistas. Después de mis conferencias en Whitechapel, que fueron a manera de pruebas, fui enviado como conferencista o polemista al Continente; pero me llamaron de nuevo de París a Londres. Proyectábase enviarme a Rusia con nombre supuesto o de otro modo ilegal, como representante de la "Iskra" ante el comité organizador, pero finalmente se decidió que permaneciese en el extranjero hasta después de la conferencia

del partido que debía celebrarse en los meses próximos. Establecí mi cuartel general en París, de donde fui a dar conferencias o a participar en los debates de las colonias de estudiantes rusos de Bruselas y Lieja; a Suiza y a varias ciudades alemanas. En Heidelberg asistí durante un tiempo a las conferencias de Kuno Fischer, pero no salí de ahí kantiano. La filosofía convencional era completamente ajena a mi temperamento. ¿Quién preferiría paja seca, teniendo a mano pasto verde y jugoso? Heidelberg era un nido de estudiantes rusos... idealistas, entre quienes figuraba Avksentiev, futuro ministro del Interior del gabinete de Kerensky. Allí rompí muchas lanzas en fogosos torneos sobre dialéctica materialista.

Conocí mejor París que Londres, lo cual se debió hasta cierto punto al influjo de Miss Sedov. Nací y me crié en una aldea, pero mi primer contacto

LA PRIMERA EMIGRACION

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

"... Me habían advertido que debía llamar con tres golpecitos..."

con la Naturaleza, ocurrió en París. También allí por vez primera me di cara a cara con el arte verdadero. Visitamos el Louvre y otras galerías y exposiciones. La pintura, como la naturaleza, no he podido entenderlas fácilmente. Tuve que trabajar por mi cuenta para salvar ese defecto, esfuerzo que, en realidad, no fué sino una tentativa inicial. La revolución de 1905 la interrumpió en breve y sólo entré en contacto más íntimo con el arte europeo durante mi segundo destierro.

Miraba los cuadros, leía y hasta escribía acerca de ellos; pero jamás pasé de la esfera de "dilettante".

En París escuché a Jaurés. Ello fué en los días en que Waldeck-Rousseau era primer ministro; Millerand, director general de Correos, y Gallifet, ministro de Guerra. Participé en la manifestación callejera de los guedistas contra el Gobierno y me uní de buena gana a la grito de: "Hou, hou, Millerand!" En aquel entonces Jaurés no me impresionó. Sentí que pertenecía plenamente al campo enemigo. Sólo varios años después aprendí a estimar a esa gran figura, si bien nunca dejé de ser enemigo del jaurerismo.

Lenin llegó a París a dar varias conferencias en el Liceo Ruso, sobre el problema agrario. Decidió llevarlo a la Opera. Pedimos a Miss Sedov que diera los pasos necesarios. Era una estudiante de París, miembro de nuestro grupo y poco después fué mi mujer. Lenin fué a la Opera Cómica llevando la misma valija de cuero con sus papeles, que solía llevar a sus conferencias. Nosotros formamos un grupo en la galería. Además de Lenin, Miss Sedov y yo, me parece que estaba Martov. A esta visita a la Opera Cómica se vincula un recuerdo nada musical. Lenin se compró un par de zapatos que le quedaron muy estrechos. A la sazón ocurría que mi calzado pedía a gritos reemplazo. Lenin me adjudicó sus flamantes zapatos que a la primera prueba me quedaron muy bien. El camino a la Opera fué más o menos un éxito; pero en el teatro me sentí bastante incómodo. Al regreso, me dolían mucho los pies, y Lenin se burlaba de mi implacablemente. Sus bromas escondían consideración sincera, pues él también había sufrido algunas horas por causa de los mismos zapatos.

De París nos trasladamos a Ginebra, donde, a la sazón se encontraba el cuerpo directivo de la "Iskra". La conferencia del Partido estaba a punto de empezar.

(Continuad.).



SIGO IGUAL, VECINA: ESTE RESFRIO TAN FUERTE NO SE ME QUIERE IR. -

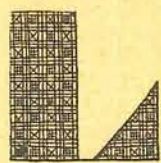
APLIQUESE LINIMENTO DE SLOAN AL PECHO, SEÑORA, VERA QUE SE ALIVIA ENSEGUIDA. YO SIEMPRE LO USO PARA CURAR EL RESFRIO DE MIS CHICOS.

RESFRIOS ? Linimento de Sloan
MATA DOLORES

MEMORIAS MARAVILLOSAS



Alejandro Alekhine



A memoria es una facultad tan maravillosa, que los antiguos hicieron de ella una diosa, "Mnemosine", hija del Cielo y de la Tierra. La veneración que tenían por ese don procedía, sobre todo, del hecho de que no poseían libros y de que los manuscritos eran escasos y costosos. De ahí la necesidad de almacenar cerebralmente muchos hechos, muchas ideas, con la constante preocupación de conservarlas, porque no tenían como nosotros bibliotecas en que se pudiera ir a buscar el documento o la referencia que se busca. Además, los conocimientos de esas épocas remotas, conocimientos infinitamente más restringidos que los actuales, les permitían a los sabios el ser todos, hasta cierto punto, enciclopédicos.

Entre las personalidades de memoria legendaria se cita especialmente a Ciro, rey de Persia; a Escipión el Asiático, al emperador Adriano, a Mitridates, que podían llamar por sus nombres a todos los soldados de sus ejércitos; se dice que esa misma cualidad le valió a Othon la púrpura imperial. La memoria del emperador Juliano era tan sorprendente, que Amiano Marcelino escribió en el tomo décimoquinto de su "Historia": "Si es verdad, como lo pretenden diversos autores, que el rey Ciro, el poeta Simónides y el notable sofista Hipias fortalecían su memoria con ciertos breves, es de creer que Juliano bebió un tonel de ese maravilloso licor".

La memoria de Séneca causaba la admiración de sus contemporáneos; podía repetir hasta dos mil palabras en el mismo orden que las había oído.

Pero, sin remontarse a los antiguos, se puede comprobar que los últimos siglos han producido extraordinarios ejemplos mnemónicos.

José Scaliger, el gran filósofo del siglo XVI, aprendió en veintidós días la "Iliada" y la "Odisea" en griego.

El poeta dramático Crébillon no escribía nunca sus obras sino para entregarlas al teatro.

En el siglo XVII, el Padre Ménestrier, sabio jesuita, poseía una memoria de las más extraordinarias. Cristina, reina de Suecia, al pasar por la ciudad de Lyon, donde aquél habitaba, quiso comprobar su fama. Hizo escribir y pronunciar delante de él trescientas palabras de las más extrañas e insólitas que se pueda imaginar. El Padre Ménestrier las pronunció todas, primero en el orden en que habían sido escritas, y luego en cualquier orden y arreglo que se le propuso.

Recordé, entre otras, todas estas proezas, leyendo hace algún tiempo, en la "Revue de France", este pasaje de una carta que Prosper Mérimée le escribió, con fecha 22 de enero de 1848, a la Condesa de Montijo, madre de la emperatriz Eugenia:

"Comí anoche en lo de Val... con un señor Radowitz, ministro prusiano, que ha venido aquí a causa de los asuntos de Suiza. Según dicen, tiene una memoria sorprendente; anoche nos dió esta prueba de ello: escribí en un papel cuarenta y dos cifras seguidas. Después de mirar, el papel unos cinco minutos, me lo devolvió y me

repitió las cuarenta y dos cifras, primero del principio al fin, después del fin al principio, y, además, me dió los números de orden de cada una. Aprendió, según cuentan, el Evangelio de San Lucas, en lengua malaya, en el espacio de algunas horas, sin saber una palabra de tal lengua..."

(Es evidente que Merimée escribió "cifras" por error; eran cantidades lo que quiso escribir, puesto que cifra es el signo de los números. Fueron cantidades lo que puso unas tras otras. Es lástima que no nos haya dicho de cuantas cifras se componían esas cantidades).

El Sr. Radowitz era un fenómeno calculador, que se debe agregar a la extraordinaria falange de los Wallis, Euler, Ampère, Mangianelli, Buxton, Bidder, Noake, Winckler, Colburn, Henry Mondeux, Diamandi e Inaudi, que se han manifestado desde el siglo XVII hasta hoy. Se puede agregar también el caso de un tal Mannheim, nativo de Königsberg, que, algunos meses antes de la guerra, hacia prodigios con las cifras en el escenario de un "music-hall" de Munich.

Durante una de esas exhibiciones se presentó un gentleman, durante un intervalo, en la puerta de su camarín y, mostrándole un cheque por una cantidad considerable, le dijo:

—Aquí tiene esta suma para rescindir su contrato. Lo empleo a 500 dólares por semana. Mañana nos embarcaremos para América.

Y el presidente del Sindicato de Cambistas de Nueva York perdió su empleo al cabo de seis meses, consiguiendo llevarse el Banco Morgan, que le ofreció doblarle el sueldo.

Esto se explica a causa de que las operaciones de cambio son muy complicadas y el ganar algunos segundos en su resolución puede dar beneficios de varios millones. El señor Mannheim, el hombre que calcula más ligero que las máquinas, y con extraordinaria precisión, vuelve invencibles a las casas que lo emplean.

Al fin de la guerra se lo perdió de vista. Quiso valerse para sí mismo de sus dotes prodigiosas, pero faltándole los informes y los medios financieros, fracasó en su propósito.

Un agente del grupo Rockefeller lo encontró, al fin, muy lejos, en el Oeste, donde exhibía sus talentos en los bares, haciendo colectas con un platillo.

Ahora está al servicio de un grupo que reúne a los más grandes financieros de Amsterdam, de Nueva York, de Londres y de Berlín, para atender las operaciones de cambio. A fin de ganar más tiempo todavía, los capitales están a su nombre y, una vez hechos los cálculos, firma él mismo las órdenes, según indicaciones precisas, órdenes que algunos días se calculan por millones... Dos médicos cuidan de su salud y cuenta con once intérpretes para descifrar los telegramas que, hora tras hora, le llegan a centenares de todas partes del mundo. Para seguir la actualidad financiera, se traslada de capital a capital por medio de aviones y trenes especiales, acompañándolo siempre detectives.

Pues bien, todas las personas que lo han tratado dicen que, fuera de su genio de calculista, carece de inteligencia este hombre que, disponiendo prácticamente de medios ilimitados, domina a su antojo a la moneda de los más grandes Estados.

Y el caso de Mannheim es el de la mayor parte de esos calculadores prodigiosos que, fuera de su maravillosa especialidad, son, por lo general, hombres de facultades muy comunes.

★ ★ ★

El caso del Sr. Radowitz, referido por Merimée, es algo

distinto. Su prodigiosa memoria, que no se limitaba al mecanismo de las cifras, debía servirle singularmente en sus funciones diplomáticas.

Ese es también el caso del campeón de ajedrez, Sr. Alekhine, que dió, hace algún tiempo, el extraordinario espectáculo de jugar simultáneamente doce partidas, volviéndose la espalda a sus adversarios, sin echar una sola mirada furtiva a los tableros; doce partidas que duraron cinco horas, sin que el menor olvido o vacilación comprometiera el resultado, que fué un triunfo total!

Se cuenta que al finalizar esta proeza, el Sr. Alekhine se puso de pie, sonriente y tan lleno de energía como si su cerebro no se resintiera del asombroso esfuerzo que acababa de hacer. Mientras lo felicitaban, se inclinó hacia una de sus víctimas para pedirle un cigarrillo:

—Disculpe—le dijo—, he olvidado mi cigarrera en casa... ¡Qué fastidioso es tener tan poca cabeza!...

Es cosa admitida que la memoria tiene su sede en algún punto de las zonas corticales del cerebro.

Se considera como cosa segura que la muerte de ciertas zonas del tejido cerebral importa la pérdida de la memoria, así como que ciertas intoxicaciones entorpecen el juego normal de la vida cerebral, son capaces de suspenderla, lo mismo que ciertas heridas que interesan el cráneo.

Existen varias categorías de memorias que el hombre puede perder separadamente, como también adquirirlas y desarrollarlas, como si tuvieran localizaciones separadas: memoria visual (como, por ejemplo, las de Colburn y de Mondeux), memoria auditiva (como la de Ynaudi), memoria de las cifras, de los nombres, etc., que pueden existir independientemente unas de otras.

Agregaremos que el ilustre hombre de Estado M. Poincaré goza de una memoria sorprendente, que ha demostrado varias veces. Cuando pronuncia un discurso tiene mentalmente su texto ante los ojos, puede decirse, y con frecuencia se ha divertido en probarles a sus oyentes, sin mirar nunca el texto, que en tal parte de su discurso cambió esta o aquella palabra.

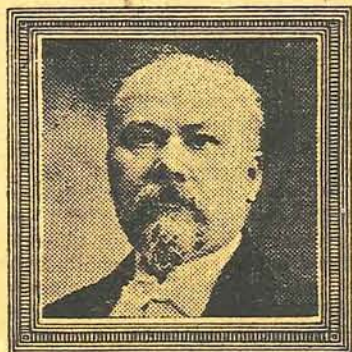
M. Ferdinand Brunetiere, el notable crítico, que fué director de la "Revue des Deux Mondes", tenía una memoria gráfica extraordinaria. Se cuenta que habiendo encontrado un día en la calle al novelista Edouard Rod, uno de los más reputados colaboradores de la revista, le dijo:

—Su último artículo es muy bueno. Sin embargo, tengo que oponerle veintidós objeciones...

—¡Veintidós!—exclamó Rod.

GEORGES MAUREVERT

(Para LA NACION)
PARIS, abril de 1930



Raymond Poincaré

—Tengo curiosidad de conocerlas.

—Pues bien, dígame...

Y Brunetiere comenzó su exposición. Lo interrumpió un transeúnte, pidiéndole un dato. Dió el informe y, como si tal cosa, siguió presentando sus argumentos. Al oír la décima séptima objeción, Edouard Rod tan lleno de maravilla como de espanto, le suplicó que cambiara de asunto.

★ ★ ★

Los ejemplos de los señores Brunetiere y Poincaré prueban que servicios puede prestarle una buena memoria a un intelectual.

Pero hay que confesar que este don prodigioso se ejercita a veces en una forma más bien negativa.

Tomemos, por ejemplo, el caso de M. Canar, un profesor del que se habló mucho en la prensa parisiense hace algunos meses.

Dotado de una memoria desconcertante a la edad de cuarenta y cinco años, puede contar no sólo su vida desde la más tierna infancia, sino, además, todo lo que ha visto y leído. Un "reporter" fué a verlo y le preguntó:

—Hoy es el 29 de diciembre de 1929. ¿Se acuerda usted de lo que hacía el 19 de diciembre de 1896?...

M. Canard fija la vista en el techo, reflexiona unos segundos y responde sin vacilar:

—El 19 de diciembre de 1896 hacía un tiempo hermoso. Ese día fui a visitar un amigo en el colegio de Pontoise.

—¿Y el 5 de marzo de 1907?

—El 5 de marzo de 1907 era un martes. Hacía frío. Los tres primeros días del mes fueron hermosos, pero en seguida el frío reapareció. El 5 se creyó que la lluvia suavizaría el tiempo; sin embargo, el frío duró hasta el 20, pero luego hizo muy buen tiempo, y del 24 de marzo al 2 de abril se gozó de una temperatura ideal.

—¿Y el 8 de diciembre de 1906?

—Era sábado. Yo estaba en Verdun. Hacía frío. El tiempo era nevoso. Fué ese día que murieron el rey Behazin y el escritor Brunetiere...

Etc., etc. M. Canar puede relatar detalladamente todos los grandes asuntos ocurridos en los últimos cuarenta años: el Panamá, el proceso Dreyfus, el proceso Steinhil, etc.

Recuerda todos los principales comunicados de la Gran Guerra, y conoce todas sus fases. En geografía dice imperturbablemente los nombres de las cabezas de partido de todos los cantones de Francia. Conoce el último censo de las quinientas ciudades principales de Francia. Enumera todas las estaciones que hay entre París-Brest y París-Belfort, líneas que, sin embargo, ha recorrido una sola vez... Todo lo que ve, todo lo que lee queda grabado para siempre en su espíritu. Y lo sorprendente es que M. Canar no ha hecho nunca ningún esfuerzo mnemónico para recordar cosa alguna. Las cosas se le inscriben por sí solas como en un disco de fonógrafo.

★ ★ ★

Es posible que el maestro Canar hubiera tenido un rival temible en la persona de un joven de 23 años, llamado Lasson, que, hace algunos años, lanzó al mundo un reto singular. Verdadera enciclopedia viviente, sabía de memoria cuarenta mil fechas relativas a los acontecimientos más notables que se han producido desde la creación del mundo.

Fué por pura casualidad que se dió cuenta de que poseía tan extraordinario don. En seguida pensó en utilizarlo. Compró un diccionario de las



Ferdinand Brunetiere

fechas, de Haydn, y se puso al trabajo.

Escribió en una hoja de papel de 50 a 500 fechas, las copió tres o cuatro veces, a fin de estar seguro de recordarlas perfectamente y no olvidarlas jamás. Después trazó otras cifras, y así se fué metiendo miles y miles de fechas en el cerebro. Ahora, según afirma, puede dar 40.000 respuestas correctas sin la menor vacilación.

También se dice que el humorista Tristan Bernard llegó a saber de memoria los nombres de todos los caballos de carrera, su pedigree, su edad y performances. Se asegura que también podía recitar trescientos versos de la "Leyenda de los Siglos", comenzando por el último verso del poema que se le indicara.

Y esto me hace acordar que el gran poeta y satírico Laurent Tailhade, que fué mi amigo, me contó, hace un cuarto de siglo, que cuando joven podía contar hasta tal punto con su memoria, que apostaba que iría al teatro Francés a oír la pieza clásica que se le dijera y que aprendería un acto entero oyéndolo una sola vez, dejándole la elección del acto al que mantuviera la apuesta con él.

Este es, sin duda, el género más precioso de memoria, y que siempre puede ser útil. Si todos los libros del mundo vinieran a arder, pongamos por caso, ¿cuántos no podrían reconstituirse de memoria? Novelas ninguna, seguramente, porque no se recuerda de ellas más que la intriga, y no se aprende de memoria el texto. Pero hay en Londres dos actores que forman parte de la compañía del teatro "Old Vic", Russell Thorndike y su hermana Sybil Thorndike, que pueden decir diez y seis piezas de Shakespeare sin cometer más de doce errores en cada pieza. Una actriz de la misma compañía, Florence Saunders, puede recitar todos los sonetos del gran dramaturgo. Sería curioso saber si existen en la Comedia Francesa actores capaces de reconstituir por completo los textos de Molière, de Corneille y de Racine.

En 1921 llamaba la atención en Turín un mozo de restaurante, llamado Giovanni Giorgi, que hubiera podido hacer este incomparable servicio a la obra formidable de Dante Alighieri. En efecto, este modesto servidor sabía de memoria las tres partes de la "Divina Comedia". Mientras que servía a la mesa, los clientes lo invitaban con frecuencia a recitar los versos de este o aquel canto, y Giovanni Giorgi, receptor extraordinario, los declamaba si se quería hasta el fin del canto sin cometer un solo error. Se hacen votos para que Mussolini aproveche de tan prodigiosa memoria y ayude a ese hombre, que la antigüedad habría honrado como a un dios.

El don de Giovanni Giorgi hubiera sido, sin duda, loado por el viejo poeta griego Simónides de Ceos, que escribió un tratado de mnemónica, y que hizo, en honor de la memoria, una oda en que decía:

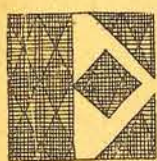
"Todo se marchita con el tiempo, pero el tiempo no envejece ni se corrompe, porque la memoria lo conserva"

"MÁSCARA BLANCA"

Por

EDGAR WALLACE

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA
CAPITULO XIV



El hombre que acababa de salir del patio le llegó el ruido de unos vidrios rotos. "Máscara Blanca" no necesitó poner en marcha su vehículo: el motor del taxímetro funcionaba sin estrépito denunciador. Abrió las ventanillas y echó una ojeada dentro del coche, en cuyo piso yacía, apoltonada, una figura humana.

—Doctor — dijo "Máscara Blanca", amablemente — lo lamento, pero tendrá usted que aguantar una jornada llena de incomodidades.

Podía haberlo abandonado, desde luego, para que lo hallasen los agentes de investigaciones. En ese caso, el "doctor penique" hubiera narrado lo sucedido, y eso no era de ningún modo deseable. El Dr. Marford había visto a "Máscara Blanca" con el rostro descubierto.

El vehículo inició una carrera veloz. Al pasar frente a la fachada principal de la clínica, "Máscara Blanca" creyó oír un rumor que delataba a alguien que intentaba franquear la puerta cerrada. En una esquina se cruzó con un policía; el agente le gritó:

—¡Buenas noches, Gregorio! "Máscara Blanca" no ocultó una sonrisa.

Las manos con que empuñaba el volante estaban mojadas y manchadas por el líquido rojizo que había vertido en el suelo y en las paredes del pasaje. Esperaba que aquel líquido daría la impresión de sangre y despistaría, por lo menos, a sus perseguidores hasta que entrase la mañana.

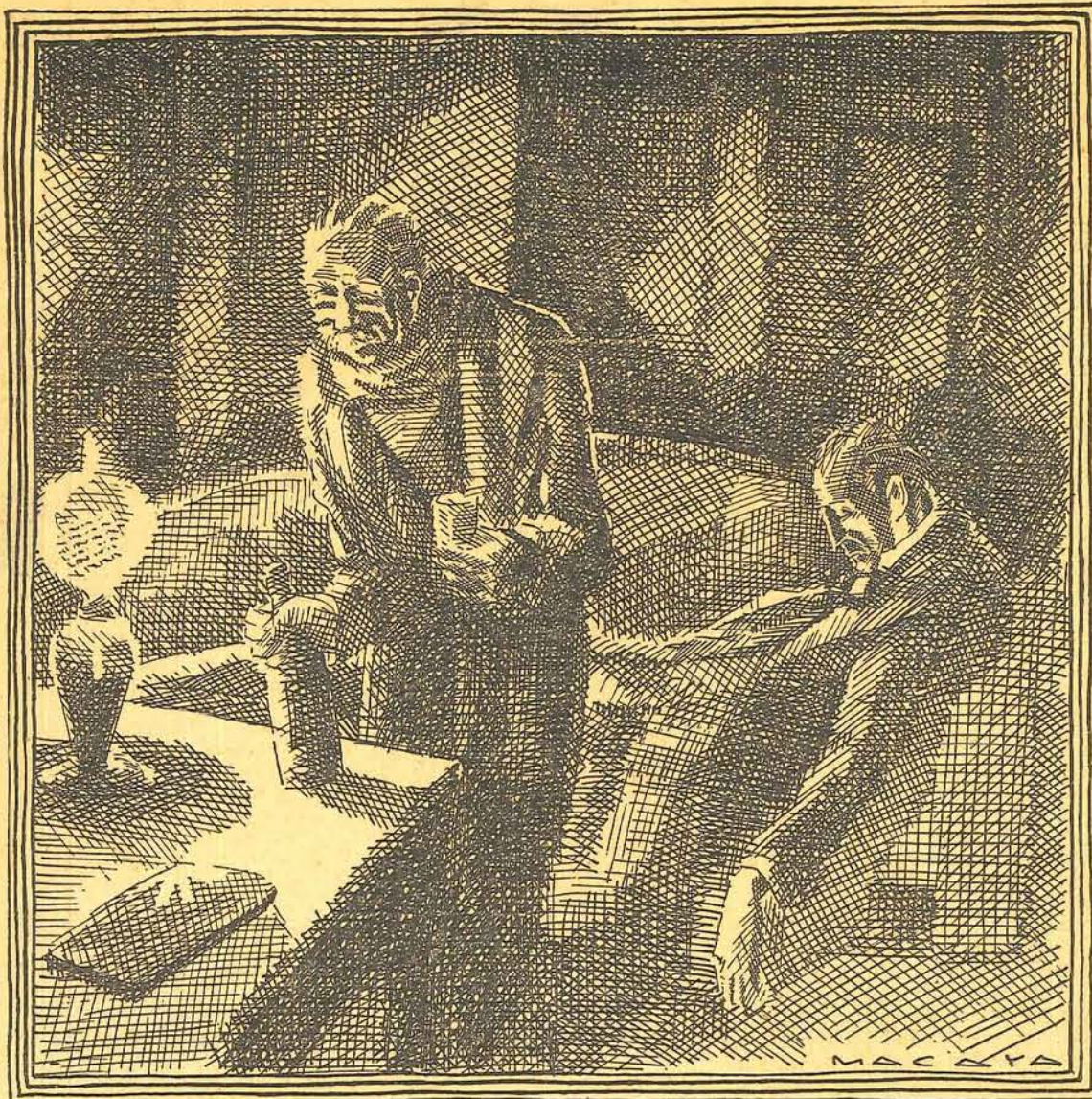
No disponía de mucho tiempo. Calculó mentalmente lo que tardaría Mason en transmitir por teléfono una descripción del automóvil a Scotland Yard, y también cuánto se tardaría en hacer circular la misma descripción por las comisarías londinenses. Consideró que contaba con una buena media hora, siempre que no se apartase de los suburbios. Siguió, por eso, en dirección al Norte y, media hora después, alcanzaba el arrabal de Epping Forest.

Era indudable que Scotland Yard telegrafiaría a las seccionales periféricas el número del vehículo. Por lo tanto, las circunstancias exigían que el fugitivo no se saliese de los caminos secundarios y que evitase los puntos estratégicos en que las patrullas policiales podían establecer un cordón. Con que la suerte le favoreciese un poco, llegaría a la pequeña granja sin ser reconocido.

Se encontraba esa pequeña granja entre Epping y Chelmsford, un viaje no largo si "Máscara Blanca" se hubiese atrevido a seguir una ruta directa.

Llegó, por último, a un lugar en que el camino se bifurcaba en un sendero campesino nada seductor, y se internó con el automóvil por él. Tenía que avanzar con extrema precaución, porque había apagado los faros del coche. El camino era muy escabroso, pero no tan malo como la huella carretera por donde, luego, enderezó el taxímetro. Por aquí se vio forzado a adelantar con muchísimo más cuidado. Lo único que le obsesionaba consistía en que ignoraba si el ruido del coche, marchando a poca velocidad, atraería la atención de algún policía curioso, aunque, al parecer, no sucedía tal.

No tenía noción de la hora.



Aproximadamente, debían ser las cuatro de la madrugada. No se vislumbraba ninguna claridad en el cielo.

Detuvo el coche junto a un viejo pajar, edificado al arrimo de un edificio chato y desproporcionado, y, con el motor en marcha, descendió, abrió la puerta del taxímetro y, arrastrando al doctor, que seguía en estado insconsciente, lo depositó

en la hierba. Después, imprimió marcha atrás al automóvil y lo introdujo en la puerta del pajar. Cerró la pesada puerta de éste y se encaminó a abrir el portón de la casa. Hecho esto, regresó al sitio en que había abandonado al médico y lo condujo a rastras al interior del edificio.

Fuera de unos cuantos objetos deteriorados e inútiles que

el primitivo propietario de la mansión no había estimado conveniente llevarse, la casa carecía de muebles. Una alfombra raída corría a lo largo del vestíbulo, y en el cuarto en que "Máscara Blanca" dejó su carga sólo decoraba la estancia un viejo sofá, que recibió el cuerpo inerte del "doctor penique".

"Máscara Blanca" permaneció

EL SECUESTRO DE LORD MARFORD

ció un buen rato contemplando a su prisionero.

—Fue un gran error suyo— dijo—intentar arrojarme a la boca del lobo, entregarme a la policía. Espero que no le pasará a usted nada malo.

Había adquirido la costumbre de hablar en voz alta.

Terminó su examen del desvanecido, salió en dirección al pajar y en seguida retornó con una pequeña botella de champaña y una caja de bizcochos: víveres de emergencia que guardaba debajo del asiento del automóvil.

Ya no precisaba el taxímetro. Emplearía otros medios de transporte en su viaje a Harwich. Y esos medios estaban al alcance de su mano. De semana en semana anotaba, con escrupuloso cuidado, en una lista las excursiones automovilísticas a los alrededores de Londres anunciadas. Una de ellas saldría a primera hora de la mañana desde Forest Gate hacia Felixstowe, y había decidido tomar por ese lado. Nadie se apercibiría de su presencia confundido entre un grupo de excursionistas.

El doctor significaba una dificultad. Casi hubiera sido mejor no traerlo; sin embargo, consideraba que hubiera sido también demasiado peligroso dejarlo en el Gallows Court.

"Máscara Blanca" bebió champaña en una copa que encontró en la cocina, colmó de vino otra copa y regresó con ella al lugar en que yacía el doctor. Colocó la lámpara encima de la mesa y, al lado de ella, la copa; se sentó al borde del sofá y aguardó, paciente.

Parpadearon los ojos del médico; luego, se abrieron y miraron, asombrados, los contornos, para fijarse, finalmente, sobre el hombre que estaba sentado al borde del sofá.

—¿En dónde estoy? — había roncamente.

—Está usted en una pequeña granja, en las cercanías de Romford — dijo el otro con tranquilidad —. Y puedo decirle lo que su amigo Mason ya ha sospechado: que yo soy "Máscara Blanca".

El médico lo miró con incredulidad.

—¿Usted?

El otro asintió.

—¿Fantástico, no? Pero pienso que usted lo sospechaba, asimismo, y que se preparaba a contárselo a sus amigos de Scotland Yard. No voy a cloroformizarle o a suministrarle una droga, ni a hacer ninguna de las cosas que suelo. A menos que esté yo muy equivocado, usted se dormirá pronto y se dormirá por muchísimo tiempo; y al despertarse, se encaminará al puesto de policía más cercano. Por si usted sabe conducir un automóvil, debo comunicarle que aquí, a dos pasos, en el pajar, hay un taxímetro... Yo utilizo, invariablemente, un taxímetro. El propietario — se rió al proferir esta palabra — de "mi" coche es el Sr. Gregorio Wicks. Yo utilizo, invariablemente, un taxímetro: el taxímetro de Gregorio Wicks. Le interesará o no algo esto que le cuento, pero me inclino a opinar que su inteligencia es incapaz de desperdiciar detalles esenciales importantes.

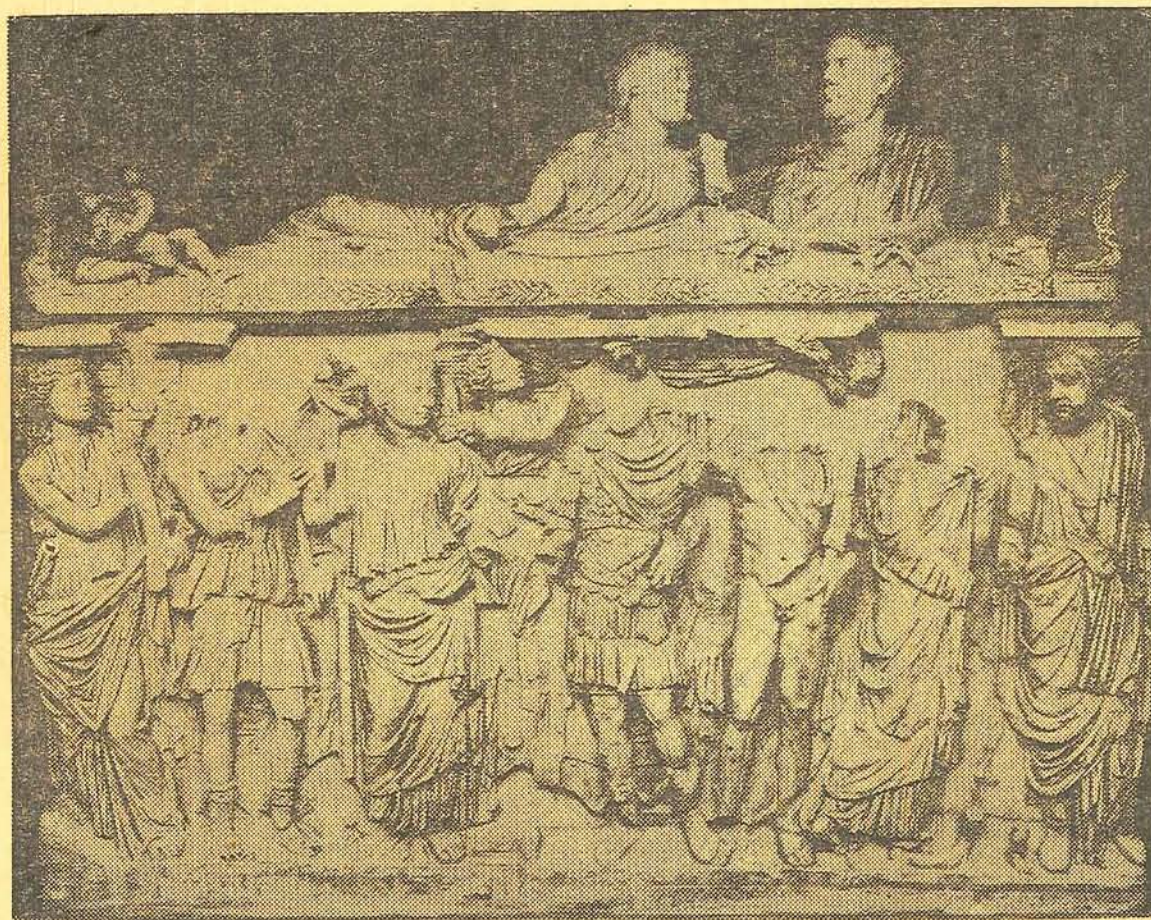
El doctor lo contemplaba fijamente.

—Vuélvase del otro lado — ordenó "Máscara Blanca" — y fué obedecido instantáneamente —. Cierre los ojos.

Esperó unos minutos, hasta que el narcotizado se quedó dormido y en seguida salió, llevándose la lámpara. Dió otra caminata hasta el "garage", reapareció con una valija y extrajo de ella los artículos que necesitaba para su "toilette".

(Continuará).

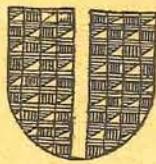
NUEVOS DESCUBRIMIENTOS EN LA VIA APPIA: CINCO ESPLENDIDOS SARCOFAGOS



En el cementerio de Pretextato, en la Vía Appia, que comenzó a desenterrar en 1850 el arqueólogo Gimbattista De Rossi, se acaban de descubrir en estos días cinco sarcófagos y una importante colección de inscripciones griegas y latinas.

Según el objeto que representan, se ha denominado a los cinco sarcófagos rescatados: de los Esponales, de la Caza, de los Amorillos, de Neptuno y del Arquitecto. Este último era el único que no tenía figuras, mas la circunstancia de que representa una rica casa romana y que ostenta en el arquitecabo esculpido los instrumentos del arte edilicio, lo constituye en el único ejemplar de su género. El sarcófago de los Amorillos, que muestra el grabado, resulta el ejemplar más primoroso de lo que han podido producir los cinceles romanos como expresión de gracia y de frescura. Es una procesión de amorillos, en la que parecen ya anticiparse las divinas creaciones de Donatello y de Della Robbia. El de los Esponales es una urna de dimensiones colosales, coronada por una cúpula en donde se yerguen semiyacentes las figuras de los dos esposos, dos retratos reales y fidedignos de carácter impresionante. En el lado anterior y en los laterales de la urna se mueven figuras que representan también a los esposos, siempre con las mismas líneas características de la expresión fisonómica de los momentos principales de su vida, que el artista ha querido fijar en el mármol.

BRIDGE EL SEGUNDO JUGADOR DECLARA



UNA declaración que podría ser correcta después de un "pase", puede no serlo a raíz de otra declaración.

El jugador que declara en segundo término, debe tomar buena nota de lo que dice el primero, de quién lo dice y cómo lo dice, ya que hasta la abstención, en algún momento, puede ser significativa. La actitud de este segundo jugador está, pues, en todo momento, supeditada a la del primero, que puede parar o declarar.

El primer jugador pasa. El segundo substituye entonces al primero y las situaciones relativas de los dos bandos se invierten, pues la iniciativa del ataque pasa a los que estaban a la defensiva, con la ventaja de conocer juego pobre en la mano del primer jugador. Work, el gran autor americano, da tal importancia a un "pase" del primer jugador que exige, en este caso, menos elementos al declarante en segundo término que los necesarios para declarar en primero. Cualquier declaración informativa o de ataques es, pues, absolutamente correcta en esta posición. Resulta una declaración voluntaria.

El primer jugador declara. El segundo jugador debe pasar y razonar la resolución a tomar a fin de escoger lo que

conviene de acuerdo a las necesidades del "score". Ante todo tiene que saber que el "bluff" no corresponde, ni conduce a nada sobre todo en su posición y con el antecedente de que el primer jugador, por el hecho de haber abierto el remate, dicen bien claro que tiene elementos fuertes.

Si la declaración del primer jugador (cualquiera que sea) conviene al juego del segundo, debe comprender que lo mejor es callar y quedarse a la espe-



♠ 3
♥ J
♦ 6-4-3
♣ 7-4-2

ra de los acontecimientos. Con ello tiene mucho a ganar y poco a perder.

La primera declaración ha sido en palo débil: trébol o diamante. Hay que tener presente que nunca es de alarmarse una declaración que no compromete el "game", como resulta por lo general del intento de ganarlo con esos triunfos, que exigen un mínimo de cinco bazas. Pero cómodamente y con carácter informativo, el segundo jugador puede también declarar otro palo en las mismas o parecidas condiciones que lo haría como dador, si ese palo implica el contrato mínimo, por ser de categoría superior al ya declarado.

Para que el segundo jugador pueda embarcarse en un "sin triunfo" a raíz de una declaración del primero, es indispensable cuidar ese palo, te-



♠ 8
♥ 8-7 5 4
♦ J-8 7
♣

NORTE	
Triunfo es pique. Sur tiene la mano. Norte y Sur hacen siete de las ocho bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.	
(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)	
SUR	

♠ K-9
♥ K-5
♦ Q-9 5-3
♣



niendo en él por lo menos una baza segura. Esto es tan fundamental como lógico, al punto de que debe considerarse ley inviolable.

El "doble informativo", que ha evolucionado la declaración, prevé el caso de no tener guarda al palo declarado y si fuerza en los otros tres. Su aplica-

ción, que he tratado por separado, viene también al caso en la posición del segundo jugador.

Otra condición indispensable para la declaración de "sin triunfo" es que debe tenerse, además del requisito mencionado, la cantidad de fuerzas reglamentarias que exige esa declaración, según uno de los tantos y buenos sistemas que lo reglamentan.

El dador ha declarado "sin

♠ 5
♥ Q-6-2
♦ 9
♣ J-8-6



triunfo" y el jugador, cuyos procederes estudio, tiene una mano fuerte de valor superior, tal vez, a las exigencias de un "sin triunfo" en primer término. Corresponde entonces el doble informativo que permitirá actuar a su compañero, sin poner en ello punto final al remate. Otra solución podría traer consecuencias poco satisfactorias. Veamos. En el supuesto de que el segundo jugador, algo deslumbrado con sus muchos elementos, decida declarar "dos sin triunfos", los riesgos que corre son muchos y pocas las probabilidades de éxito. Es de suponer que son las menos las cartas de valor que quedan (bien sentado la fuerza de las dos manos de los primeros jugadores que declaran) a repartirse entre el tercero y cuarto jugador. Algo de mala suerte, un doble apunto

y la peor parte será para el declarante de los "dos sin triunfos" que, probablemente, se verá forzado a maniobrar con un "muerto" totalmente inútil.

El segundo jugador, como mano fuerte, declara dos de un palo cualquiera, con el sólo objeto de inducir a los contrarios a aumentar el remate y conseguir así los posibles beneficios de un doble fructífero. Ello no se justifica, pues puede ocurrir muy bien que esa oferta maliciosa de "dos" quede firme y resulte contraproducente la maniobra. La declaración de "dos" a un palo, en la posición del segundo jugador, debe ser bien reglamentaria y verídica, llevando en sí no sólo la seguridad de cumplir el contrato, sino hasta la posibilidad de ganar el "game" si las circunstancias resultaran favorables.

Dos ejemplos al caso de juegos que pueden justificar esta declaración:

Piques - A - K 10 - 9 - 8
Corazones - A - XX
Diamantes - K - J - X
Tréboles - XX

K - J - 10
K - Q - 10 - 9 - 7
A - X
X - X - X

Es de considerar la trascendencia que entraña ganar un juego, sobre todo si es el "rubber" y esa oportunidad no debe ser despreciada; pero téngase siempre presente que los puntos que con ellos se alcanzan, pueden fácilmente ser anulados o compensados por imposiciones de multas, factor importantísimo en la liquidación definitiva.

LEON
CASABAL

NOTAS CINEMATOGRAFICAS EL SEPTIMO ARTE CARTA DE LONDRES

(Para LA NACION)

LONDRES, abril de 1930.



¿Qué ocurre en la industria británica de las películas parlantes? ¿Dónde está esa industria y cuál es su producción? He ahí dos preguntas que han sido formuladas repetidas veces en todo el Reino Unido, desde hace muchos meses.

Por de pronto, se extiende cada vez más la opinión (que en algunos círculos es objeto de quejumbrosos comentarios) de que los Estados Unidos tienen tan grande influencia sobre las empresas británicas del cinematógrafo hablado, que están en condiciones de hacer lo que mejor les plazca; más aun, que estarían dispuestos a aniquilar la industria antes de que logre desarrollarse. No hace mucho tiempo, varios periódicos informaron que más de cuatro mil salas del Reino Unido están equipadas con aparatos proyectores de la Western Electric para películas habladas, y que con dichos aparatos sólo se autorizaba la exhibición de películas de procedencia norteamericana. Si esto fuera exacto, tendríamos cuatro mil cinematógrafos británicos inhabilitados para pasar cintas parlantes, a menos que sus propietarios gastaran sumas elevadas para instalar dos clases distintas de aparatos.

Sin embargo, lo malo de todo esto no estriba en que los norteamericanos se hayan

adelantado a la industria británica, sino en que, hasta la fecha, no se ha hecho ni una sola película de la que pudiera decirse que "tiene un ciento por ciento de factura británica". Desgraciadamente, todas nuestras cintas han sido hasta ahora evidentemente inferiores a las que llegan de ultramar; peor aun, han sido pésimamente filmadas y sólo se concibe que hayan sido pasadas por la pantalla en son de meras novedades.

UNA SITUACION ALARMANTE

De estos datos y otros parecidos que contiene la prensa británica en los últimos meses se desprende que la situación es alarmante para nosotros. Y menos mal que tras detenido análisis de los hechos, me encuentro en condiciones de manifestar que las cosas no están tan mal como parecen.

Ante todo, es absurdo que pudiera haber en este país "cuatro mil cinematógrafos equipados con aparatos de la Western Electric". No había por lo menos hasta mediados de septiembre de este año más de veinte cinematógrafos con equipos parlantes. Además, se me asegura que las salas en donde se han instalado aparatos norteamericanos no se niega a ningún empresario el derecho de valerse de los mismos para exhibir películas habladas de confección británica. Todos los contratos están redactados en términos idénticos como si la sala estuviera ubicada dentro del territorio de la Unión y como si la empresa fuera norteamericana. Lo único que el empresario tiene que hacer es pagar un tanto por ciento anual a la Western Electric.

Por lo que a mí se refiere, diré que me he entregado en cuerpo y alma a la tarea de producir buenas películas habladas británicas y que hasta

la fecha no he sentido los efectos de la pretendida campaña norteamericana para estrangularnos antes de que hayamos adquirido mayor desarrollo. Claro está que la situación todavía no es risueña y que todos debemos exclamar al unísono: "¡Apúrense los fabricantes de películas habladas!" Hasta la fecha vamos muy a la zaga, quizá porque cuando esta nueva rama de la industria cinematográfica comenzó a surgir, los británicos no teníamos la previsión, el espíritu de empresa o el dinero suficiente para darle impulso. Mas si es cierto que nos conviene adelantar cuanto antes en lo que a cantidad de películas se refiere, no lo es menos que debemos marchar con gran cautela, con pies de plomo.

LOS DESATINOS

Dicho de otro modo: no podemos aventurarnos porque jamás nos convendría hacer las cosas mal. Más vale tarde que nunca; pero si aseguro que "cuando se lance al mercado cinematográfico la primera película hablada con un 100 por ciento de confección británica, ella tiene que ser 'mejor' que cualquiera de sus similares norteamericanas". Si esa cinta no estuviera cuando menos a la altura de las hechas en los Estados Unidos, nadie la vería con interés; la película hablada de marca británica será descalificada por el público, exactamente como hasta la fecha ha ocurrido con respecto a nuestras producciones del arte mudo. Triste es reconocerlo; pero hay que decir que el público británico no tiene el mínimo interés por ver películas hechas en el Reino Unido. Tienen una opinión bien pobre acerca de sus méritos. ¡Librennos Dios de que en la pantalla hablada nos ocurra lo mismo!

HERBERT WILCOX

Laurence Tibbet en la película, "La canción del vago"

HACIA LAS UNIVERSIDADES DEL TRABAJO EN FRANCIA



EBE confesarse que Francia no mantuvo en el último Congreso de Educación de Adultos el rango a que no ha mu-

cho tiempo hubiera podido aspirar. Si está en condiciones de prestar en esta materia muchas ideas, tiene en cambio pocas realidades que mostrar. Sus cursos para adultos siguen, sin duda, funcionando (más de 25.000 al año). Sus universidades populares no están muertas del todo (subsisten más de cien). Pero lo cierto es que no puede enseñar al visitante Escuelas del Pueblo como las de Dinamarca, ni una Escuela Superior Obrera como la de Bruselas, ni siquiera una Universidad del Trabajo como la de Francfort. En lo que se refiere a la cultura general de las masas, vacila y vive siempre tratando de buscar la fórmula.

Al terminar la guerra, sin embargo, habíanse dado a la publicidad bellos programas. También en este punto se esperaba una obra de regeneración a la vez que de reconciliación. Parecía más que nunca que el pueblo que había aceptado sin desmayos la parte de dura carga que le correspondía en la prueba formidable, estaba llamado a reclamar no solamente más bienestar, sino también más cultura. ¿No es, acaso, la cultura intelectual requisito de toda emancipación verdadera? Había llegado, pues, el momento de desplegar la bandera de un nuevo humanismo adaptado a la condición y las aspiraciones de las clases trabajadoras. Charles Andler, profesor del Colegio de Francia, autor de tantos luminosos estudios sobre Marx y Nietzsche, proponía llamarlo el "Humanismo Laborista". Renovando una idea cara a Proudhon, pedía que el trabajo se convirtiera en el centro de la cultura, que la enseñanza derivara del oficio, que las facultades, coordinando más racionalmente su esfuerzo, pusieran a disposición de un número creciente de obreros no sólo conocimientos de orden práctico, sino también de orden teórico, la fecundidad de los cuales se advierten en la lucha diaria que realizan en la fábrica contra la materia.

Se hace obvio que para llenar este programa el método de las universidades populares era insuficiente. Está de moda ofender con burlas altaneras a las universidades populares. Gurdémonos de cometer esa ingratitud. Sabemos la suma de esfuerzos que en ellas se ha empleado, y también que los resultados no fueron tampoco tan deleznable. Instituidas en su mayoría a poco de lo que se llamó "revolución dreifusiana", por intelectuales que querían "llegar al pueblo", han hecho posible, en efecto, acercamientos fructuosos. Han sostenido en numerosas ciudades de provincias hogares de amistad entre gentes de clases sociales diferentes. Y estos hogares no fueron solamente centros de recreo; constituyeron centros de resistencia en ocasiones en que el sentimiento republicano se dilataba. Más de uno entre los militantes demócratas o sindicalistas hicieron sus primeras armas en las tertulias de las universidades populares.

Pero no se hace con tertulias, por más bien encaminadas que estén, cultura obrera. Los intelectuales que dirigían las universidades populares no ofrecían, con frecuencia excesiva, a su público heterogéneo, más que conferencias sin nexo. El programa estaba confeccionado a base de piezas y trozos, al azar de las buenas voluntades reclutadas. Un régimen por el estilo podía abrir a las gentes perspectivas varia-



M. Albert Thomas, director de la Oficina Internacional del Trabajo en la Liga de las Naciones

das sobre horizontes próximos o lejanos, pero no les facilitaba progresos personales capaces de preparar el progreso de toda una clase.

¿No correspondía, acaso, a los representantes de los obreros organizados profesionalmente, a los sindicalistas, reanudar esta labor con nuevos bríos? El sindicalismo ha repetido con frecuencia que no quiere ser únicamente un instrumento de lucha para la conquista del bienestar; que desearía también renovar la cultura por la primacía del trabajo. Y estima que corresponde a los trabajadores dirigir tal movimiento. Ello no significa que para instruirse deban abandonar su competencia;

comprenden también que la ciencia, la ciencia antes que nada, supone un largo aprendizaje. Pero, al menos, su papel se reduciría a fijar ellos mismos la orientación que necesitan. En la Universidad Popular, el intelectual es quien determina el programa. En la Universidad del Trabajo, el programa debiera ser elegido por los obreros sindicados. En materia de enseñanza, de aquí en adelante lo que importa es que la demanda venga de abajo: este es el medio más seguro de que pueda responder a la oferta.

Se dice que la Confederación General del Trabajo hallase pronta a ponerse a la cabeza de una organización de ese género. Envió su secretario-archivero, Dubreuil, al Congreso que se ocupa de la educación de los adultos. Dicha organización otorga tanta importancia a la constitución de una Universidad del Trabajo como a la del Consejo Nacional y Económico, reclamada ya con tanta insistencia.

Hasta la fecha no hemos visto que se haya producido el plan esperado. Y tampoco vemos aparecer el movimiento de opinión que, procedente del seno de la clase obrera, suscitaría el plan necesario. Sin embargo, aquí y allá se advierte cómo surgen esfuerzos esporádicos cuyo interés no puede des-

MUERTES

*Cuando tumba una encina
que se desploma como una catástrofe
o abate un hombre en el que algo invencible
prolonga en el tiempo vibración de fama,
en la magnitud de lo consumado descubrimos su sello,
la señal de su paso;
y adivinamos en la sombra
el perfil de su majestad terrible.*

*Pero a veces borra una existencia
inadvertida y sin presagios,
como un trapo
borra un número en una pizarra.
¿Es — decimos entonces —
mandato digno de su imperio,
cuando una humildad dobla la espalda,
cuando calla una boca
sometido silencio,
alterar los pliegues de la túnica
para señalar con su índice demoledor de mundos
la insignificancia sin destino y sin huellas?*

*Sabemos que en toda vida
late como en un pulso el corazón del mundo.
Pero así como a la fealdad y a la deformidad
cierra sus puertas el entendimiento
y la piedad las abre, porque Dios lo quiere,
así rechazamos estas muertes
en que el dolor se infama en lástima,
estas muertes en que nuestra ceguera no advierte,
que se salve la dignidad de los hombres.*

CORDOVA ITURBURU



M. Jouhaux, secretario de la Confederación General del Trabajo

conocerse: son jalones de espera sobre los cuales mañana o pasado podrá edificarse.

Pienso en los programas de

CELESTIN
BOUGLE

(Para LA NACION)
PARIS, marzo de 1930.

conferencias y de visitas trazados por los grupos de origen sindicalista: por los miembros de la Federación Parisiense de la Edificación o por los Amigos de los Jardines. Los primeros han intentado inculcar a sus adherentes nociones de mecánica o de arquitectura, al mismo tiempo que eran invitados a visitar célebres monumentos, antiguos o modernos. Los segundos condujeron a su público hacia los parques y los establecimientos de horticultura, organizando para ello cursos de botánica y de geología. Percibese en todo esto un esfuerzo encaminado a arraigar la enseñanza en la vida, y, especialmente, en la vida profesional.

A las preocupaciones que ésta suscita se trata de responder por medio de conferencias y de visitas, que facilitan algunas ideas generales basadas en ejemplos concretos.

Pero, ¿es necesario que estos ejemplos se extraigan únicamente del medio profesional? Pese a la filosofía sindicalista, sobre la cual se fundó en otro tiempo tantas esperanzas, ¿puede considerarse como cierto que el oficio absorba completamente al hombre, hasta el punto de que una vez acabado su trabajo, no quiere instruirse más que en aquello que de algún modo se relaciona con su oficio? También es natural otro criterio: una vez terminada la jornada del trabajo, sucede con frecuencia que se experimenta el deseo de cambiar de aire, de abrir la ventana sobre horizontes más amplios. En este sentido, la cultura marca una emancipación aun en lo referente a las preocupaciones profesionales, tan absorbentes.

Agreguemos que es difícil encerrar una verdadera cultura en el círculo estrecho de una técnica. Quedan por adquirir un cierto número de "elementos" y de "principios" tan necesarios para el jardinero o el albañil como para el carpintero o el cerrajero. Por otra parte, al productor moderno, más que un conocimiento general de

la naturaleza, le es indispensable un conocimiento general de la sociedad, si se desea que aquél siga siendo un ciudadano, que posea una opinión y muestre su criterio sobre los negocios públicos de los cuales depende frecuentemente la prosperidad de las mismas industrias.

Uno de nuestros mejores teorizantes del sindicalismo contemporáneo, Máxime Leroy, se complacía, hace tiempo, en oponer el punto de vista del "productor" al del "ciudadano", como si el segundo debiera excluir al primero. Esta es una antítesis más, frente a la que es prudente desconfiar. Nosotros, sin duda, queremos, tal como lo preveían los san-simonianos, que "de modo más intenso cada día la administración de las cosas crezca a expensas del gobierno de las personas" o, más aun, según la fórmula proudhoniana, que "lo político retroceda ante lo económico". Sin embargo, ello está muy lejos de significar que el taller deba transformarse en una prisión para el pensamiento, ni que todos los hombres deban quedar sepultados en el agujero donde trabajan y peñan. Por el contrario, todos saben — la experiencia diaria nos lo prueba abundantemente — que si los profesionales diferentes no encuentran medio para unirse, si permanecen extraños los unos a los otros, la vida del conjunto nacional queda amenazada en el acto y el impulso de todos hacia el bienestar se paraliza perjudicialmente. Debido a ello, es de mucho interés que una enseñanza general superior dirigida a la "élite" popular, haga conocer y comprender a cada uno, no lo que está más cerca, sino lo que está más lejos de él, paseándolo por tierras desconocidas.

Por la misma causa, también es inútil que en otros medios, distintos a los medios puramente sindicalistas, se tome el pulso de las masas y se les ofrezcan instrumentos de cultura. Desde hace algún tiempo, las federaciones de las cooperativas parece ser que se preparan para esa tarea y conviene felicitarlas de ello. Ya es sabido que si no hacen gran ruido, realizan, en cambio, una buena obra a favor de Francia. Más de tres millones de familias — pueden calcularse, puesto que se trata de medios plebeyos, en más de diez millones de individuos — han aprendido a servirse de la palanca — el mejor instrumento contra la vida cara — que significa la Cooperativa de Consumo. Los dirigentes del movimiento gustan de repetir que no piensan solamente en el estómago de las masas, sino también en el corazón y en el cerebro de las mismas. Consagrándose a la organización de centros de cultura, preparando conferencias y visitas en las diversas regiones de Francia, capaces de atraer a los amigos de la cooperación, hacen transformarse en una realidad lo que hace tiempo acariciaban. El director de la Oficina Internacional del Trabajo, M. Albert Thomas, quien sabe mejor que nadie hasta qué punto el pueblo de hoy tiene necesidad de una cultura general, aceptó ponerse a la cabeza del movimiento y preside el comité general. Esperamos que estos esfuerzos, unidos a los de los sindicalistas, puedan darnos, en fin, los órganos que necesita para vivir la humanidad trabajadora.

Se ha repetido con frecuencia que las dos piedras fundamentales del futuro serán la Cooperativa y el Sindicato. Es posible que una vez unidas ambas piedras, veamos edificarse las Universidades del Trabajo, hoy echadas de menos.

CARTAS DE ITALIA EL COLABORADOR DE MUSSOLINI

FOR
LUCIO
D'AMBRA

(Para LA NACION)

ROMA, abril de 1939

licas negras acamparon a las puertas de Roma, ya dispuestas a abrirse, cuando el sol se levantase, ante las vanguardias del renacimiento victorioso. Pero antes de la "marcha sobre Roma" también hubo en las tropas negras los poetas y la poesía: poetas de un nuevo estilo, sin papel, sin pluma, ni lápiz, poetas-soldados que im-

lantándose a todos, más que ningún otro dispuesto a afrontar el peligro, desafiándolo con una leve sonrisa. Sin duda alguna, una de las más curiosas características del "colaborador" que más cerca está de Mussolini, es la absoluta obediencia y la rigurosa disciplina observadas en todo momento y aun conservando la propia personalidad que tan acusada está en él. Rodeado de una multitud de jóvenes diputados obedientes e idólatras, dada la devoción profunda que la personalidad del Duce inspira, este gregario y disciplinado "colaborador" manifestó claramente ante la cámara su desentimiento absoluto cuando se presentó por el Gobierno un

ro aparentando tan sólo treinta y siete o treinta y ocho años. Mussolini es de mediana estatura y con anchas espaldas. Alto, en cambio, delgado y esbelto es Francisco Giunta, Sobresaliente, dura, maciza, toda vibrante y reconcentrada voluntad, la barbilla de Mussolini. Casi esfumada, en cambio, dulce, suave y sin ninguna violencia, la barbilla que remata el rostro de Francisco Giunta. Pero contemplad detenidamente a los dos hombres: tan diversos por sí mismos, se parecen; en nada parecidos, sin embargo, se identifican. ¿En dónde reside el secreto de esta misteriosa analogía? En un solo punto: en la mirada. Observando los ojos del jefe y del gregario insigne: la misma indomable altivez, la misma penetrante mirada, el mismo reconcentrado fuego de intensísima pasión. Más brillante es la luz reflejo de un alma guerrera en los ojos tormentosos de Mussolini que es un "condottiero". Un poco más suave, más velada por una secreta e íntima dulzura es la luz en los ojos del colaborador, que también es soldado, pero un soldado-poeta. Y para que mejor me comprendáis, imaginaos los ojos de Garibaldi, para el que todo es realidad y acción, resultado contundente y preciso, epopeya eterna en la inmediatez crónica. E imaginaos junto a él los ojos de Goffredo Mameli, soldado, poeta, apóstol, arcángel de guerra, adolescente para el cual las cosas más vivas de la realidad tienen siempre un dejo de poesía y que hace de la milicia un no sé qué de misticismo y de irreal y de la muerte, a los treinta años bajo los muros de Roma, una transfiguración, no un fin, no una caída, no un fallecimiento.

Y el "colaborador" tiene, como el jefe, la costumbre y la inclinación de hacer intensas reacciones físicas para reposar los nervios exasperados por el continuo y extenuante trabajo. Creo que estando Mussolini y su colaborador al volante—autor el primero del "Código de Carreteras", que está siempre dispuesto a infringir en el loco ímpetu de la carrera el segundo—cada uno en su automóvil, a la misma hora y saliendo los dos por diferentes puertas de Roma, se lanzan por la blanca carretera a toda velocidad sin fin determinado y tan sólo por la voluptuosidad de correr, en el afán de liberar el espíritu de todo lazo, en la carrera y en el viento... A otras horas, en cambio, a caballo, intrépido jinete como Mussolini, Francisco Giunta se lanza en intrépidas y locas galopadas. El posee una finca a pocos kilómetros de Roma. Y tan pronto tiene una hora libre en el día, se escabulle y se escapa de los senadores, diputados o periodistas, y el subsecretario de Estado de la Presidencia sube en su automóvil, corre al campo, monta en su caballo, ya ensillado, y se lanza con él, jinete invencible, verdadero centauro, en el hermoso desierto romano, tan apreciado por la melancolía augusta de Chateaubriand, en esa inmensa llanura que entre ruinas y acueductos, notables arcos romanos y sepulturas de cónsules y de poetas, se pierde en dirección al mar y termina en dirección opuesta en los montes laciales que suavemente se dibujan en el fondo del horizonte.

Se ha dicho de Francisco Giunta que tan sólo un amor ha cultivado: el amor a Italia, y una sola expresión de amor: la energía. No cabe duda, en-



FRANCESCO GIUNTA, en quien tiene el Duce un verdadero "brazo derecho"

provisaron — palabras salidas del corazón, flamas en el viento de las cívicas pasiones — sobre las estrofas más apasionadas una sonrisa, un bello gesto, un acto heroico y sereno, durante una hazaña de leyenda llevada a cabo sin preocuparse, con el cigarrillo en los labios y los guantes puestos. Francisco Giunta, poeta de la vida intensa y azarosa, el más grande entre todos estos fieros poetas del ímpetu y de la acción, lírico y hasta casi diría místico cantor de la "expedición correctiva", que vivió durante varios años componiendo, como si fuesen estrofas, sus heroicas jornadas cívicas. Se cuenta de un mártir de la independencia italiana, descarado y poeta, que ante los austriacos y la muerte se puso guantes blancos para subir al patíbulo. También Francisco Giunta, hombre de la misma raza, poeta de la misma vivida poesía, en Trieste, en los años de fuego del desquite, dirigía una reñida acción contra el periódicismo comunista "El Lavoratore", contribuyendo a ella con las manos enguantadas, la flor en el ojal y al brazo un ligero abrigo y llevando como única arma un junquillo, lo mismo que si saliese de un banquete, que por aquel entonces le dieron en el Savoia. Y siempre fué así Giunta en las tormentosas horas: aislado, distante, individual entre millares de hombres, figura de jefe, ade-

batas. Pero en medio a tanto amarillo hay una preciosa nota negra, severa, austera, imponente: son las camisas negras, las primeras camisas negras de una escuadra creadas a impulsos de un legionario de Fiume. Pasando en revista a sus hombres, Francisco Giunta es quizá el primero que haya tenido la visión de aquel otro negro que en marcha hacia Roma irá más tarde hacia la revolución, hacia la renovación nacional. Y aquel negro le parece que responderá—como ya el rojo simbolizó a la hermosa y aguerida aventura de la epopeya garibaldina—, aquel negro le parece que responderá plenamente al destino de los ciudadanos reunidos en grupo, en falanges, en fascas, en legiones, no como una diversión política, sino movidos por vehemente pasión cívica y tan sólo con el fin de "vencer o morir". ¿Qué es lo que ocurrió después que Francisco Giunta tuvo esta primera impresión? Lo ignoro. De lo que no cabe duda es de que en Trieste las camisas negras reemplazaron a las camisas de color caqui. Y en Milán, el jefe Mussolini aprobó la elección, de tal forma que la camisa negra de Trieste fué, por orden del "Condottiero", la camisa fascista de toda Italia, la señal precursora de la revolución, la forma pintoresca de atraer lo máspreciado de la juventud italiana y de convertirla de repente —en contraposición con el rojo de las banderas revolucionarias izadas en los tejados de las fábricas— en negra ola temible e inquietante, en tenebrosa tormenta del orden contra el desorden, temporal cargado de electricidad, cielo encapotado en el que de continuo brillan rayos de oro de las saetas para que, de improviso, resplandezca el arco iris en un horizonte purificado y ya sereno.

El fascismo en sus principios no tuvo poetas: tan sólo tuvo un canto y le bastó. Pero desgraciadamente, el tiempo corría veloz y las jornadas del físico y moral cansancio se sucedían las unas a las otras, sin interrupción, sin pausas, desde los amaneceres a las puestas del sol, y hasta casi sin noches, de modo que no quedaba tiempo alguno, como en otras más lentas y templadas batallas ha sucedido, para coger la pluma y dedicarse a dictar rimas. Según cuentan, los grandes poetas, Tirteo y Chénier, de la guerra y de la revolución, escribieron una canción, un himno, una estrofa sobre el revés de un escudo o sobre la piel tirante de un tambor en algunos de aquellos campamentos de los sansculottes. Pero los poetas de la época fascista ni esto siquiera pudieron hacer; pues durante tres años la acción fué continua, interminable, sin descansos ni reposo. De tal modo que el único descanso que el fascismo logró en su marcha, fué aquella noche estruendosa en que las mi-

TODOS los días, en las primeras horas de la mañana, en el Palacio del Viminale, los militares fascistas de improvisa se cuadraban, los ujieres se levantaban de un salto y por todo el palacio donde tiene su sede el Ministerio del Interior los timbres suenan. Rápida, ágil, llevada por una mano infalible en las encrucijadas de un patio a otro, la hermosa Fiat conduce al Presidente a su trabajo. El mismo está al volante. Desde el auto a la cabina del ascensor apenas unos pasos y arriba, en "su" habitación, desde la ventana, dando una ojeada a la capital, a la Roma "suya", donde las dos Romas reconciliadas todavía no se han despertado. Mussolini recibe al general de los carabinieri, que lee el informe sobre el orden público, y de ese modo toma el pulso y comprueba la salud nacional. Pulso siempre excelente, pulsaciones siempre regulares, salud a toda prueba, corazón y arterias en perfecto estado, ni la más leve indisposición. El general de los carabinieri, cuadrado, sonríe beatíficamente. Mussolini, seguro de sí mismo, no sonríe ni ríe, pues nunca depone su dura fisonomía de autoridad ante los hombres de la disciplina y de la obediencia. Al poco tiempo un timbre suena. Y tan pronto el general sale por la puerta de la izquierda, que la otra de la derecha se abre. Un hombre joven, alto, delgado, fino, con un bello perfil de medalla antigua a lo Pisanello, entra, vestido con un elegante traje de mañana. Pero también él, como un soldado, juntando los talones, se cuadraba ante el Duce, que ya se ha sentado ante su mesa de trabajo, con los ojos fijos en los papeles. La mano alzada para marcar el saludo romano, al cual, sin pronunciar palabra, el Duce ocupado en leer, responde con una inclinación de cabeza. Después, rompiendo el silencio, una voz, la hermosa voz clara y metálica, la hermosa palabra toscana del gregario inmóvil y atento, pronuncia las primeras palabras de la cotidiana relación. Que es él la otra Excelencia, el colaborador inmediato y cotidiano, la fidelidad que más cerca está del Duce, el subsecretario de Estado en la presidencia del Consejo, Francisco Giunta, una de las más bellas y gallardas y generosas y heroicas figuras del nuevo régimen y, desde luego, no una de las últimas victorias personales en la gran victoria colectiva, sino más bien un verdadero santo del heroico apostolado, la más ardiente sentinela de aquella lejana víspera, uno de los más importantes "cuori di fuoco" (corazones de fuego) de los primeros nuevos corazones garibaldinos que bajo la "camisa negra" latieron y es muy posible que él mismo haya inventado. En Fiume, durante la épica aventura d'annunziana, la Compagnia della Morte, en torno al poeta, ya usaban corbatas y jerseys negros. Pero la verdadera camisa fascista apareció poco después, cuando en Trieste, siguiendo el ejemplo de Milán, se constituyeron con Giunta, en forma militar, las escuadras de los "fasci di combattimento". Pero la camisa de los primeros fascistas era entonces color kaki y sólo por las corbatas se distinguían unas escuadras de otras: algunos la tenían azul, otros verdes, los demás azul marino, muchos negra. Y Francisco Giunta, combatiente, fascista, abogado florentino, adicto a Mussolini entre los primeros, dirige y ordena estas escuadras de los multicolores cor-

RIQUEZA DE NOMBRES Y UN GRAN POETA NORUEGO

Por
NORAH LANGE

y la cantidad de divorcios que se realizan allí.

OLVIDANDO muchos nombres, se llega por fin al de Herman Wildenvey. Poesía directa y original. Sensación de belleza honda. Herman Wildenvey, el mejor poeta noruego actual, nació en Eker el 20 de julio

a veces intensamente seria. Tiene un poema religioso, "Marie Magdalene", en donde cada línea adquiere una tenacidad especial.

Fué el poeta de la juventud. Es "un poeta encantador". Yo lo vi una sola vez, en el Teatro Nacional, el día que Knut Hamsun cumplió 70 años. Wildenvey leería un prólogo en verso, escrito en honor del prestigioso autor. El Rey y lo mejor de Oslo hallábanse congregados para aquella función de gala. La emoción de ver por primera vez a un poeta noruego ponía intensidad en cada minuto que transcurría. Por fin se alzó el telón. Apareció Wildenvey. Saludó serio, casi demasiado serio, al público y luego al rey Haakon. El público, como todo público noruego en una representación de gala, lo recibió con estrépito muy discreto. Después que el rey Haakon hubo pasado revista a la sala, donde cada dama creía que era hacia ella a quien S. M. dirigía sus gemelos, comenzó el poeta a leer.

Cuando se lleva sólo unos meses en Noruega, no es cosa fácil interpretar en seguida la voz de un poeta que dice su propia obra en un idioma apenas familiar. Sin embargo, a Wildenvey le seguía maravillosa de una estrofa a otra, de un sentimiento a otro, mientras jugaba con las palabras, logrando siempre el resultado mejor.

Tiene otro poema de alta riqueza, que leyó una noche semiensombrecido por la tristeza del alcohol y acaso del recuerdo. Es un poema titulado "Cuento para Ellen", dedicado a una pequeña que ha de morir. Es casi la más noble de sus producciones. Nos alcanza esa noble sencillez que tienen las cosas sentidas y dichas como para dar sosiego a la tristeza y hermosura al instante que se va. En ese poema ha puesto ternura seria, ternura



Herman Wildenvey

de 1889. Aunque de más edad que los poetas nuestros de vanguardia, sus libros dan la sensación de cosa fresca, perfectamente realizada, de un debutante veinteañero. Sus mejores poemas son aquellos en que emplea un medio tono serio para cubrir con humorismo alguna pena.

El público noruego lo aplaude y lo prefiere en algún café de cristales empañados, mucha nieve en las calles, cuando después de unas copas recita sus versos con una emoción quieta, los cabellos caídos sobre la frente, el gesto despreocupado, la mirada soñando.

Wildenvey aparece aislado, lejos de la multitud de poetas jóvenes, superior a todos ellos. Su poesía es clara y elegante,

gos". Son dos monumentos de tamaño natural, de color opaco, grave y sencillo.

Jonas Lie. Alexander Kielland. La calidad de éste como escritor es excelente. Su mejor obra teatral es "El profesor". En sus libros figuran todas las personalidades destacadas de su ciudad natal, Stavanger. Cuando no tenía más que 42 años, después de haber producido cosas de tanta importancia como "Nieve" y "Jacob", su última y fuerte novela, dejó de escribir, repentinamente. Vivió 15 años más sin acertar a escribir una hermosa frase. Algunos opinaron que ese final literario súbito debía-se a que su tema de elección, tipos de Stavanger, políticos, curas, damas, ya había sido suficientemente usado. Ello no obsta para que su nombre se cite siempre entre los primeros.

Amalie Skram. Gunnar Heiberg. Nils Collett. Vogt. Teodor Caspari.

La aparición de Knut Hamsun señala un nuevo rumbo. El premio Nobel le ha dado más prestigio del que en verdad merece. Ello no quita valor a una de sus obras premiadas: "Hambre".

Hans E. Kinck, Nils Kjaer, Johan Bojer, Peter Egge, tienen actuación destacada en las letras. Johan Bojer ha escrito un libro magnífico: "En pilgrimsgang" ("Peregrinación"). Es de una fuerza extraña y desconcertante, que a veces irrita. Amor maternal que se revela de golpe, y demasiado tarde.

Thomas Krag. El popular y sentimental Bernt Lie, autor de "La hermana Judit", cuyas descripciones de la Noruega del Norte son estupendas.

Más nuevos ya, los nombres de Sigrid Undset, Olav Dunn, Barbra Ring. De esta última, el libro "Esposas jóvenes" indica bien la vida en Noruega

que es, desde luego, el "peor de los enemigos". Su "últimatum" fascista a los comunistas tiene tal poder, que los llega a desconcertar cuando más dueños de sí se creían: "¡Dispuestos estamos a matar y a morir!" Pero también son gestos suyos los gestos generosos, caballerescos, humanos. Cuando un enemigo, ya sea un croata o bien un comunista alejado de los suyos cae entre los fascistas para pagar con su vida el mal de todos, Giunta para el ímpetu de sus tropas y haciendo con el escudo de su cuerpo un escudo al enemigo, le da facilidades para que se escape en su propio automóvil. ¡Magníficos gestos de humanidad en la victoria! ¡Sublimes gestos de humanidad en la victoria, de magnanimidad en el castigo, de perdón humano en la condena política! ¿Y no es acaso esta misma generosidad, esta misma humanidad la que, no obstante la impasibilidad de su rostro, mueve también el corazón del Duce y del jefe?

Pero no es todo acción en la vida del "colaborador", como no son todos hechos políticos o guerreros en la de Mussolini. Pues si bien el jefe del fascismo, en los descansos de la la-

ROALD Amundsen! Fridtjof Nansen! ¡Júbilo de los nombres en las largas veladas noruegas, en esos pueblos del Norte, donde el sol brilla desde marzo hasta febrero, habiendo obscuridad desde noviembre a enero...! Pausas lentas, esas tardes sin poniente. Pausas que se van llenando de nombres. Nombres que luego pasan de padres a hijos con la ternura de las cosas heredadas. En ciudades como Trondhjem, Bergen, Oslo, de cristales empañados, habitantes de cultura alta, ¿qué júbilo no ha de alcanzar esa posesión de libros buenos, de nombres buenos?

¡Y la calidad de esos nombres! Empezando por Ludvig Holberg (1684-1754) y sus famosas comedias. A propósito de Holberg, Kristian Elster (h.) cuenta que cierta vez el prestigioso autor encontró por la calle a dos engreídos que se pusieron en su camino, manifestándole que no se harían a un lado por un tonto. Holberg, entonces, con exquisita galantería descubrióse, y apartándose para darles sitio, dijo: "En cambio, yo cedo el paso a dos".

Después de Holberg, Henrik Wergeland, figura interesantísima que marca una época. Murió el 12 de julio de 1845. Hasta el día 10, trabajador infatigable, a pesar de la enfermedad que lo mataba, continuó escribiendo. J. H. Wessel, el gran humorista, autor de "Amor sin medias". Johan S. Welhaven, Ivar Aasen, los cuentos de hadas y leyendas de P. Chr. Asbjornsen.

Luego Camilla Collett, hermana de Wergeland y novia de Welhaven. Su diario es una obra maravillosa; publicó a los 42 años su libro "Las hijas del magistrado", la primera novela noruega de tendencias modernas.

El 20 de marzo de 1828 nace Henrik Ibsen. ¡Su nombre es tan conocido para la felicidad de tantos! "Brand" y "Peer Gynt", "La dama del mar" y su epílogo dramático "Cuando los muertos despertamos..."

Ibsen, después Bjornstjerne Bjornson. La gloria máxima repartida entre los dos monumentos de la literatura noruega. Autor del Himno Nacional, se le recuerda cada año en oportunidad del 17 de mayo, aniversario de la independencia. "El sistema nuevo", "Leonarda", "Paul Lange y Tora Parsberg", "El capitán Manzana", "Las manos de la madre", entre otras obras, le otorgaron inmenso poderío. Frente al Teatro Nacional de Oslo se encuentran las figuras de Ibsen y Bjornson, los dos "malos ami-

tre los apasionados él es el más apasionado de todos y en un pasado heroico él más que ningún otro se abrasó. Encuentra a Mussolini en Roma en 1919 en una gruta donde los que vuelven de las trincheras complotan contra el Gobierno que menguó el valor de la victoria. Y al poco tiempo, en el congreso de los combatientes, sin pérdida de tiempo, quiere que se eche inmediatamente a Nitti del gobierno y aconseja a los ex soldados victoriosos que declaren en el Campidoglio—municipio, entonces presentes en Roma Mussolini y D'Annunzio—la disolución de la Cámara y proclamen la revolución para salvar la patria. Más adelante será él quien en Trieste romperá la cadena de los comunistas y de los croatas unidos todos contra Italia en la ciudad adriática, después de ganada una guerra. Otro día, cuando los croatas matan en Spalato al comandante Gulli, de la nave real Puglia, Francisco Giunta se dirige con sus tropas, para incendiarlo, contra el palacio triestino del hotel Balcan, y sin armas, sin revólver, pero sí con un corazón bien templado, arremete contra todas las asociaciones esclavas atrincheradas allí y

que se dice con la mano al acariciar la mejilla de un niño. Ternura sería con un poco del júbilo que merece la vida. Riqueza en el sentimiento, sencillez en la fuerza.

Y su voz le habla así a la niña: "Querida pequeña, que yaces moribunda—Deja que te invente una aventura—la última.—Pronto has de zarpar en un mar desconocido y grande—Y tu ataúd de flores blancas será tu barco".

Después le promete otras cosas para su cielo infantil: "Y los caballos del cielo arrastran tu regio cochecito—Oro y piedras centellean bajo el arco del portón de perlas—Y tú crees que es una iglesia en la parroquia de San Pedro, cuando contemplas la sala celestial, más humilde".

Y su ternura continúa así, prometiéndole aventuras que nunca serán "la última" en ese cielo "donde su infancia nunca morirá".

Luego, para el amor, su tono cambia. A veces es juguetón, seguro. Otras irónico, y dolorido. Así es mejor, cuando canta alguna pena, acaso porque en la pena todos tenemos una segura realidad compartida. "El llegó cuando ella era pálida como un lirio, — y partió cuando tenía rubores de sueño después del juego — Rosa en capullo — mas pronto dos ojos que despiertan, buscarán al pájaro. Sale el sol", y luego "opreme un ramo de lilas muy blancas como si se extinguiese una mano presa en la suya. Como si cerrara su mano sobre la inocencia que su espíritu abandona".

Hasta que "piensa en el jardín de donde ha partido—en el lirio que tronchó—en la rosa que le dieron. En todo ello piensa. Inocencia, rosa, lirio. Obedecieron la voluntad del estío. ¡Florecieron y cayeron!"

¡Lástima que su voz en aquella noche de frío no pueda repetirse. Lástima también que muchos, muchísimos, no le hayan visto, los cabellos caídos sobre la frente, las manos apenas inquietas, los ojos velados como si pensarán.

Ha realizado también una traducción perfecta del libro de Paul Gélard "Toi et moi". En esas horas largas, tranquilidad de luna sobre caminos nevados, los poemas de Herman Wildenvey adquieren un alto significado de felicidad.

Noruega, casi patria de la literatura que no decae, posee una riqueza más al contarle entre los suyos.

JUVENTUD DE MICHELET

(Continuación de la pág. 5)

en la tarde otras cuatro: este horario formidable dará los 40 volúmenes que le contamos.

La vida de familia corre descolorida y neutra del lado de la mujer, próxima y extraña al marido como la pata de su mesa de escribir; el padre viejo es la única viga de afirmar esa casa y de confortar y dar alegría al hijo. Conmueve como un capítulo de la Odisea ese viejo donoso que cuenta la Revolución en la parte popular, con argot sabroso, y que da a Michelet en la cara el resuello, tan grato para el demócrata, de las multitudes. Además de contar, el viejo lee. Cuando los ojos del hijo se caen de cansancio encima de un libro de consulta, el padre lee horas y horas, hasta que Michelet se le duerme; entonces él, cariñoso, le acomoda la almohada y le pone su caricia viril en la cara. La otra confortación le viene del éxito total de la "Historia Romana"; la batalla del escritor quedó ganada definitivamente con ella antes de los cuarenta años, o sea en el tiempo en que le gusta a Ors que "el hombre gane": si gana muy temprano se embriaga con la copa y hace disparates como los niños a quienes se da de beber; si gana muy tarde, llega con cara trasnochada y amarilla a su propia fiesta...

P O R
A L E X
V A N E Y C K



AMOS a contar la historia del estudiante muniquense. Era un estudiante; tenía, vale decir, el entusiasmo a flor de piel y la piel, excitable, a flor de alma. Pero el entusiasmo cobra hoy en el mundo monedas nuevas y en aquella ciudad de que hablamos, en Munich, revestía formas serenas: los niños construían puentes en las calles anegadas—ese era su entusiasmo —, el amor era un intercambio de títulos de renta, los éxitos eran una escala recorrida normalmente y sin triunfo. Todo era severidad y adustez, ambición; cada sonrisa podía llegar sólo hasta el primer diente de oro.

En las rectas calles de la ciudad los hombres y las mujeres se solían encontrar: cambiaban un saludo escueto, pasaban, todo era como en esos universos laboriosos que los sabios escudriñan. El estudiante del caso vivía en la Universidad, lejos del tumulto. Nada lo substraía de sus sistemas. Amaba a Einstein como a la gimnasia sueca, a Dios como a la crítica de la razón pura. Su equilibrio era perfecto. Pero una tarde, alejado en valles que se parecían a la Engadina directa de Nietzsche, austeros y yermos, visitados por densos fríos, mientras meditaba estrictamente la media hora cotidiana de estricta meditación, su espíritu tuvo un accidente. (Hacia tanto frío que los árboles se inclinaban los unos hacia los otros; al fondo de la ciudad estaban los montes blancos). Su espíritu dió con un accidente: una joven, llena de rudos aires campesinos, pasó por su lado de prisa. El joven estudiante se detuvo. Era tan bella que podía hacer temblar. El joven estudiante sintió como una súbita vacilación de su equilibrio. Se apartó, huyó, llegó jadeante a la Universidad.

Fué en vano que equilibrados discípulos lo atendieran. Su palidez persistía y el corazón acusaba un ritmo atemorizante. Al cabo de seis días, de una semana, lo declararon inútil. Sus amigos le instalaron un quiosco de beneficencia para que vendiera flores y exhibiera suspiros. También le llamaron, en adelante: Noventa Pulsaciones". Tenía honrosos antecedentes en la historia. Platón parecía uno de ellos y el Alighieri, demasiado poco terminante ante Beatriz, era un perfecto Noventa Pulsaciones.

Este joven sobraba en una juventud precisa, fría, hecha "standard", como los jabones de cualquier factoría yanqui. Esta juventud domina hoy, persiguiendo móviles veloces. ¿Cuántos descubren hoy la elegancia discreta de la verdadera casa de elegancias? Lock, en Londres, sombrerero extraordinario, oculta su categoría en una aparente miseria. Pocos descifran ya su sello, el único capaz en estos días de haber satisfecho a aquellos elegantes de Adelphi Terrace que buscaban el hábito con un aire viejo, lleno de austero carácter. Todo el mundo prefiere hoy las casas de escaparate promisorio. Squarenina en Viena, Burlington en Londres — toda la calle Old Bond —, los negocios romanos de la piazza Venezia, Barclay en París. Lock es el último baluarte de una elegancia desaparecida. La pequeña casa de St. James Street, cuando los turistas la buscan pensando en un gran lujo, aparece miserable, con un solo escaparate en el que vegetan tres polvorientos sombreros de la época de "The



Entrada de invierno

Grays". Nada está a la vista sino esa expresión de una época grave, de una época en que la elegancia era rotunda, austera, y se extendía desde la frase feliz y el modo de pensar hasta los puños volados de una manga perfecta. Jean Cocteau habla así de la sombrerería Lock en su novela "Le Grand Écart":

“Existe la elegancia verdadera en Londres, sabe usted—dijo él—. Frente a Rumpelmeyer, por ejemplo... el pequeño negocio de Lock. Es una casa muy negra y muy pequeña; tan pequeña que los dependientes clavan los cajones en la calle. Todo el carbón de Inglaterra (y Stopwell — el que hablaba — adopta la voz de Macbeth al pronunciar la frase ilustre: Todos los perfumes de Arabia), todo el carbón de Inglaterra ha hecho ese pequeño diamante. Detrás de la vitrina se ven viejos, muy viejos sombreros, sombreros de un siglo, blancos de polvo. M. Lock no los cepilla nunca. Y si Lord Ribbledale se prueba su sombrero... entonces, sabe... es magnífico”.

Y en efecto, al que haya visto una vez la pequeña casa de la calle St. James—como yo la vi una tarde a la hora en que las corrientes humanas regresan sombrías de Hyde Park—un poco al margen del ruido lujoso de Piccadilly, con su aspecto de ruina acabada por un incendio y sus filas de cajas blancas, no podría escapársele la idea de que allí sólo, en aquel refugio, está la elegancia del mundo.

EL LIBRO DE MODA

Así como todas las mujeres elegantes del mundo leen en estos días "La mujer que mandó quinientos millones de hombres", la especie caballeresca que lee a Carlyle sin particular constancia y comenta aventuras casi de amor—una dama o varias quedan al cabo de esa justa mal—alterna en estos días la lectura del "New York de Morand con algunas páginas del poeta belga Jacques Chennivière. Cofundador del unanimismo y reconocido en Francia como uno de los más claros líricos de la lengua, Chennivière ha publicado hace poco "La jeune fille de neige", libro en el que se relata una historia maravillosa en el más maravilloso escenario concebible.

Chennevière pertenece a esa joven generación ginebrina que sorprende a las adolescentes en

CARNET DEL HOMBRE ELEGANTE

su aparición matinal, a lo alto del Mont Blanc, en las cercanías de la isla del Hombre Sincero. La ciudad más fresca del mundo—qué claridad entre muros, en las fabulosas joyerías, en las casas de banca, en las cervecerías con una dama rubia entre jarrones decorativos—provee a esos poetas de mujeres sin comparación, dotadas de unos ojos que el cierto cristaliza aclarándolos. Los novelistas suizos proceden todos de una fibra lírica intensa y se especializan con método en la descripción de un mundo móvil, adolescente y femenino que se mueve por las mañanas, junto a las graves escaleras del Palacio de las Naciones (S. D. N.), y se ven deslizarse desde la calle, por sus propios pies, a través del Lago Lemán.

“La jeune fille de neige” tiene la substancia del hielo de esos lagos; debajo no hay más que calma u ondulaciones profundas.

MISCELANEA

Fuera de toda duda, el mercado de la elegancia británica impone todas las temporadas el estilo que un universo adopta de inmediato; sólo los sastres de Roma, sobre aquellos modelos, recalcan algunas líneas y, por lo general, exagerando, acentúan y precisan los detalles. Con referencia al traje del "smartman" decía, hace poco, una famosa revista del mejor gusto norteamericano:

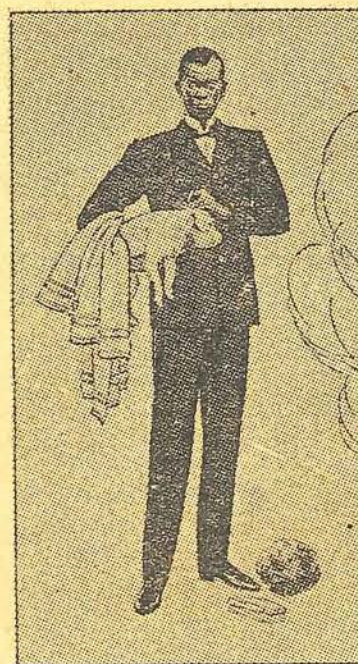
mejor gusto norteamericano. "Los chalecos cruzados se usan cada vez más (con el traje derecho, por supuesto) y muestran los botones colocados a destacada distancia unos de otros, con lo que la prenda parece más corta en la cintura. También evidencian bien anchas solapas. Uno de los nuevos sastres de moda, Playdell and Smith—, que son los preferidos en Londres junto con Anderson y Sheperd y Kilgour and French—cortan los pantalones con un pliegue muy ancho en lugar de los dos que se usaban habitualmente en la cintura. Tal es el rasgo que caracteriza y define la caída delantera del pantalón".

En cuanto al color de moda la misma revista anuncia la reaparición del marrón, con finisimas estrias blancas o ligeras fantasías. Todo lo cual constituye un regreso a gustos que se dejaron descansar.

Una aristócrata británica de nombre muy divulgado introdujo este nuevo tipo de gorra, que ha llegado a ser una prenda eminentemente masculina, simple y ligera. Quede esto para los que se guían por un recetario de magazines.

Una de las últimas novedades de gran éxito en los Estados Unidos y Gran Bretaña es la nueva gorra para golf, viajes y campo, que han introducido en los links, ferrocarriles y estaciones de veraneo los "smart-men" más prestigiosos.

Se trata de una simple gorra sin visera, que deja caer su parte anterior como la prolongación de una gorra vasca. La diferencia con ésta reside en



Confidente grato y pertinazmente oportuno, la psicología del valet tiene aspectos interesantes y complejos. Llega a transformarse en un ser ocupado por el reflejo de un alma ajena y superior, como una sombra pequeña que el cuerpo del amo proyectara. A veces su comunión con este se substancia en los despojos y un resto de vino añejo suele ser para él un resto de vino divino

EL VALET

Un valet tiene siempre algo de específicamente simpático y confidencial. No existe nada que sugestionen tan gratamente como esas atmósferas íntimas de casa de soltero, donde al lado de un fuego débil se amontonan las pipas, los trofeos deportivos, los grandes divanes, mil retratos de mujeres con firmas tristes y la existencia, en fin, de dos seres silenciosos y resignados a una fácil filosofía: el amo y el valet, la juventud que osó y el escudero. Esta complicidad radica, cuando es sólida, en una profunda ternura, en esa ternura viril de los grandes solitarios. Después de cada visita casi sentimental, una sonrisa cambiada equilibra en el ánimo de esos dos cohabitantes de la "garçonnière" el exacto y frívolo sentido del vocablo "amor", sujeto entre esas paredes a continuas manifestaciones de su fugacidad singular.

Testigos constantes de un desfile diverso, de una humanidad galante y deseosa de quemar todas las etapas, llegan a ser tal vez los espontáneos confesores de una filgesia errante, lamentable y sin culto. Así, con su saco blanco y su fidelidad tenaz, el valet filipino—japonés, croata o ruso, ex aristócrata o ex nihilista (tout passe)—no dejará nunca de tener el gesto exacto, de conmiseración, de gozo, de indiferencia, al anunciar al amolector, al amo habitualmente silencioso, amigo de los divanes, la filiación de la nueva



voz femenina que ruega en el teléfono, esperando; y en ese solo gesto cambiado entre las paredes desiertas y las pipas ya inservibles, está todo el sentido de esas existencias resueltas a no recoger de la vida sino las opulencias ligeras, como esos reyes melancólicos de ópera sonolientos ante la fastuosidad de los desfiles.



¿Qué mejor barómetro de alternativas cordiales que la sonrisa del valet?

V A R I E D A D E S

EL DECALOGO DEL AUTOMOVILISTA

EL Dr. Miller MacKlintock, director de la oficina de investigaciones relativas al tránsito público de la Universidad de Harvard, ha reunido en un decálogo, en forma inteligente, la manera de resolver las múltiples complicaciones y las nuevas exigencias que en materia de seguridad han traído consigo las modernas condiciones del tráfico. Estas reglas son el resultado de los estudios que ha hecho la mencionada oficina en áreas urbanas y suburbanas cuya población total se calcula en más de diez millones de personas, y están dirigidas a toda persona que maneje automóvil. He aquí una traducción de ellas:

I.—Cuide que su coche esté

siempre en perfecto estado.

II.—No pierda por un momento el dominio de su coche. Es peligroso no poder detener la marcha en un momento dado, por no poder disponer por delante de suficiente espacio libre.

III.—No quite la vista del camino. Un solo instante de distracción puede causar una catástrofe.

IV.—No discuta jamás con nadie, por el derecho de vía.

V.—Vaya con la corriente. Es tan impropio y perjudicial salir de ella para adelantarse, como detener innecesariamente la marcha de los que vienen de

VI.—Condúzcase en la vía pública con la misma educación que en una sala. Ceda el paso a los demás automóviles y especialmente a los peatones cuando sea haccedero.

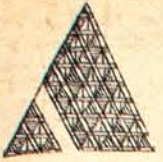
VII.—Entérese bien del reglamento del tráfico en la ciudad en que reside y cúmplalo al pie de la letra. Tales reglamentos son tanto como clave de seguridad, manual de urbanidad para los automovilistas.

VIII.—Tenga a orgullo manejar con todas las reglas del arte. Si las personas normales que lo acompañan no se sienten tranquilas, es señal infalible de que no es usted el piloto diestro que se imagina.

IX.—La embriaguez, las preocupaciones y el mal carácter, no tienen cabida junto al volante.

X.—Estudie detenidamente el plano de la ciudad, busque las rutas más cortas y menos transitadas y se quedará sorprendido de la economía de tiempo y de dinero que logrará con ello.

UN CONCURSO DE TRIGOS DE PEDIGREE



LGUNAS personas admiten que los concursos de semillas actualmente han perdido todo su objeto, dados los chascos que en determinadas ocasiones produjeron semillas que lograron el premio campeón y que, al ser sembradas, ya sea con fines de experimentación o en el gran cultivo, significaron un rotundo fracaso.

Es indudable, que tratándose de trigos comunes, es corriente el caso de que un primer premio resulte contener—al efectuar cultivos de experimentación—una notable cantidad de tipos no bien definidos, como asimismo de razas que se apartan por completo de la variedad típica por cuyo nombre fue premiada.

Son por cierto esos inconvenientes, los que han levantado más de una protesta entre aquellos agricultores que con el objeto de renovar su simiente adquirieron a precio elevado esas semillas y luego les resultó que sus rindes y demás condiciones del trigo eran netamente inferiores a los de cualquier trigo anteriormente sembrado por los mismos.

No debe olvidarse, que asimismo ha existido muchas veces el erróneo criterio de abarcar zonas excesivamente extensas en un concurso y dentro de las cuales fácilmente se podían señalar enormes diferencias, tanto en las condiciones ambientales, como en la calidad de las tierras, etc.

La situación de los concursos cambia completamente de aspecto, cuando ellos se organizan con criterio más amplio, previendo todas esas circunstancias, y asimismo se tiene en cuenta la relación que lógicamente debe existir entre la zona donde se efectúa el cultivo de una variedad determinada y la adaptabilidad de esa semilla a dicha región.

La difusión de los trigos de pedigree en nuestro país, permite que los concursos puedan realizarse teniendo en cuenta esos factores que enunciamos, y así es factible tener la certeza de que la semilla premiada podrá representar en todos los casos un éxito para los vecinos que la siembren y no un fracaso.

Por esta razón, creemos que subsistirán siempre los concursos agrícolas como medio de difusión de las semillas de alta calidad y de tipos perfectamente definidos y asimismo para estímulo de aquellos agricultores progresistas y que hallan en estos certámenes la oportunidad de exhibir el fruto de su labor inteligente.

Uno de los errores más grandes de los concursos que realizan ciertas instituciones, consiste en no establecer categorías de productores de acuerdo a la extensión de tierras que cultivan y a los recursos con que cuenta cada concurrente, y así observamos que muchas son las personas que continuamente logran ver sus muestras premiadas, por cuanto se encuentran en las mejores condiciones para producir tipos de alta calidad.

Del mismo modo, entre los participantes a los concursos existe una categoría de expositores que podríamos calificar como "concedores" del criterio con que actúan los jurados y, claro está, difícil es que no consigan algún premio.

El año pasado, un agricultor que seleccionó su trigo con el equipo que posee la Compañía General de Ferrocarriles de la Provincia de Buenos Aires, obtuvo un primer premio en un concurso agrícola, y el subscrito, que conocía bien ese trigo, por cuanto fue seleccionado en su presencia, puede asegurar que el Jurado hubiera conde-

do la enorme proporción de granos carbonados que poseía y que por cierto fueron oportunamente eliminados, su criterio para juzgar la muestra lógicamente debió ser otro.

Por esta razón, en todo concurso el jurado se encuentra con ciertas dificultades para su labor, ya que no puede afirmar que la semilla que el agricultor posee, sea realmente igual a la muestra enviada al certamen.

No olvidemos que en más de uno de los concursos frutícolas realizados, el Mercado del Plata ha sido el proveedor de las frutas que luego resultaron los primeros premios, y en esta forma la obra de estos certámenes queda completamente anulada, como igualmente los beneficios que de los mismos se espera.

Entendemos nosotros, que to-

TRES CHACAREROS QUE HACEN HONOR A LA AGRICULTURA NACIONAL Y QUE FUERON PREMIADOS EN EL CONCURSO DE TRIGOS REALIZADO POR LA C. G. B. A.



Miguel Lacayona,
de estación Ferré



Bautista Mollo,
de estación Pinzón



Eusebio Frassa,
de estación Ramón Bías

do concurso agrícola lleva, además de la finalidad de estimular a los agricultores progresistas, la de difundir esas semillas premiadas, las cuales poseen, indudablemente, cualidades que conviene, de todo punto de vista, dar a conocer.

En la generalidad de los concursos que se realizan, es norma juzgar la importancia de los mismos tomando únicamente como base la cantidad de muestras presentadas, aunque ellas sean, en su inmensa mayoría, de deficiente calidad y obliguen al jurado a efectuar declaraciones llamando la atención de los expositores sobre fallas que presentan la generalidad de las muestras.

El expositor a un concurso, debe tener el criterio de presentar solamente muestras buenas y ello puede juzgarse si compara su semilla con la de los vecinos, pues de lo contrario es tiempo perdido, ya que el jurado comienza siempre su labor apartando todas las muestras inferiores, para realizar luego su cometido con el resto, es decir, con aquellas que poseen méritos diversos.

Los productos de la última cosecha, han sido, en general, de condiciones francamente deficientes, debido a las características poco propicias del año agrícola, alcanzando la mayoría de los trigos pesos específicos bajos y, además, carecían por lo general del aspecto atractivo que es común observar en los años favorables.

Son, sin embargo, esos años, a nuestro criterio, los mejores para realizar certámenes agrícolas, ya que de este modo sólo se presentan tipos sobresalientes, los mejores por cierto

de cada localidad, y que han sido obtenidos merced a condiciones prolíficas en el cultivo, que ponen de manifiesto la preparación del agricultor.

Entendiéndolo así, es que la Compañía General de Ferrocarriles en la Provincia de Buenos Aires realizó su primer Gran Concurso de trigos de pedigree entre los agricultores ubicados en las zonas servidas por esa empresa, y su éxito ha demostrado el interés que llegó a despertar.

En las diversas localidades servidas por la aludida Compañía, el interés entre los participantes era realmente sugestivo y rara fué la estación donde los vecinos no pronosticaran el triunfo de las muestras de ciertos agricultores.

Las dificultades del año determinaron que la representación de algunas estaciones sólo

emulación fuera mayor para el pequeño colono.

Una novedad en estos certámenes, introducida por la Compañía ferroviaria a que nos referimos y que creemos se efectúa por primera vez en el país, ha sido la de comprobar, una vez que el Jurado indicó las muestras que se hallaban en condiciones de premios, la veracidad de los datos proporcionados por los interesados, llegando a revisar las bolsas que el colono poseía para su semilla en los casos necesarios, ya que si bien de ciertas muestras premiadas poseíamos las seguridades de que reflejaban el conjunto en poder del agricultor, en cambio de otras no, y en este caso se realizó una comparación en la chacra del interesado, para tener la certeza de que el premio era discernido con toda justicia.

cultura, el agrónomo Silvio Spangenberg, inspector general de la División genética, y por parte de los productores, el agrónomo Feliciano Sosa, administrador del establecimiento rural El Picazo y en representación de la empresa el que suscribe.

Por la forma como se realizó el aludido concurso, quedaba descartada toda presunción de reconocer recomendaciones de índole alguna, ya que para más seriedad, las muestras enviadas, que eran de cinco kilos cada una, se colocaban a medida que se recibían en bolsitas especiales, identificándose con un número de orden.

De esta manera, el Jurado trabajó hasta el final con una planilla, en la que sólo aparecían las muestras clasificadas por variedad, y dentro de cada una de ellas los números de las bolsitas que incluían esos tipos de trigo.

Finalizada la labor y determinados cuáles eran los números de las muestras mejores de cada variedad, se examinaron las respectivas fórmulas presentadas por los agricultores y se obtenía el dato relativo al nombre del concurrente.

En esta forma, la labor del Jurado queda más desligada de toda influencia exterior, no ya para los otros miembros del mismo, sino para el que suscribe, que en su carácter de agrónomo de esa Compañía ferroviaria recibía alguno que otro pedido de "apoyo".

Por otra parte, cuando un Jurado actúa sabiendo a quienes pertenecen las muestras presentadas y conoce a muchos de los concurrentes, es humano que por simpatía y en los casos en que entre un trigo y otro exista una mínima diferencia, incline el fiel de la balanza, cometiendo un acto a todas luces injusto.

¿Qué enseñanzas y ventajas se desprenden de este concurso? Quizá muchas más de las que a primera vista puedan juzgarse.

No cabe la menor duda que en años críticos para la agricultura, el producto que se presenta refleja—salvo alguna que otra excepción—la medida de la capacidad del agricultor, ya que sólo aquellos que laboran sus tierras en las mejores condiciones, son los que proporcionalmente logran mejor cosecha, tanto en cantidad como en calidad.

Al controlar, por ejemplo, las muestras de los trigos premiados en el certamen a que nos estamos refiriendo, se comprobó que salvo un trigo, producido sobre campo de pastoreo, los demás provenían de terrenos en los cuales el año anterior se cultivó maíz.

Vale decir por lo tanto, que la rotación aconsejada insistentemente de sembrar trigo sobre chala, queda de manifiesto en un año como el anterior, difícil para la agricultura, y al mismo tiempo se comprueba una vez más la bondad de tal práctica agrícola.

Cabe admitir entonces, que el premio discernido a un agricultor, implica el reconocimiento de su labor inteligente, ya que si aplicamos aquello "de tal palo tal astilla", cada trigo representa el fiel reflejo de las condiciones de laboriosidad y capacidad del agricultor, ello sin dejar de reconocer, por cierto, las múltiples excepciones de chacareros que no lograron buenos tipos debido a circunstancias especiales.

Sin embargo, en esta oportunidad, muchos agricultores no lograron premios, debido precisamente, a que el número de los instituidos era insuficiente, en relación a la cantidad de muestras de alta calidad presentadas, circunstancia ésta que escapa a toda previsión, al

(Continúa en la pág. 41)

PEDRO
DEL
GARILL



ESTA VEZ SALIO BIEN

Dibujos de GEO McMANUS



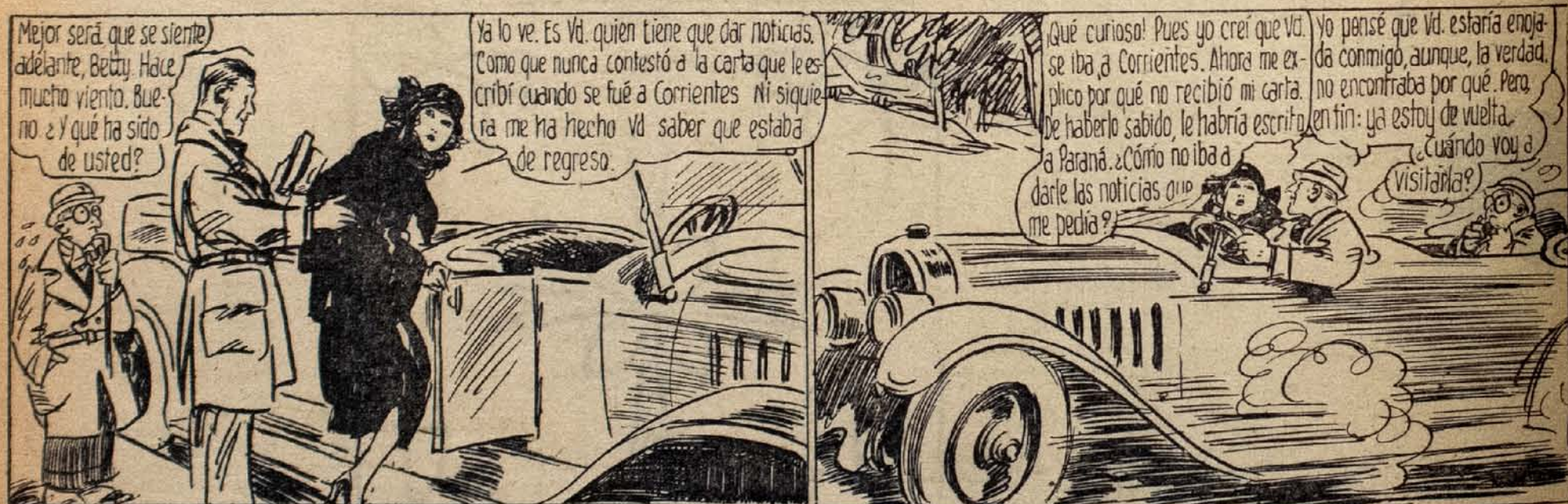
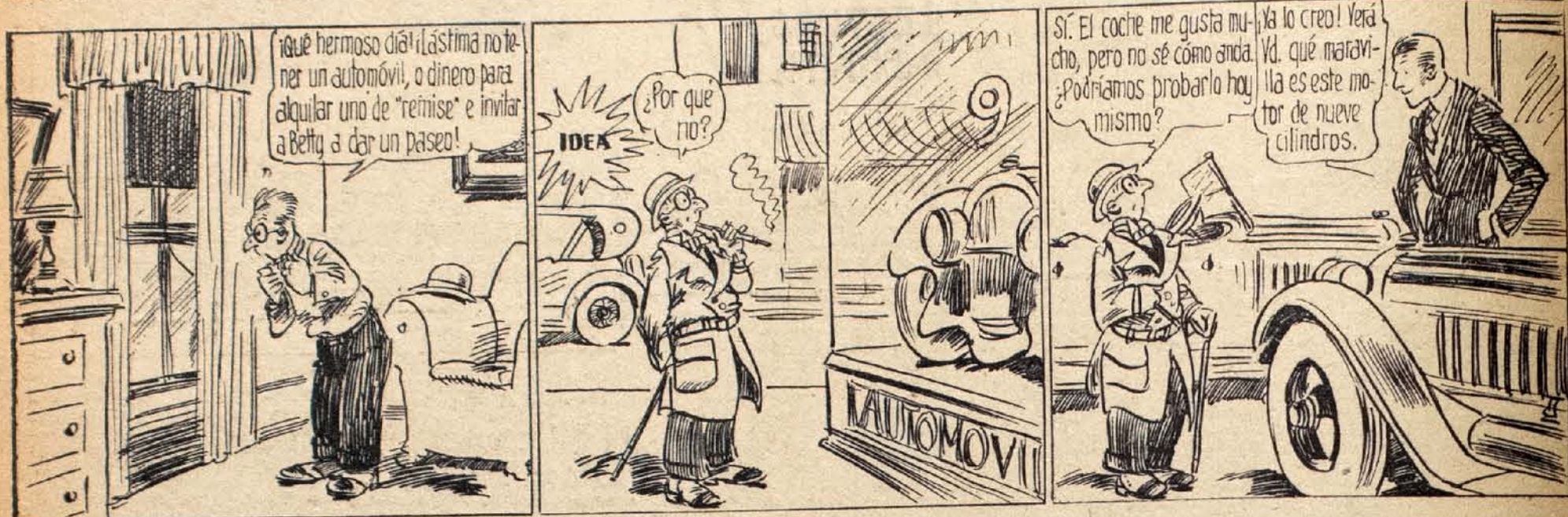
BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

EN LA BOCA DEL LOBO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA.)





CANAS

El Agua de Colonia "LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente inofensiva.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.

REVISTA DE "LA NACION"

"Muchacha vasca" (carátula en colores), por Gaspar Montes Yturrioz Pág. 1
 "La Garden Party" (cuento), por Katherine Mansfield (ilustraciones de Alejandro Sirio) Pág. 3
 "Juventud de Michelet", por Gabriela Mistral Pág. 5
 "Nobleza del peligro", por Leopoldo Lugones Pág. 6
 "Bestiario" (versos), por Pedro Herreros (ilustración de Billiken). Página 6
 "Caminito de Paz" (cuento), por Guillermo Zalazar Altamira (ilustración de Luis Macaya) Pág. 7
 "Las mil y una noches de la cocina oriental", por Lady Grace Drummond Hay Págs. 8 y 9
 "Vida Sentimental de Jaime Appererson" (cuento), por Ignacio B. Anzoátegui (ilustración de Ilse Davis) Pág. 10
 "El escritor y el político", por Pierre Drieu La Rochelle Pág. 11
 "La verdad acerca de Rodolfo Valentino", por Natacha Rambova. Página 12
 "Eugenio O'Neill, el forjador de su técnica", por Octavio Ramírez (con una caricatura de Auer Bach Leoy) Pág. 14
 "El arte moderno invade la Quinta Avenida", por Ruth Crawford. Página 15
 "Estafeta romántica", por Corpus Barga Pág. 16
 "Notas de un 'raid' por las dos Américas. La América desconocida", por Almé F. Tschiffely. Páginas 17 y 18

"Film" social Pág. 19
 La vida artística local Pág. 20
 Instantáneas Pág. 21
 La naturaleza y la fotografía artística Pág. 22
 El Museo Romántico de Madrid. Página 24
 De la vida española Pág. 25
 Variedades gráficas Pág. 26
 Mosaico sportivo Pág. 27
 La elegancia femenina. Los vestidos de noche. Algunas opiniones de modistos famosos sobre trajes de novia (ilustración de Pierre Fossey) Pág. 28
 Sport extranjero Pág. 29
 Kodak teatral Pág. 30
 "Mi vida. La primera emigración", por León Trotski (ilustración de Pedro Delucchi) Pág. 31
 "Memorias maravillosas", por Georges Maurevert Pág. 32
 "Máscara blanca. El secuestro de lord Marford", por Edgar Wallace (ilustración de Luis Macaya). Página 33
 Bridge. El segundo jugador declara, por León Casabal Pág. 34
 Problema de bridge Pág. 34
 "El séptimo arte. Carta de Londres", por Herbert Wilcox. Página 34
 "Hacia las universidades del trabajo en Francia", por Celestin Bouglé Pág. 35
 "Muertes", (versos), por Córdova Iturburu Pág. 36
 "Cartas de Italia. El colaborador de Mussolini", por Lucio D'Ambra. Página 36
 "Riqueza de nombres y un gran poeta noruego", por Norah Lange Pág. 37
 "Carnet del hombre elegante", por Alex Van Eyck Pág. 38
 "Un concurso de trigos de pedigree", por Pedro del Carril. Página 39
 "El novio de Rosita" y "Esta vez salió bien", por Geo McManus. Página 40
 Lecturas infantiles Pág. 41
 "Betty. En la boca del lobo", por C. A. Voight Pág. 42

No se

Si el espejo le ha delatado de unas canas prematuras aparentar más edad de la que se preocupe.

Unas cuantas gotas de Agua de Colonia "LA CARMELA" usadas en el momento de peinarse

... su color natural se explica: el cabello aparenta y no con el tiempo, y se le notan a que se tiñen

Si, por casualidad, no encontrara el Agua de Colonia "LA CARMELA" en esa localidad, remítanos \$ 8.— y \$ 0.50 para gastos de envío y Vd. recibirá un frasco a vuelta de correo.

Pruebe con un frasco: nos agradecerá el consejo.
 Precio del frasco \$ 8.— Interior \$ 8.50
 En todas las tiendas, farmacias y perfumerías..

Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"

Pavón 1088 - J. L. CONDE & Cía. - Buenos Aires

En CHILE: Drog. del Pacífico S. A., Valparaíso. — En MONTEVIDEO: Cía. Uruguaya de Rep. e Imp., Paraguay 1593, R. O. del Uruguay.
 Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.anira.com.ar



Un dentífrico no es un artículo de Lujo

Cada vez que se limpie Vd. la dentadura con dentífrico Dubarry gasta medio centavo en la operación.

— Sin cepillo —

Gran desodorante y especialmente del cigarrillo.

Colocar un centímetro de la pasta—blanca o rosa—sobre los dientes, extenderla con la lengua sobre los mismos y las encías, dejar un instante y luego hacer buches con agua fría o tibia.

El Dentífrico Dubarry se ha vendido hasta ahora en un solo tipo de envase, con capacidad para trescientas limpiezas de los dientes, a \$ 1.70.

Ahora está además en venta el envase medio del Dentífrico Dubarry, en pasta rosada y blanca, a \$ 0.70.

Perfumeria
Dubarry

FUNDADA EN 1903

— Perlificar —

la dentadura sólo es posible con el más científico de los dentífricos, el "Dentífrico DUBARRY".

Desinfecta, purifica, desodora, limpia bien y no raspa.



Tubo Grande \$1.70

EN TODAS LAS FARMACIAS, PERFUMERÍAS Y TIENDAS.

Tubo Medio \$0.70